

Punto final

Rosa María González Jiménez

A mi hijo

Porque yo estuve solo me devuelves el tiempo, el dolor, los caminos, la alegría, la voz, el cuerpo, el alma y la vida y la muerte y lo que vive más allá de la muerte.

RUBÉN BONIFAZ NUÑO

Dedicado con amor a

Manolo, mi hijo; mis ahijados Lizeth, Adriana y José Carlos. A Lili Cortés, Betty del Castillo, Irma García y Ricardo López; Erna López, Marilú Figueroa, Reyna Jiménez, Blanca Rosa Mañón; mi comadre Tachis (q.e.p.d.); Azalea Hernández y Lilián Capetillo; a todos ellos por su cariño, comprensión, amistad y confianza.

A los doctores Yolanda Alquicira Sahagún y Alejandro Montes de Oca, con mi más profundo agradecimiento; a mi amiga Alicia Valencia y a mis maestras Marcela Guijosa y Alicia Lozano les agradezco su amistad y valiosos consejos.

A todas mis amigas cuyos nombres no menciono porque se han borrado con el paso del tiempo, les agradezco el afecto desinteresado que alguna vez me brindaron; fue el aliciente que me impulsó a interrelacionarme y a confiar.

INTRODUCCIÓN

A pocas horas de mi llegada a Tecolutla, a donde fui en la primavera de 2004 con mi hijo y mi marido a descansar algunos días, un frente frío cambió el clima que nos había dado la bienvenida. Las nubes tornaron grises los días y una fina lluvia comenzó a caer. Cada mañana deseaba que la siguiente estuviera soleada, pero así pasaron cuatro días. Nuestra última noche la lluvia se intensificó acompañada de fuertes vientos. Los lugareños, para evitar posibles daños, resguardaron todo lo que el viento levantaba; su fuerte sonido me inquietó y, a través de la ventana, vi con asombro cómo las palmeras se mecían hasta casi tocar el suelo y cómo la espuma de las olas se desvanecía al entrar en contacto con la arena. Decidí salir.

¿A dónde vas, Rosy? preguntó mi marido.

A ver.

¿Qué vas a ver? ¿No estás oyendo los truenos?

Precisamente, es lo que quiero ver.

Allá tú. Luego no me vengas a molestar porque estás nerviosa.

No te preocupes, no te voy a molestar y, si me asusto, regreso.

El oleaje producía un ruido perturbador. El viento silbaba en mis oídos y me golpeaba el rostro hasta asfixiarme; la tormenta eléctrica iluminaba, simultáneamente, el cielo y la tierra. Citadina, al fin y al cabo, el espectáculo me hipnotizó y, consciente como nunca de mi pequeñez y vulnerabilidad, permanecí pasmada hasta que la tormenta cesó. Regresé a mi habitación con una extraña inquietud. Al poco rato concilié el sueño.

Cuando desperté, llegaron a mi pensamiento las imágenes de la tormenta acompañadas de una sensación de paz, rara vez experi-

mentada por mí. Ahora, a mis cuarenta y tantos, recordaba que de joven, cuando estaba muy lejos de conocer esa tranquilidad, tuve la vaga idea de escribir un libro en el cual enfrentaría a aquellas personas que integraban o integraron alguna vez mi mundo y también a las ajenas a él. Les diría que su apariencia respetable, sus voces indulgentes y sus comportamientos bondadosos no me engañaban, porque conocía muy bien la perversión detrás de las máscaras con que se revestían diariamente.

Cuando nació mi hijo, la idea de escribir fue concretándose. Entonces pensé que lo haría para justificar ante él mis desenfrenados exabruptos que tanto nos lastimaban.

Por aquel tiempo descubrí, además, que lo que en realidad deseaba era escribir para revelar la verdadera identidad de quienes fueron responsables de mi cuidado y formación. Denunciaría no sólo el abuso de que fui objeto en mi niñez, sino la indiferencia, ignorancia y debilidad de otros adultos que, sin ser encargados directos de mi educación, cerraron los ojos y actuaron como si nunca hubieran sospechado ni visto nada. Diría que yo, inmoral, inestable, inmadura, desvergonzada, mentirosa, floja y sucia, no era resultado exclusivo de la desatención y descuido de mi madre; diría que también fui producto de una sociedad condescendiente que contribuyó a mi formación con su pasividad, con su tibieza de carácter, inconsciencia y desamor. Y que, al término de mi desarrollo físico, desaprobó mi forma de ser y actuó como verdugo de la obra que había contribuido a crear, haciendo derroche de actitudes y palabras lacerantes hacia mi persona.

Ahora, mi realidad es Manolo, hijo único, y mi esposo Miguel Ángel. Vivimos en la ciudad de México, en una unidad habitacional en el poniente. Mi suegra nos visita los domingos; a mi madre la vemos una vez por mes; al resto de mi familia, pocas veces al año.

Ellos forman mi mundo. Ellos, un pequeño grupo de amigas a las que frecuento poco; mi prima Lili y su hijo José Carlos, y mi trabajo como secretaria en una empresa trasnacional.

Éstas son las circunstancias en que me desenvuelvo a nuestro regreso de Tecolutla, cuando sé que el momento de empezar a escribir ha llegado.

MANOLITO

Viernes 11 de diciembre de 1992, entre seis y siete de la noche. El camino desde la colonia Roma hasta Cuautitlán Izcalli era largo y el tráfico, pesado. Mi dolor de cabeza empeoraba, como venía ocurriendo últimamente. Cuando al fin llegué a casa, mientras estacionaba el coche, miré hacia mi departamento y en la ventana de junto estaba el hijo de mi vecina. Alcancé a oír su voz infantil que avisaba a su mamá que yo había llegado. Esa noche cantarían las mañanitas a la Virgen de Guadalupe y yo lo olvidé. Igual que olvidé preparar el platillo ofrecido para la cena.

Vicky ofrecí disculpas a mi vecina, lo siento, la verdad no estoy bien, me duele mucho la cabeza. Voy a tomar alguna pastilla y a dormir. Si me siento mejor, salgo le dije, a sabiendas de que no lo haría, aun cuando el dolor se fuera.

Entré a mi pequeño departamento y, sin encender la luz, dejé mi bolsa sobre el sillón cercano a la puerta. De una sacudida en cada pie, aventé los zapatos sin importar dónde cayeran. Caminé directo a la recámara y, con ayuda de la luz de la luna, busqué el vaso de agua y las aspirinas que esa mañana habían sobrado. Mi ropa cayó sobre la alfombra y yo, sobre la cama. Las lágrimas co-menzaron a fluir al mismo tiempo que oprimía mis sienes.

Las últimas semanas había esperado con ansiedad la llegada del 12 de diciembre, porque ese día recibiría en adopción al bebé que desde años atrás concebí en mi mente. Manolo, mi pareja, y yo, tratamos de convertirlo en realidad. Pensaba que, al tenerlo, desaparecería la soledad en que me quedaba inmersa todas las noches cuando él se despedía para ir a su casa, donde lo esperaban

su esposa e hijos. Lo único que obtuve como respuesta ante el deseo de embarazarme, fue la indiferencia de un aparato reproductor estéril. Conocí muy bien la frustración que genera la impotencia y la reflejé en el mal humor que hacía difíciles nuestros ratos juntos. Fue un duro golpe, así que la esperanza de adoptar un bebé me llenaba de ilusión. Con esos pensamientos, me quedé dormida.

Después de muchas horas, desperté. El reloj marcaba las cinco de la mañana. Las imágenes recién soñadas se reprodujeron en mi mente. Igual que en la realidad, había sido el amanecer de un 12 de diciembre. Al abrir las cortinas en el sueño, la luz del sol cubría el espejo de la sala. Éste era igual a uno real de cuerpo entero, adquirido años atrás en una tienda de autoservicio, que con el paso del tiempo se había deteriorado y ya más de la mitad era sólo-lo vidrio. El del sueño, en cambio, brillaba como nuevo y reflejaba la luz del sol hasta los más oscuros rincones del departamento; al mismo tiempo que me sorprendía por el reflejo de tanta luz, escuchaba una voz que me decía: "Tu casa está siendo iluminada, la luz está entrando a tu vida".

Este sueño fue un buen augurio. La tarde de ese día mi mayor anhelo se convirtió en realidad: tuve a mi hijo entre mis brazos. Mi madre y yo tuvimos la dicha de disfrutar, juntas, toda la ternura que Manolito emanaba.

EL ESLABÓN DE LA CADENA

La presencia del bebé fue un parteaguas en mi vida. Para cubrir sus necesidades básicas, era necesario multiplicar esfuerzos físicos, emocionales y económicos. Por un lado, estaba satisfecho mi deseo ferviente de tener un bebé; por otro, la realidad demostraba mi incapacidad para brindarle todo el cobijo, la atención, el amor y la paciencia que requiere un recién nacido para crecer sano y feliz. Me esforzaba y apenas lograba sobrevivir con muchas carencias económicas, cansancio, preocupaciones y tristeza. Manolito era un niño enfermizo, situación que acababa con mis energías.

Recibía ayuda económica y moral de Manolo, con límites. Me daba lo que podía, cuando podía.

En septiembre de 1993, casi al año de que Manolito llegó a mi vida, la desesperación y alejamiento de las pocas actividades familiares y sociales a las que asistía me orillaron a preguntarle a mi mejor amiga, Irma, los datos de una psicóloga que ella conocía, ya que me daba cuenta de que necesitaba ayuda profesional. No sería ésta la primera vez que pisaba el consultorio de un psicólogo, pero cada vez que lo hacía, pensaba que sería la definitiva, y esta ocasión no era diferente. Obtuve los datos de la doctora en psicología Yolanda Alquicira Sahagún y concerté una cita urgente.

La doctora me pareció una mujer joven, pero con experiencia. Se presentó con una sonrisa amable y me ofreció asiento. Momentos después me invitó a hablar.

Comencé a decir con voz nerviosa que había tomado la decisión de verla porque necesitaba ayuda. Le platicué sobre el bebé que meses atrás había adoptado y sobre Manolo, con quien tenía una

relación de pareja desde hacía más de diez años. Él era casado y tenía dos hijos estudiantes de secundaria y ninguna persona de mi familia conocía su existencia. Quería ofrecer a Manolito una vida sin mentiras; ya no quería esconderme.

Ella escuchaba sin interrumpir. Continué platicando sobre los problemas que me agobiaban y que eran la raíz de las frecuentes migrañas que impedían que cubriera mis propias necesidades.

Los días en que me sentía plena con sólo posar mi mirada sobre la de Manolo, parecían muy lejanos; se había vuelto un hombre muy celoso que se sentía engañado y dudaba con frecuencia de mi fidelidad, reclamaba atención, pero el cansancio me impedía complacerlo. Yo siempre estaba cansada, aun antes de la llegada del bebé. Creía necesitar vitaminas, pero no estaba segura, en realidad, gran parte de mi vida me había sentido igual; las personas cercanas decían en tono de burla que yo había nacido así, cansada. Sus bromas a este respecto me parecían de mal gusto, pero en el fondo reconocía su razón, tal vez por eso pensaba que algún día, próximo, visitaría al doctor para que me recetara vitaminas, pero por el momento era más importante buscar la manera de resolver mis problemas. Desde que tenía al pequeño, el comportamiento de Manolo me desilusionaba cada día más; tal vez la responsabilidad de tener un hijo fuera de matrimonio era para él una carga muy pesada. Aun cuando habíamos compartido muy buenos momentos juntos, no estaba segura de querer continuar con esa relación, pero no me veía en el futuro sin él. El estrés era más fuerte día a día y me orillaba a perder la tranquilidad y a responder a sus comentarios enojada o a gritos.

Le confié algo que aparte de dolor me ocasionaba vergüenza: estaba perdiendo la memoria. Me daba cuenta porque había largos periodos de mi vida que no recordaba. Como si de una edad pasara a otra con dos o tres años más. Esas lagunas mentales se daban con mayor énfasis entre mis diez y veinticinco años. Ahora tenía treinta y seis, y los olvidos no eran exclusivos de aquellos largos periodos, se presentaban cada vez con mayor frecuencia en episodios breves,

cada día, en la actualidad.

A veces olvidaba a personas que me presentaban y con quienes había sostenido alguna plática; encuentros con gente conocida de años atrás, o que acababa de conocer; pláticas importantes o irrelevantes; compromisos personales o de trabajo, lugares a los que había asistido pocos días atrás. La gente se reía de mis olvidos. “Estás bien loca”, me decían. Por su risa sabía que la intención no era ofenderme. Mis olvidos les parecían graciosos y yo no me atrevía a decirles que me lastimaban, tanto los olvidos como sus comentarios.

Por otro lado, tenía la impresión de que ciertas partes de mi cuerpo, manos, pies y boca, no me obedecían. Era como si hicieran exactamente lo contrario de lo que yo deseaba. Si quería evitar una calle por la razón que fuera, porque estaba sola, oscura, en construcción, o porque había gente que no quería ver y pensaba: “No debo caminar por ahí”, momentos después me encontraba caminando justo por ese lugar en vez de tomar otra ruta. Si platicaba con alguien con quien no debía tocar cierto tema, cuando me daba cuenta ya estaba hablando de ese asunto. Era como si algunas partes de mi ser no me pertenecieran. Estaban unidas a mí, pero separadas al mismo tiempo.

Había más. La verdadera razón por la que vivía en constantes crisis, por la cual estaba ahí, con ella, era para que me ayudara a recuperarme de las dolorosas huellas que dejó el abuso sexual de que fui objeto de niña por parte de Salvador, el esposo de mi madre, y que no me permitían ser feliz. Lo odiaba, no podía perdonarlo, y a diario, en la soledad, los recuerdos me atormentaban, se metían en mi mente y me aterraban. Le dije que había pensado muchas veces en la muerte, en el suicidio, que era mejor morir a seguir torturada de esa manera, que me sentía la mujer más miserable del universo. Hablé de mi madre, no entendía por qué razón seguía viviendo con él, compartiendo el mismo techo, la misma mesa, la misma cama, si sabía lo que había pasado. Le dije, por último, que mi gran preocupación era comportarme con mi hijo de la misma manera en que lo hicieron conmigo, enseñarle lo que había aprendido, abuso,

violencia, maltrato. ¿Cómo inculcarle valores si yo no los conocía?

Callé, sólo mis sollozos se escuchaban en la habitación. Suavemente, la doctora habló después de breves momentos de silencio, que interpreté como respeto a mi dolor. En tono tranquilizante dijo que no me preocupara, que todas las personas aprendemos patrones de conducta que reproducimos una y otra vez a lo largo de nuestra vida, que eso es normal. Me explicó que el psicoanálisis ayuda a romperlos cuando son dañinos, y a crear nuevos que nos benefician: “El patrón de conducta me dijo es como el eslabón de una cadena, si eres sólo uno más, repetirás el mismo comportamiento una y otra vez en tu vida, pero tú puedes ser la pieza que la rompa si aprendes nuevas maneras de conducirte. Así, ofrecerás a tu hijo y a las demás personas que te rodean, un mejor trato. Tu actitud será diferente, aprenderás a relacionarte de forma distinta y, en definitiva, mejorarás tu calidad de vida. Piénsalo, tienes mucho que ganar. Si decides ponerte en tratamiento, necesitaremos que vayas recordando tu vida. Será como armar entre las dos un rompecabezas, lo que no te sirva y que te haga sentir mal, lo vas a tirar. Vamos juntas a rescatar lo bueno. El psi-coanálisis te hará sentir mejor, por supuesto, siempre y cuando seas honesta y verdaderamente desees el cambio. La disciplina es importante como primer paso para alcanzar nuestros objetivos, por lo tanto, si decides iniciar el tratamiento, deberás ser puntual y no faltar a tus terapias”.

Con sus palabras logró sacarme de la crisis en la que estaba, su dulce tono de voz hizo que le prestara toda mi atención y, conforme hablaba, yo iba recuperando la tranquilidad. Le pregunté que en cuánto tiempo iba a sentirme mejor y me explicó que cada persona tiene una capacidad de respuesta diferente, no podía decir una fecha con precisión, tal vez en un año podría percatarme de algún cambio en mi estilo de vida, aunque quizá sería más tiempo. Era imposible precisar fecha alguna.

Acordamos sus honorarios, que asistiría yo una vez por semana y nos despedimos.

Cuando tuve oportunidad, le platicué a Manolo los detalles de la entrevista, sin mencionar que también hablé sobre Salvador, aun cuando él tenía conocimiento, a grandes rasgos, del abuso sexual de que fui objeto en mi infancia. Ofreció pagar las terapias y sugirió que asistiéramos los dos para recibir una de pareja, ya que teníamos la seguridad de querer mantener nuestra relación.

A la segunda cita con Yolanda llegamos los dos. Nuestros problemas aumentaban en cantidad y tono, temíamos que sucediera algo grave porque yo perdía la cordura ante sus reclamos y lo agredía físicamente. Ella sugirió que lleváramos este tratamiento de pareja durante tres meses, consideraba suficiente ese tiempo para que analizáramos nuestras diferencias, independientemente de la decisión a la que llegáramos. Asistimos a nuestras citas; en el consultorio, apoyados por la presencia de la doctora, nos decíamos todo lo que nos hería y molestaba. Afuera, nos enfrentábamos con gritos y palabras hirientes; los celos continuaban y a él no le importó demostrarlos en presencia de mis amigas o de algún compañero de trabajo, con quien supuestamente lo engañaba. Ellos, apenados ante su actitud grosera y sus reclamos, después me ofrecían disculpas por lo que hubiera ocasionado la desconfianza de Manolo.

Cuando llegó la fecha límite acordada, la doctora nos dijo: "A partir de la próxima semana, Rosa María asistirá sola a sus terapias, por lo que considero que éste es un buen momento para que decidan, con base en lo hablado, si desean continuar juntos o no. Imaginen que frente a ustedes hay dos sendas a seguir, en una caminan los dos juntos, pero está llena de espinas, de dolor, nada fácil, y en la otra hay un mundo nuevo, diferente al que tienen ahora en el que tú, Rosa María, alcanzarás metas y objetivos, y tú, Manolo, si así lo deseas, te reintegrarás a tus hijos y a tu esposa, pero en esta senda no se acompañan mutuamente, van cada uno por su lado. Manolo y yo nos miramos, sonreímos y tomados de la mano contestamos con firmeza: "Decidimos continuar juntos".

LA VECINDAD

Empezaron mis sesiones individuales pagadas también por Manolo. Para aligerar un poco nuestra rutina, decidimos poner a la venta mi departamento de Cuautitlán Izcalli, y con el dinero obtenido daríamos el enganche para comprar otro mejor ubicado. Por otro lado, ayudada por las terapias, desempolvaba los hechos que hasta ese momento había mantenido en secreto y que, día a día, degradaban mi mente. La mayoría de los episodios llegaron lentos, turbios, incongruentes y en completo desorden cronológico.

De esta forma, a lo largo de meses, y en algunos casos de años, con el respaldo de mi psicoanalista, logré recuperar los momentos que más influyeron en mi formación, de 1961 a 1964.

Fui bautizada a la edad de cuatro años. Después del bautizo, llegué a vivir a la casa de mi madrina Gloria. Ella era una mujer cuarentona, alta, robusta, de tez blanca y pelo ondulado entrecano, tenía la cara marcada por las huellas de una viruela mal cuidada. Su casa era la número uno de veinte que había en una larga vecindad de la colonia Guerrero. Era una casa que imagino desnuda, al aire libre, cuyos únicos límites eran geográficos por la delimitación del espacio en que fue construida. La describo así porque sus puertas siempre estaban abiertas. Durante la noche cerraban sólo la de la entrada, que permitía el paso a la primera sala. Una vez ahí, del lado derecho de la construcción, un escaloncito arriba, se pasaba a la segunda sala que, en ocasiones especiales, convertían en comedor y que estaba comunicada, a través de puertas, siempre abiertas, a los otros dos cuartos construidos en fila y que eran las recámaras. Éstas desembocaban en un patio en el fondo de la casa; o bien, desde la primera sala se caminaba por un corredor central, paralelo a los cuartos en fila para entrar a la cocina, ubicada del lado izquierdo y por la cual también se salía al mismo

patio al final de la casa; el baño era parte del marco de ese patio.

En una de las esquinas del patio había unas escaleras de caracol que llegaban a la azotea, donde además de la casa del perro había dos tinacos, uno lleno y otro vacío, y dos cuartos, que también eran recámaras. La azotea era un buen lugar para observar lo que pasaba tanto a lo largo de la vecindad, como en la calle donde estaba la entrada de la misma.

Por las mañanas, el sol entibiaba las salas; por las tardes, la cocina y las recámaras.

Con Gloria vivía su mamá, a quien de cariño llamábamos Abue; su hermano menor, Javo, con Cuca, su novia; su hermana Mimí, mesera en el café de chinos donde también desempeñaba mi madre el mismo trabajo. Mimí era chaparrita, de tipo bonachón; su cabello, largo y canoso; y su cuerpo, cubierto siempre con vestidos negros holgados para disimular sus más de cien kilos, la hacían verse mayor de lo que era en realidad. Gloria tenía un hijo y Mimí, una hija; ambos más o menos de mi edad.

Ante la imposibilidad de que mi madre me cuidara, acordó con mi madrina pagarle una mensualidad para que yo viviera con su familia de martes a domingo. Los lunes, día de su descanso, pasaba por mí para comer en una fondita de la misma colonia. Al terminar íbamos al parque; mientras ella leía el periódico, yo me divertía en los columpios, en la resbaladilla o daba volteretas en el tubo que une el par de sube-y-baja que, a la fecha, no falta en los parques. Antes de que anocheciera, regresábamos a la vecindad. Otras veces me llevaba al lugar donde rentaba un pequeño cuartito, ocupado por una cama, un sillón, una estufa y una alacena. Era el momento del encuentro con Victoria, mi muñeca pelirroja, mi amiga en esa etapa que, inmutable, esperaba resplandeciente a que llegara a contarle

alegrías y tristezas.

Algunos lunes íbamos a ver a mi papá. El lugar donde más disfrutaba visitarlo era el mercado de Portales, en el puesto donde su mamá vendía ropa para bebé, uniformes de primaria y secundaria, ropa interior, camisones, batas para dama y algo de bonetería. Ahí lo veía a él y a mi abuelita; en otras ocasiones, también a mi tía Herminia, hermana de mi papá, y a Felipe, su esposo, o a mis primos: Felipe, Mary y Angélica. Sin importar las travesuras que hiciera ni el tiempo que durara ausente, al verme caminar por el pasillo, mi familia extendía sus brazos y yo corría para que me levantaran, me apretaran y me llenaran de cariño.

Una de esas visitas fue la noche de un cinco de enero. Cuando aún no oscurecía, afuera de los puestos de las flores, sobre el piso de la banqueta, mi papá colocó una manta no muy grande y sobre ella vació un costal de juguetes de plástico: caballitos, muñecas y muñecos de diferentes estilos y tamaños, carritos, aviones, camiones de bomberos, en fin, toda una gama de objetos que en pocas horas alegrarían a sus pequeños dueños. Yo disfrutaba la algarabía de la venta y gritaba: “Pásele, marchante, lleve sus juguetes, es-tán bonitos y baratos”, después corría como yegua desbocada al puesto de ropa donde mi abuelita me escuchaba, sonriente, contarle con voz tipluda que ya habían comprado más juguetes, y corría de regreso con mi papá a través de los floridos puestos de plantas, entre las macetas de nochebuena, las rosas blancas, rojas, los arreglos de gerberas, los pompones, las aves del paraíso, los claveles. Y la escena se repetía. El recuerdo de esa noche nunca se borrará de mi memoria por la alegría, las sonrisas y el brillo especial que tenía la mirada de los adultos, que se permitían, como niños, gozar de la magia que envuelve la noche de Reyes.

En otras ocasiones buscábamos a mi papá en su trabajo. Él era tamarindo, como llamaban en los años sesenta a los agentes de tránsito por el color café de su uniforme. Dirigía el tránsito sobre Anillo de Circunvalación, de doble sentido en aquel tiempo. Mi papá se veía

imponente en la esquina de un camellón, subido en un pequeño banco de madera protegido del sol y la lluvia por una sombrilla colocada sobre el banco, y al mismo tiempo que hacía sonar su silbato, con enérgicos movimientos de manos daba órdenes a los automovilistas. Cuando terminaba su turno, él y mi madre me tomaban uno de cada mano y, entre brincos, columpiadas y regaños, entrábamos a alguno de tantos restaurantes cercanos.

Cuando mi papá no vestía su uniforme de agente de tránsito, usaba guayaberas. Años atrás trabajó en una fábrica durante el día, y en las tardes y parte de las noches manejaba un taxi. El cansancio lo venció cierto día en la fábrica y una de las máquinas que operaba se tragó su brazo casi hasta el hombro. Como todos los accidentes, éste ocurrió en segundos. Cuando alguien, al darse cuenta de lo que estaba sucediendo, apagó la máquina, el daño era irreversible. Debían amputarle el brazo, pero no quiso. Lo recuerdo con su enorme brazo izquierdo gordo, inmóvil y deforme; las guayaberas de manga larga, a las que les aumentaba un pedazo de tela, lo ayudaban a cubrir su deformidad. Con frecuencia, su brazo se infectaba y él era internado para controlar las infecciones y disminuir las altas temperaturas.

Después de los ratos de felicidad que me daba su presencia, yo regresaba a la vecindad y mi mamá a su cuartito.

A Abue la visitaban sus hijos casados con sus familias casi a diario, ella les daba de comer o cenar. Los sábados y fechas festivas llegaban temprano, eran días para taquear y hartarnos de jugar en el patio de la vecindad. Nuestros juegos eran Doña Blanca, La rueda de San Miguel, Amo ato, el avioncito, las matatenas, los palitos chinos, y también dibujábamos en el piso una carretera y con los dedos pulgar y medio aventábamos los carritos; ganaba quien los lanzara más lejos sin sacarlos de su camino.

Pero después, cuando cansados de jugar nos metíamos y nos encontrábamos dormidos, empezaba la pesadilla. Un brusco despertar y correr descalzos, en camiseta y calzones, obedeciendo los gritos asustados y las señales de los adultos que nos apuraban

a atravesar el patio del fondo, muchas veces mojado, subir las escaleras y escondernos en el tinaco vacío, o en algún rincón de los cuartos de la azotea. El último en llegar ocupaba la casa del perro, mientras abajo la razzia cateaba la casa en busca de las botellas de ron, brandy o whisky que los hijos de Abue vendían clandestinamente. Arriba, en nuestro escondite, teníamos la frágil protección de alguna de las mujeres y, mientras los gritos llegaban desde abajo, nos preguntábamos a quién estarían golpeando; después seguían las súplicas y el silencio.

Cuando todo terminaba y podíamos bajar, alguno de los hijos de Abue ya no estaba. Oíamos que se ponían de acuerdo para ir a sacarlo de la delegación, algunas mujeres lloraban y una, tal vez, limpiaba la sangre de quien había sido golpeado.

El tiempo transcurría y los hijos de Abue no estaban dispuestos a ir más a la delegación, ni a que los ficharan, así que idearon la manera de esconder las botellas de licor donde no fueran encontradas. El piso de madera que tenía la segunda sala fue muy útil. Abrieron un boquete de dos por dos metros cuadrados, mandaron hacer una escalera de madera del tamaño del boquete y la instalaron. De esta manera, quedó construido un sótano donde escondían la mercancía y sobre ese piso colocaron un llamativo linóleo que adornaba y embellecía la habitación.

Cuando las razzias ocurrían, los pequeños éramos prácticamente empujados adentro de ese agujero en compañía de algún adulto, por lo general Cuca, para cerciorarse de que no saliéramos corriendo de ahí, ni gritáramos.

Abajo, oíamos chillar a las ratas; suponíamos que corrían y nos aterraba ser atacados por ellas. Me recuerdo alerta, con los pies desnudos sobre la tierra firme, húmeda y negra, mientras un olor a tierra rancia y añeja penetraba por mi nariz, para instalarse en mi mente.

Cuando terminaba el cateo, los gritos, las carreras y los balazos, mi corazón poco a poco volvía a recuperar su ritmo y todo regresaba a la normalidad. Nos metíamos a la cama para intentar reconciliar el

sueño, con la incertidumbre de no saber cuándo volvería otra Julia cargada de gendarmes a interrumpir nuevamente nuestro descanso.

Llegaba el domingo, el día y el esperado dinero semanal. Con él en mano corríamos en bandada a la tiendita y cada uno lo gastaba a su gusto; los cacahuates garapiñados, los cuadritos de chocolate Presidente, y los dulces Tommy eran mis golosinas favoritas. Algunos domingos queríamos más; entonces salíamos a la calle. Los niños más grandes elegían un puesto del mercado Martínez de la Torre que vendiera productos fáciles de guardar, por ejemplo joyería de fantasía. Nos acercábamos en bola y mientras unos acosaban al encargado con preguntas, otros lanzábamos al piso, con los codos o el antebrazo, los aretes, prendedores, anillos, pulseras o cadenas, para que los más pequeños, que fingían jugar canicas o matatena a unos cuantos pasos de nosotros, recogieran el botín y lo guardaran con di-simulo en las bolsas de su ropa. Después hacíamos la repartición.

También en equipo asaltábamos la panadería. Nos vestíamos con chamarras holgadas cuando íbamos por el pan y, al escogerlo, una pieza iba para la charola y otra para la chamarra. Juntábamos novias, bigotes, besos, conchas, piedras, cuernos o cualquier otro pan que nos hubieran encargado. El dinero que no pagábamos por el pan robado era nuestro.

Javo era un muchacho joven, tendría alrededor de veinticinco años, atractivo y muy celoso. Cuca llegó a la vecindad después de mí. Era una chica sonriente que se veía más contenta cuando bailaba twist y rock and roll. Su presencia me brindaba cierta protección, porque algunas veces salía en mi defensa cuando me pegaban por tirar la comida en los rincones de la sala o de la cocina, o cuando al ponerme los zapatos pisaba la parte de atrás y los hacía chuecos, o porque me orinaba en la cama.

Javo golpeaba a Cuca con frecuencia. Ella, llorando, gritaba que lo iba a dejar, entonces él la amenazaba: si ella se atrevía, él la haría regresar a cualquier precio. Cuca no tenía libertad de salir sola a ningún lado sin el consentimiento de Javo. En una ocasión le rogó que

le permitiera visitar a sus padres el día de su cumpleaños. Él aceptó con la condición de que fuera yo con ella y de que regresáramos temprano. Recibí instrucciones de él y de sus hermanas de no alejarme de ella, porque Cuca podía escaparse. Tampoco podía dejarla sola cuando platicara con sus papás, tenía que escuchar todo lo que se dijeran y después repetírselo a Javo. El día de su cumpleaños, por la mañana, él le regalo un vestido blanco con grandes círculos rojos que resaltaba muy bien su cuerpo delgado. Estrenó su vestido y salimos. Cuando llegamos a casa de sus padres, fuimos al parque y compraron helados. Yo jugué y ju-gué mientras ellos hablaron y hablaron. Después cantamos *Las mañanitas*, partimos pastel y llegó la noche. En el camino de regreso, Cuca, nerviosa, me decía lo que yo debía repetir cuando me preguntaran de qué habló ella con sus papás. Desde lejos vimos a Javo en la calle, rodeado de familiares y vecinos. Su figura sobresalía porque caminaba con firmeza de un lado a otro. Cuando nos acercamos, empezó por gritar insultos a Cuca y a exigirle que le explicara dónde habíamos estado y por qué razón llegábamos de noche, pero sin darle oportunidad de hablar le lanzó una bofetada seguida de otra, después fueron golpes. Cuca cayó al piso. Abue, Mimí y sus hermanos se acercaron a preguntarme exaltados de dónde veníamos. Yo no podía contestar. La ira de Javo aumentaba. Siguieron las patadas y, a través de las lágrimas, vi la noche, vi a las personas mirando; escuchaba las ofensas, las súplicas y la ri-sa burlona de Mimí cuando mencionaba que la sangre de Cuca se confundía con los círculos rojos de su vestido nuevo.

Los momentos desagradables no sólo fueron atribuibles a Javo y a sus hermanos varones. Mi madrina puso su parte. Ella y su amante tenían un departamento en Las Vizcaínas, a pocas cuadras de donde trabajaban Mimí y mi madre. Un día, que pudo ser cualquiera a lo largo del tiempo que viví con ellos, Gloria me llevó a ese departamento y dijo que íbamos a limpiarlo. En ese lugar mi intimidad fue violada por primera vez. Ella me indicaba las partes de su cuerpo que deseaba que yo estimulara, con manos o boca, al mismo

tiempo que ella tocaba mis partes íntimas. Más tarde, de regreso a la vecindad, caminaba yo tomada de su mano, como caminan los niños de esa edad cuando están al cuidado de un adulto responsable. Caminaba con vergüenza, porque sabía que iba sin calzones, cubierta sólo por el vestido y los zapatos. Y porque de algún lado me llegaba un olor irreconocible, al que no podía poner nombre, pero que me daba vergüenza. En el trayecto, ella me hablaba con ternura y me explicaba las razones por las que debía ocultar lo sucedido; si lo decía, todos se enojarían con todos, pero más conmigo por haberlo dicho. El enojo de mi madre sería tanto, que se iría para siempre, y yo no quería que ella se fuera.

LAS TRES MUERTES

Debido a mi largo horario en la oficina, y a la urgente necesidad que tenía de recibir ayuda profesional, la doctora Alquicira ofreció atenderme en mi tiempo de comida. Corría el año de 1994, las tardes después de la terapia fueron bastante difíciles, porque el análisis de las emociones y de los acontecimientos me desestabilizaba y se reflejaba en mi comportamiento, aunque hiciera esfuerzos por ocultarlo. Entremezclados con los recuerdos del pasado, estaban los hechos presentes.

Tenía apenas un año trabajando para una institución de gobierno creada pocos meses antes de mi ingreso, por lo que era un lugar nuevo, bonito y diferente a la imagen que tenía de las oficinas de este tipo. Mi puesto era un lugar bastante codiciado, pero yo no lo valoraba. Me quejaba de la distancia que recorría para llegar a trabajar, del horario. Comparaba a mi jefe mexicano con el jefe gringo que tuve en el trabajo anterior, y el actual quedaba en desventaja. Me parecía injusto trabajar por honorarios y creía, y lo demostraba con displicencia, que mi capacidad como asistente ejecutiva bilingüe se desperdiciaría si continuaba trabajando con ellos, así que los días que no tenía terapia, aprovechaba la hora de comida para buscar otro empleo.

A mi hijo lo dejaba en la guardería todas las mañanas. Alrededor de las dos de la tarde, la señora Celia, mamá de una de las maestras, lo llevaba a su casa y lo cuidaba el resto de la tarde, hasta que yo pasaba por él alrededor de las nueve y media de la noche. En ocasiones, Manolo me llevaba a las empresas donde presentaba mi solicitud de empleo y después íbamos a comer. Por las noches, tres o cuatro veces a la semana, mientras me quitaba el maquillaje, arreglaba la pañalera para el día siguiente y guisaba algo para cenar, él bañaba al niño y lo acostaba; después cenábamos y se iba de mi casa como a medianoche. Su ayuda era importante, pero mi cansancio era

tan grande que, cuando yo llegaba a la casa y él estaba ahí, me molestaba; lo único que quería era dormir y no tenía ánimos para sentarme a cenar con tranquilidad, como a él le gustaba. Nuestros problemas seguían.

Los sábados, Manolito y yo nos íbamos a la casa de mi prima Lilí y su hijo José Carlos, donde también veíamos a mi tía Lola, hermana de Salvador, esposo de mi madre. Los domingos, nosotras tres, con los niños, íbamos a casa de mi madre. Yo, por verla a ella; Lilí, creo que por ver tanto a mi madre como a su tío Salvador, y mi tía iba a donde nosotros decidiéramos, pero le agradaba ir, sobre todo, porque veía a su hermano menor.

Estas visitas eran, para mí, el cumplimiento de una obligación moral que llevaba a cuentas con gran peso. Mi madre demostró, primero, un enorme disgusto cuando me salí de su casa; después, un gran sufrimiento. Llegué a creer que el disgusto, la tristeza o la diabetes e hipertensión que ya sufría, acabarían con ella. Era claro para quienes los rodeábamos, que no recibía de su esposo el apoyo moral que necesitaba. Yo, como hija única, sentía que gran parte de su bienestar radicaba en el amor y la atención que le brindara.

MI ABUE (enero de 1994)

Con mi madre y Salvador vivía mi abuelito, Darío Jiménez Barraza, quien en diciembre de 1993 celebró su natalicio ochenta y seis. Veinte años atrás, cuando contaba con sesenta y seis años, separado de mi abuela y de sus once hijos, mi madre recibió la llamada telefónica de un conocido de Nanacamilpa, pequeño pueblo del estado de

Tlaxcala, que le avisaba que pocas horas antes habían encontrado en el monte a mi abuelo, desangrándose por el hachazo recibido en una oreja, aún pegada a la cabeza por escasos milímetros. Requería hospitalización urgente según los doctores de la comunidad que lo habían auscultado; no obstante, ninguno se responsabilizaba de atenderlo por la escasez de recursos médicos con que contaban. Ella lo trajo al Distrito Federal, lo hospitalizó y cuidó para que recuperara la salud; luego lo convenció de que vendiera sus posesiones importantes, las que lo ataban a la tierra donde nació, creció y formó su familia; su casa y su caballo. Desde entonces vivió con mi madre, con Salvador y conmigo, invadido por el dolor y la culpa de haber abandonado, según sus palabras, al único ser fiel en su vida: su caballo Maclovio. Cuando la ocasión se lo permitía, hablaba con prolijidad y nostalgia sobre los amigos y conocidos que acompañaron su caminar en esos sesenta y seis años.

Desde que dejó el pueblo, padecía problemas respiratorios que se agudizaron con el paso del tiempo y que lo obligaban a ser internado por periodos cortos, cada vez con mayor frecuencia. En esas ocasiones, que se prolongaban, la vida de mi madre se complicaba. Ella se las ingeniaba para ir a trabajar, hacer la comida especial para su padre enfermo y la normal para su esposo, que por ese tiempo no trabajaba. Además, tenían en la casa tres perros: el Snoopy, pequeño, de raza corriente, vivaz y muy cariñoso, y otros dos pastores alemanes, Loba y Ringo. Mi madre les preparaba de comer cabezas de pollo con arroz y tortillas. Ella, al igual que yo, siempre se sentía cansada, agotada.

Los domingos, cuando llegábamos a su casa, estaba llena de vida a pesar del cansancio y de la enfermedad de sus habitantes. La televisión, encendida con el volumen alto y Salvador frente a ella. Si él estaba dormido, el radio, también con volumen alto, acompañaba a mi madre. A la entrada de la casa siempre había dos o tres perros callejeros conocidos que movían la cola en cuanto nos acercábamos. Ya adentro, los que nos saludaban moviendo la cola eran Snoopy,

Loba y Ringo. El refrigerador siempre tenía algo apetitoso, y si no, se estaba cocinando. En el frutero las manzanas y los plátanos nunca faltaban, además de la fruta de temporada, ciruelas, duraznos, mangos. Mi madre era generosa con la comida y, en algún lugar de la casa, suspendía su eterno movimiento de lavar, barrer, limpiar o cocinar para saludarnos. Mi abuelito, recostado o sentado con su sombrero puesto y su pañito como le decía a su pañuelo en la mano, también nos saludaba.

Mi abuelo era todo un personaje. Su tez blanca, sus expresivos ojos verdes y sus facciones finas contrastaban con su tipo provinciano y su pueblerino tono de voz. En la calle jamás lo veíamos sin su sombrero de palma y su chaleco o chamarra, ambos café desteñido; su pañito, sus viejos huaraches de cuero remendados por él mismo con mecate, y su escolta de cinco o seis fieles canes, de los cuales tres vivían en la casa y el resto eran callejeros a los que él alimentaba.

Compraba el mandado y las tortillas de las vecinas a cambio de una propina. Los sábados, día de tianguis, recorría por la tarde los puestos para que los comerciantes le regalaran cartón y tortilla, que ponía a secar para vender.

Las noches de los sábados era normal ver en el patio los viejos y sucios costales, llenos y recargados en algún rincón, ocupando el menor espacio posible para evitar que llamaran la atención de mi madre y que ésta los tirara.

También prestaba dinero a rédito. Cuando el asma le impedía caminar para cobrar o vender, me pedía ayuda, así que metía el cartón y los costales en la cajuela de mi coche e íbamos a donde él indicara. Cuando cobraba, le gustaba que yo bajara a tocar las puertas y les dijera a sus deudores que mi abuelito Darío quería verlos, cosa que yo hacía invadida de vergüenza. Las personas primero mostraban asombro y luego sonreían con picardía. Algunos ignoraban mi ceño fruncido y bromeaban: "¡Ah qué don Darío, ahora hasta con chofer!" Él contestaba con una gran sonrisa.

En la calle jugaba rayuela con los niños de la colonia, parado,

hincado o tirado sobre el suelo, según se necesitara, bajo la mirada atenta de los perros, echados a unos cuantos metros. Nunca supe si él pagaba sus deudas cuando perdía, pero los niños que perdían y no pagaban eran el blanco de los gritos de mi abuelo, que se oían fuertes y sonoros: “Pinchi escuinclé, si no tienes pa’pagar, pa’qué carajos juegas, ¡ora me pagas!” Los chiquillos, riendo a car-cajadas, se echaban a correr; alejados lo suficiente, volteaban a verlo y continuaban su burla. A veces entraba a la casa muy enojado: “Son una bola de tramposos”, decía, y aseguraba que nunca más volvería a jugar con ellos. Al día siguiente, sin embargo, ahí estaba, jugando rayuela.

El amor que siento por mi abuelo se refuerza con el recuerdo de aquellos años en que todavía vivía yo en esa casa, como cuando llegaba de trabajar con alguna golosina en la bolsa. Lo encontraba recostado en su recámara o sentado en alguna silla del comedor, rodeado de silencio, acompañado sólo de recuerdos. Sin pensarlo, le entregaba la caja de galletas o la bolsa de dulces o chocolates y le decía que los había comprado para él. Más tarde, cuando la imagen del dulce no se salía de mi mente, con la boca hecha agua por el antojo, le pedía que me regalara algo de lo que yo le había dado.

¿Lo trajites para ti o para mí?

Para usted, abue, pero ¿qué le cuesta regalarme tantito?

Chingá, me das y me quitas, mejor te lo hubieras quedado.

Mi antojo era mayor que mi razón y le rogaba hasta cansarlo. Él caminaba resignado, conmigo detrás, hacia sus dulces, que escondía entre la ropa del clóset, o debajo del ropero, del colchón o de la almohada.

Casi a diario llegaba harta del tráfico y con la idea de dormir, pero cualquier pregunta o palabra que le dirigiera era un detonante para que empezara a platicar. No podía evitar que su voz me arrullara; ante mis bostezos, espaciaba su plática, hasta quedarse callado. Si era yo quien tenía ganas de platicar, él escuchaba y respondía con gusto. Su forma de pensar no tenía nada en común conmigo, pero sus ocurrencias me hacían reír.

Cuando se sentía bien, era juguetón y bromista. La hora de la comida perdía su monotonía con él sentado a mi lado. Al menor descuido, escondía mi vaso, plato o cubiertos, con o sin comida, el caso era jugar; en otras ocasiones era el pan, mi pan, el que me es-taba saboreando y que había mordido o que había puesto aparte para que nadie más lo comiera. Eso sí me hacía enojar. Cuando me daba cuenta, con enojo le exigía que lo regresara. Al principio, negaba tenerlo, pero ante mi insistencia lo sacaba de su escondite y se reía mientras lo devolvía. Era un juego entre él y yo, él escondía mi comida, yo me enojaba, él la regresaba y hacíamos las paces.

Él fue alcohólico desde su juventud e hizo sufrir mucho a mi abuela, la mujer que se robó cuando ésta tenía trece años de edad y la madre de sus once hijos vivos y los tres fallecidos en la infancia. Mi madre fue su primogénita.

Cuando llegó a vivir con mi mamá, a quien antes veía en contadas ocasiones y sólo cuando ella lo visitaba, se enfrentó al hecho de que en su nuevo hogar no había bebidas alcohólicas bajo ningún pretexto. Con orgullo, tanto mi madre como Salvador expresaban en voz alta su repulsión por el alcohol y por las personas que lo ingerían. En los primeros años, cuando se quedaba solo, se iba a tomar a casa de algún vecino al que también le gustara el alcohol, sin importar el enojo de mi madre cuando se enteraba. Al paso de los años fue perdiendo sus facultades y dejó de reunirse con los que, para entonces, eran ya sus amigos y aún vivían.

Algunas veces en su cumpleaños, y en otras ocasiones sin motivo alguno, yo le regalaba una botella de tequila que se tomaba po-co a poco, prolongando su goce durante semanas. "La verdad, qué te digo, pos que te lo agradezco, que Dios te dé más", me decía.

El rencor fue un sentimiento que demostró desde muy joven y que lo dominó hasta el final de su vida. Hablaba con profundo odio de sus padres, que lo maltrataron físicamente en su infancia, y de su único hermano, mayor que él, Eleazar, de quien también recibió golpes cuando se negaba a hacer el trabajo que a éste correspondía,

o a ser su cómplice. Aseguraba que mi abuela lo había engañado con él, y que lo abandonó por otro hombre. También hablaba lleno de rencor de algún hijo que no reconocía como suyo.

Abue, ya olvídense de sus papás y de su hermano, ya hasta se murieron y usted sigue sufriendo por lo que le hicieron. Ya no se acuerde, olvídelos le decía yo al ver cuánto sufría a causa del rencor.

También sufría por otros motivos.

¿Qué comió que se enfermó de la panza, abue?

¡Qué chingá! No vive uno pa'corajes. Tenía yo aquí mi dinerito y ora resulta que ya no está.

Búsquelo bien, por ahí debe estar.

¿Y tú qué crees, que no lo busqué ya?

A lo mejor lo dejó en otra parte, pregúntele a mi mamá.

Que te digo que ya lo busqué y ya le dije a tu mamá que yo creo que Salvador me lo robó, ¿pos quién más? Tu mamá ya se requetenojó conmigo, por eso mejor me metí a mi recámara. Estoy viejo, pero no loco. Tengo dinero porque me chingo trabajando y él nomás se mete y me roba, ¿qué carajos puedo tener si lo que tengo lo encuentra?

Mi abue fue, en resumen, el sol que le dio calor a mi vida el tiempo que viví en casa de mi madre.

El miércoles 19 de enero de 1994, mientras comíamos, Lili me dijo: "Llamé a tu mamá hoy en la mañana. Iba de salida con tu abuelito rumbo al hospital, no me explicó mucho, sólo que él se sentía muy mal". Ese día lo internaron a consecuencia de un conato de infarto.

Ese mismo día también internaron, en otro lugar lejos de donde nos encontrábamos, lejos de donde estaba mi abuelito, a mi tía Lola, la hermana de Salvador que nos acompañaba todos los fines de semana.

Al día siguiente, con un estado de salud todavía muy delicado, dieron de alta a mi abuelito y salió del hospital. Yo mantenía constante comunicación telefónica y sabía que mi madre debía

es-tar muy alterada por esta situación, yo misma estaba preocupada, pero aun así decidí no ir a verlo. Los domingos la presencia de los niños, de Lilí y de mi tía hacía más agradables las horas que pasábamos en esa casa. Podía, con relativa facilidad, ignorar a Salvador. Ir entre semana sin la presencia de ellas me agobiaba, por lo que le avisé a mi madre que no iría a cuidarlo antes del sábado.

Llegó el sábado. Antes de salir hablé para avisar que llegaría en dos horas. Salvador dijo que mi abuelo había recaído y que ambos estaban en el hospital. Cuando llegamos Manolito y yo, me informaron que se encontraba en el área de Urgencias y que mi madre estaba con él. Le pedí a una enfermera que cuidara un momento a mi hijo y entré. Las lágrimas de mi madre fluían en abundancia mientras lo alimentaba, él movía la boca muy lentamente, sus ojos permanecían cerrados. Hablé con él unas cuantas palabras, le dije que esa noche yo me quedaría en el hospital para cuidarlo, que se iba a reponer, y me salí. Minutos después salió mi madre, dijo que lo veía muy mal. La convencí de que se fuera a descansar, se llevaría a Manolito y yo me quedaría hasta el día siguiente; la acompañé a la parada del autobús y regresé. Me disponía a tomar asiento en la sala de espera, cuando escuché la voz de la trabajadora social: "Familiares de Darío Jiménez". Con rapidez me acerqué a la persona que nombró a mi abuelo. Seguían llamando gente y a ellos les permitían entrar a ver a sus enfermos, a mí me pidieron esperar a un lado. Temí lo que momentos después me dirían: que ya había muerto.

Cuando mi abuelo o mi madre eran internados en alguna clínica del Seguro Social y llegaba un enfermo en estado de gravedad, me preguntaba qué pasaría si el enfermo moría, cómo o dónde les avisarían a los familiares, porque ellos esperan en la sala general, lejos del paciente. En una clínica particular, la familia y amigos tienen más posibilidades de estar junto a su enfermo y darse cuenta del momento en que llega la muerte, y la expresión de su dolor puede gozar de cierta privacidad. Ese día tuve la respuesta a mi duda. Mi dolor fue expuesto ante la presencia de los desconocidos a quienes

estuve unida de forma circunstancial en ese momento. Sólo pude caminar con desesperación de un lado a otro en un intento por controlar no las lágrimas que fluyeron con libertad sobre mi piel, sino el profundo dolor que mi expresión intentaba ocultar. Cuando estuve lista, hablé por teléfono para avisarle a mi madre, pero contestó Salvador porque ella aún no llegaba. Le dije lo sucedido y quedé de volver a llamar. Minutos después lo hice.

¿Ya llegó mi mamá?

Sí.

¿Ya le dijiste?

Sí. Ya salió para la clínica.

¿Cómo que ya salió para la clínica? ¿Y mi hijo, viene con ella?

No, él se quedó conmigo.

Hijo de puta le dije , si te atreves a tocarlo o hacerle algo te mato, desgraciado.

¿Qué dices? No te entiendo. Estás loca contestó con voz apagada.

Transcurrió el tiempo mientras esperaba que llegara mi madre con los documentos de mi abuelo. La culpa me dolía. ¿Dónde había quedado el amor que decía tenerle? Dejé a mi madre sola y le ofrecí ayuda cuando ya no se requería. No había manera de reparar el daño. Nunca, nunca más volvería a ver vivo a mi abuelito.

En cuanto fue posible, le platicué a Manolo lo que había sucedido, y le dije que me mudaría un par de semanas a la casa de mi madre para hacerle compañía y ayudarla a superar la pérdida.

Por otro lado, había un comprador interesado en adquirir nuestro departamento, era cuestión de terminar ciertos trámites administrativos y de que nosotros encontráramos un departamento céntrico que estuviera a la venta, para iniciar los trámites de compra.

MI TÍA LOLA
(febrero de 1994)

Tres semanas después, que viví con el ánimo decaído por la muerte de mi abuelo, falleció mi tía Lola. Los dos, mi abuelito y ella, eran personas mayores, sabíamos que podían faltar de un momento a otro porque estaban enfermos, pero estoy segura de que nadie imaginó que ambos morirían con menos de un mes de diferencia.

Salvador no asistió al sepelio de su hermana, dijo que estaba enfermo; no le creí. Sabía que su comodidad estaba por encima de cualquier situación y tanto el velatorio como el panteón estaban del otro lado de la ciudad.

Los días siguieron transcurriendo. Regresé a mi casa para empacar porque los trámites administrativos de la compra del departamento llegaban a su fin y se acercaba la fecha fijada con el notario para concretar la venta, que sería el miércoles 9 de marzo. Elegí para vivir un departamento en la colonia Irrigación. El mismo día nueve, acudiríamos Manolo y yo con otro notario para cerrar el compromiso de compra del nuevo inmueble, que estaba cerca de la escuela de mi hijo. La oficina de gobierno para la que trabajaba en ese entonces estaba en el sur de la ciudad, y aunque la distancia aún era larga, sería mucho menor que la recorrida desde Cuautitlán Izcalli.

SALVADOR...
(marzo de 1994)

Lilí, los niños y yo volvimos a la rutina de visitar a mi madre los fines de semana, por lo que el domingo 6 de marzo llegamos a verla. Salvador decía sentirse bastante mal y mi mamá pidió la ayuda de una de sus cuñadas para cuidarlo; sentía que ya no le era posible dar más sin caer en cama. La ayuda le fue negada. Mi tía Brenda, otra hermana de Salvador, la única que aún vivía, le contestó que la responsabilidad de cuidar al marido era de la esposa, y con cierta ironía se disculpó porque su hija mayor se casaría en un mes y estaba muy ocupada con los preparativos tanto de la boda como de la

despedida de soltera. Ese domingo, nuestra llegada fue diferente, no hubo perros afuera de la casa que movieran la cola al vernos, tampoco adentro. Los dos pastores alemanes ya habían muerto, sólo quedaba el pequeño Snoopy. No había olor a comida guisándose, el refrigerador estaba casi vacío y en el frutero había un par de manzanas con una nube de mosquitos danzando a su alrededor.

Como vi a mi madre muy demacrada, le rogué que pidiera permiso y se tomara algunos días de descanso para reponerse. Los dos últimos meses no todo el trabajo de la casa había recaído en ella sola: la señora Anita, compañera de trabajo de Salvador, le ayudaba con el quehacer y la comida, alguna vez, incluso, llevó un médico a la casa cuando Salvador enfermó en su ausencia. Anita no aceptaba dinero a cambio, decía que iba con gusto, y por lo general asistía sólo en las tardes.

Al día siguiente, Salvador tenía cita a las siete de la mañana con su médico de confianza. Lo internarían para efectuarle estudios que determinarían la enfermedad que padecía, ya que hasta ese momento se había negado a ser atendido en su clínica del IMSS. Cuando nos despedimos esa tarde, él se veía enfermo, con la tez amarillenta y desganado; mi madre también, pero más allá de su salud física, me di cuenta, por su mirada, que su enfermedad real se debía a la soledad que la rodeaba.

Esa noche Manolito y yo nos quedamos a dormir en casa de Lili, cenamos, bañamos a los niños y, como a las doce, nos acostamos. Ella y José Carlos en el piso superior, nosotros en la planta baja.

Una hora más tarde desperté al oír que Lili bajaba con rapidez la escalera de madera; la casa estaba a oscuras. "Las llaves ¿dónde las dejé? Necesito abrir, son Raquel y Ramiro" decía con voz preocupada, algo pasó." Sin duda algo debía haber sucedido, por-que no era normal que su hermana y su cuñado estuvieran ahí a esa hora. Salté al piso y corrí a la ventana, abrí, sentí el frío que golpeaba mi cara y, sin preámbulos, con voz ansiosa, pregunté: "¿Pasó algo?" No hubo necesidad de palabras, bajaron la vista y su expresión me dijo lo que

ellos no se atrevieron. “Se murió Salvador, ¿verdad? Díganme. ¿Se murió Salvador?” Seguían con la vista en el piso sin afirmar ni negar, mientras Lili encendía la luz, abría la puerta, negaba y decía que no era cierto, que no podía ser cierto. Ellos entraron y yo asustada pensaba: “Mi mamá, Dios mío, mi mamá sin Salvador se va a morir”.

El consultorio de la doctora Alquicira se había convertido en mi refugio. Durante años la necesidad de expresar mi dolor hizo eco en cuanta amiga conocí en los lugares donde trabajaba. En cada uno de esos sitios hubo una amiga especial, la amiga a quien confiaba mi secreto, seguido de la culpa ocasionada por la indiscreción de hablar lo que debía callar, pero la necesidad era más grande que la prudencia. El consultorio se convirtió en el lugar ideal para desahogar el dolor y el rencor que había guardado durante años; lejos de sentir culpa, sentía alivio y comprensión por parte de mi doctora. Los sentimientos que me provocó la muerte de Salvador fue lo que ocasionó que los recuerdos llegaran con más fuerza, destrozándome moralmente.

La noche que Salvador murió, Raquel y Ramiro nos llevaron a la misma clínica del Seguro Social donde siete semanas antes había muerto mi abuelo. Mi mamá estaba desfallecida, cuando recobraba la conciencia gritaba y lloraba.

No pude evitar llorar también toda la noche, mis lágrimas eran de coraje, porque no aceptaba que se hubiera muerto sin pagar el sufrimiento que me ocasionó; de coraje contra mí por no haber reclamado justicia. Sentía que lo odiaba aún más por haberse muerto.

MI NUEVA FAMILIA

El festejo de mi cumpleaños número siete, 6 de septiembre de 1964, es el primero que recuerdo porque estuvo lleno de ropa nueva, regalos y sorpresas. La primera sorpresa fue ver en el teatro Del Bosque una obra infantil. Al terminar, mi madre y yo esperamos en las butacas hasta que un hombre alto, flaco y bigotón, que usaba un overol de mezclilla y un cinturón del que colgaban algunas herramientas, se acercó sonriente a nosotras y preguntó si nos había gustado la obra. Era la primera vez que yo asistía al teatro y, ante mi timidez, mi mamá le contestó que las dos estábamos muy contentas. La fiesta siguió en Chapultepec con algodones rosas, manzanas cubiertas de caramelo y muchos globos de diferentes colores que Salvador compró para mí en contra de la voluntad de mi madre y ató a mi muñeca para evitar que volaran al cielo. Entrada la tarde fuimos al cuarto donde vivía mi madre y salí de ahí con vestido nuevo por segunda vez en el día. Al caer la noche llegamos los tres a una casa desconocida, en la que, además de muchos niños que jugaban alegremente, estaba su familia, compuesta por tres hermanas y cuatro sobrinas. Familia que, sin saberlo yo en ese momento, adoptaría en el futuro como propia. Salvador era el menor de cuatro hermanos y el único varón.

En casa de sus hermanas Salvador exageró, aún más, los regalos y me obsequió una cámara fotográfica. Más tarde me la pidió. Explicó que la ocuparía un rato y me la regresaría, pero la idea de que se la quedara no me gustaba y me negaba a dársela, lo que pro-vocó que él se riera y que mi madre me la quitara. Adornaban la mesa un pastel y algunos paquetes envueltos para regalo en papel de China blanco.

Fue una sorpresa enterarme de que la fiesta no era para otra ni-ña, como me habían hecho creer, sino para mí. Partí el pastel ro-deada de niños desconocidos, pero feliz. Los regalos fueron mi primer libro de cuentos de hadas chinos, japoneses y rusos; un li-bro de cuentos de Selecciones del Reader's Digest y dos libros de muñecos para

recortar. A la fecha, veo plasmada mi amplia sonrisa infantil en las fotografías y no me cabe la menor duda de que ese día fue el más feliz de mi infancia.

Pocos días después, una noche en que los habitantes de la vecindad de la colonia Guerrero estaban de luto velando el cuerpecito de un recién nacido, hijo de alguien de la familia, salí de ahí bañada en lágrimas de la mano de mi madre. Ella cargaba mis pertenencias y decía que me llevaba para que viviéramos juntas; se dio cuenta de que no era yo quien usaba mi ropa nueva sino la hija de Mimí; que estaba muy flaca porque no comía bien, y que mi madrina era más importante para mí que ella, porque cuando mi madre me castigaba yo amenazaba con acusarla con mi madrina si no suspendía los golpes o el regaño. Me estaba convirtiendo en una niña bastante grosera y desobediente. “Ellos no se preocupan por tu educación, sólo les interesa el dinero que les pago para que te cuiden, por eso es mejor que ya no vivas con ellos”, me consolaba.

Semanas atrás, la decisión de unir su vida a la de Salvador le dio la fuerza y el apoyo que necesitaba para sentirse capaz de hacerse cargo de mi educación. Él la escuchó lamentarse porque vivíamos separadas. Su jornada de trabajo en el café de chinos era de doce horas al día y, cuando alguna compañera faltaba, trabajaba doble turno para ganar dinero extra. Él la consoló, le hizo notar el descuido en el que yo vivía y el bienestar que significaría para ambas que yo no viviera con mi madrina; la convenció de que si vivían juntos tendrían una vida mejor de la que tenía cada uno por su lado. Rentaron un departamento en la colonia Moctezuma, en el que también viviría una hermana menor de mi mamá, mi tía Genoveva, jovencita de quince años que por primera vez salía de Nanacamilpa, estado de Tlaxcala, para radicar en la ciudad de México.

Decididos a corregirme, obtuvieron una beca para que cursara el segundo año de primaria en el Instituto Montserrat, internado para niñas y señoritas de clase alta, dirigido por religiosas, y al que Salvador tuvo acceso a través de los festivales del colegio que se cele-

braban en el teatro Del Bosque, donde él trabajaba como tramoyista.

La mañana del inicio de cursos fue dramática, pues en ese momento me enteré de que no viviría con ellos; sentí que fui llevada a ese lugar para ser abandonada. Los recuerdos que tengo del internado no son muchos, no hice una sola amiga, tampoco tuve una maestra consentida, ni fui la consentida de nadie; mi compañía fueron las religiosas encargadas del aseo de los dormitorios y de la cocina, con quienes iba por el mandado cuando algún fin de semana me prohibían salir con mi familia por mal comportamiento.

Algunos sábados, lo mismo que en vacaciones, mi madre iba por mí para llevarme a su casa de la colonia Moctezuma, y cuando se iba a trabajar, su hermana Genoveva se encargaba de cuidarme.

Genoveva era una joven presumida. Al levantarse, lo primero que hacía era resaltar con rimel sus expresivos ojos verdes, herencia paterna; ponía colorete en sus mejillas y bilé en sus labios, se acomodaba el delantal y, en compañía de La Charrita del Cuadrante o Radio Sinfonola, entonaba canciones de La Tigresa, Javier Solís, Cuco Sánchez y otros artistas, mientras aseaba el pequeño lugar. Cursaba el primer año en la primaria nocturna de la colonia, lo que era el pretexto ideal para platicar con algún pretendiente sin provocar el disgusto de mi madre y de Salvador.

Tenía carácter fuerte. Cuando la hacía enojar, me encerraba en el baño todo el día, después de dar vueltas furiosa alrededor de la mesa o saltar encima de la cama para pescarme de las greñas. Cuando lo lograba, hacía uso de toda su fuerza para arrastrarme hasta el baño, a pesar de los pataleos y manotazos; me metía, cerraba por fuera y regresaba a su quehacer. Adentro del baño, sentada en algún lugar del piso o en el excusado, oía que cantaba a todo pulmón El puente roto, En mi viejo San Juan, Anillo de compromiso, mientras yo gritaba con rabia mi coraje. Finalmente, vencida por el cansancio y el hambre,

le pedía que me diera de comer. Pasaba la comida a través de una pequeña ventila que yo alcanzaba subida en la caja del agua y, por esa misma ventila, le regresaba los platos cuando estaban vacíos.

Jamás pasó por mi mente decirle esto a mi madre, de quien yo sólo sabía que trabajaba mucho, al igual que Salvador, para salir adelante.

Un lunes por la mañana, al salir juntas rumbo al internado, ella cargaba los uniformes, zapatos, tenis, ropa interior, toallas, ropa de cama, etc., que usaría esa semana. Era tarde y buscaba con desesperación un taxi. Cuando le hizo la parada a uno, se dio cuenta de que mis uñas estaban pintadas. El taxi se detuvo en el momento en que ella me daba de manazos y preguntaba fuera de sí por qué razón me había pintado las uñas, al mismo tiempo que hacía malabares para no tirar lo que cargaba. Abrió la portezuela, y como yo permanecía parada, me aventó hacia adentro. No di el paso a tiempo para entrar al coche y con el estribo me pegué en la espinilla. Ella continuó empujando para que yo entrara, pero asustada por la cortada y por la sangre que manchaba las calcetas blancas, empecé a gritar. Desesperada, ella jalaba mi cabello al tiempo que decía: "Pinche escuincla desobediente, ¡maldita chamaca!, estúpida ¿por qué te pintaste las uñas?"

El 10 de mayo de ese año le pedí dinero a Salvador para comprar el regalo de mi madre; fui al mercado con mi tía Genoveva y en un puesto de bisutería elegí un par de aretes. Cuando llegué el momento adecuado, saqué con orgullo la cajita y se la di junto con un abrazo y un beso. Vio el regalo un par de segundos y lo dejó sobre un mueble cercano. Seguí con la vista cada uno de sus movimientos con la esperanza de que en algún momento tomara los aretes e hiciera algún gesto de agrado por ellos, pero esperé sin resultado. Salvador se dio cuenta de mi ansiedad y, enfrente de mí, comenzó a pelear con ella. "Carajo, Regina, ¿por qué eres así? Te los compró tu hija, ¿por qué eres tan grosera con ella? ¿Qué no la quieres? Póntelos un rato, aunque te los quites cuando salgas." Ella

ignoró sus reclamos y salió enojada de la casa. Cuando se fue, Salvador me pidió que la entendiera, dijo que los aretes eran corrientes y le infectaban las orejas. Los dos lloramos. En ese momento pensé que sólo él entendía mis sentimientos.

Como contraste con los oscuros fines de semana que pasaba en la colonia Moctezuma, hubo también los que pasaba en la casa de mis nuevas tías y mis nuevas primas, la familia de Salvador, mi familia.

Fueron muchos los sábados que mi tía Laurita, su hermana mayor, acompañada de dos de sus hijas, Raquel y Lili, iba por mí al internado. Me alegraba verlas llegar. A las niñas les gustaba jugar conmigo y a mí con ellas; también peleábamos, como pelean las hermanas. Me llevaban a su casa, eran fines de semana dedicados a jugar. La principal ocupación de mi tía Laurita era cuidar con amor a su familia y alimentar a sus pájaros; de repente nos regañaba, pero hasta sus regaños eran cariñosos. A lo largo de los años, desde aquel tiempo, la oí que le decía a Salvador, refiriéndose a mí: "Trátala bien, no como a nosotras nos trataron".

Meses antes de que terminara el año escolar, mi tía Genoveva se fue de la casa, desconozco la razón. El departamento tenía sólo una recámara que ocupaban mi mamá y Salvador. En el piso de la sala colocaban una colchoneta en la que yo dormía las noches que me quedaba con ellos. Al amanecer, la primera en levantarse para ir a trabajar era mi madre; su horario era de martes a domingo, de nueve de la mañana a nueve de la noche. El día de descanso de ambos coincidía, porque los lunes no hay funciones de teatro. La jornada de trabajo de él duraba lo que una función: alrededor de dos horas y media y, en el caso de los fines de semana, que se presentan dos funciones, duraba el doble. Desde cualquier punto de vista, su horario era envidiable. Cuatro días de la semana trabajaba tres horas por las noches, de ocho a once; los dos días de doble función, en caso de que la hubiera, trabajaba de cinco de la tarde a once de la noche. Cuando mi mamá se iba a trabajar, Salvador me pasaba, todavía dormida, a su cama. Así continuó lo que mi madrina empezara, lo

que me convertiría en un ser miedoso, débil, sin personalidad.

Otro suceso importante ocurrió en la misma casa, cuando otra hermana de mi mamá se fue a vivir con nosotros. Mi tía acababa de dar a luz a una niña y andaba de pleito con el papá de su re-toño. Temía que él le ocasionara algún daño a ella o a la bebita. Una noche, como a las siete, tocaron a la puerta con insistencia. Al abrirla, un hombre malencarado me aventó y tres hombres entraron a la casa. Yo grité y mi tía, que estaba en la misma habitación con su niña en brazos, también gritó, y los tipos se dirigieron a ella. Cuando forcejeaban para arrebatarse a la pequeña, salió Salvador de la recámara donde se estaba arreglando para ir a trabajar. Vestía ya su ropa de trabajo, un overol de mezclilla con un cin-turón bastante ancho y grueso de piel gastada, especial para colgar ahí sus herramientas, un martillo, un serrote, un perico y un desarmador. Antes de que me diera cuenta de lo que pasaba, la sangre de uno de esos tipos comenzó a esparcirse por el suelo. Salvador avanzó unos pasos más, alcanzó al segundo de ellos y lo tiró al piso a golpes; el tercero, al ver lo que sucedía, salió de la casa, se montó en el barandal de las escaleras de piedra y se deslizó pa- ra alcanzar la planta baja. Los otros dos, entre los cuales estaba el papá de mi primita, huyeron dejando una estela de sangre en el pa- sillo y en las escaleras. Nunca más se atrevieron a regresar a nuestra casa.

Este episodio fue narrado varias veces por mi tía y por Salvador, a todas las personas posibles, dándole un toque de heroísmo a la participación de él. Mi mamá se unió a ellos e hizo eco de la historia: "¡Su fuerza física es sorprendente! Él solo contra tres hom- bres impidió que se robaran a mi hija", decía mi tía. Mi mente creó toda una historia de terror en la que los triunfadores fueron Salvador y el martillo, o Salvador, el perico y el serrote. Si tres hombres salieron corriendo al ser golpeados por uno, ¿qué clase de hombre era éste?

Desde aquella época y hasta sus últimos años de vida, como si se tratara de reforzar el miedo que la imagen de Salvador con sus

herramientas me provocaba, él repetía con frecuencia: “Cuando te quieran hacer algo, defiéndete con lo que tengas a la mano; vas a ver si con un martillazo no le pones en la madre al cabrón”.

Cuando habitábamos esa casa enfermó el padre de Salvador. Escuché que fue un hombre violento: más que violento, malo. No sé quién lo dijo, pero con seguridad fueron las palabras de los adultos que platicaban ignorando mi presencia. Su hijo se llamó igual que él, e igual que él, su hijo trabajó como tramoyista.

El año escolar llegó a su término. La beca que me habían dado no fue renovada, por lo que tuvieron que cambiarme de escuela. Les dije que era lo mejor, las niñas de esa escuela eran presumidas y mentirosas, inventaban que sus papás tenían aviones y barcos. Mi mamá y Salvador sonrieron, dejando entrever el orgullo que les provocaba codearse con personas de tan alto nivel socio-económico. Me contestaron que no eran mentiras, esas niñas sí tenían papás dueños de barcos y aviones.

En las vacaciones de fin de año nos cambiamos a la colonia Gabriel Ramos Millán y me inscribieron en la escuela del barrio. La mamá de mi primita vivió pocas semanas en nuestro nuevo domicilio. En cierta ocasión salió de la casa con la niña y regresó algunos días después sin ella, dijo que el papá se la robó. Ya no había razón para que viviera más con nosotros, así que se fue dejándome en una nube de tristeza y soledad.

De regreso en 2004, escribo mis memorias en la computadora, mi hijo juega play station en su recámara y mi marido ve la tele. Mejor para mí que cada quien esté ocupado en lo propio. Es difícil sobrellevar las tardes en casa con buen estado de ánimo, y ni qué decir de las horas en la oficina, después de recordar tanto. Llegué a pensar que todo estaba superado porque pasaron meses sin que me sintiera afectada por los recuerdos. Las depresiones cada vez se presentan más alejadas una de la otra, pero no desaparecen. Yolanda Alquicira y el doctor Alejandro Montes de Oca, mi actual

psicoanalista, opinan que no debo suspender las terapias, pero me niego a vivir como si ellas todavía formaran parte de mi rutina, aunque reconozco el beneficio que me proporcionan. Manolito, quien por cierto prefiere que le diga Manuel, es muy perceptivo, me conoce como nadie más. Cuando estoy pensativa o triste o preocupada, me observa unos segundos y luego pregunta: “¿Mamá, qué tienes?” Le contesto: “Nada, acabo de acordarme de algo que dejé pendiente en la oficina”. Acepta mi respuesta, pero sabe que no es verdad y en silencio sigue observándome.

Anoche Miguel Ángel, mi marido, llegó tarde y pude encerrarme a llorar a gusto, sin testigos. Es doloroso aceptar que mi cuerpo, el que ahora estoy aprendiendo a cuidar y valorar, fue prostituido, y que ya adulta fui criticada y maltratada por inmadura, inestable y hasta inmoral. ¡Qué injusticia!

El sábado vino mi mamá y la convencí de que se quedara el fin de semana con nosotros. Después de comer, bajamos ella y yo solas a caminar por el jardín. Nos sentamos en una banca y le platicué mi proyecto de escribir este libro. Le dije: “Fueron muchos los aspectos de mi vida afectados por el abuso y yo, ignorante, tardé años en darme cuenta de que todos mis problemas provenían de esa experiencia. Si hubiera hablado, si hubiera pedido ayuda antes, me habría evitado mucho sufrimiento. Quiero compartir con la gente que tiene algo que resolver en su vida, la manera en que fui resolviendo la mía, la ayuda que he recibido a través del psicoanálisis”. Se quedó pensativa unos momentos, largos momentos, antes de contestar que le parecía bueno mi proyecto. Preguntó que si usaría un pseudónimo, le contesté que no, que deseaba mi nombre en el libro, porque sería mi libro, escrito por mí.

Agregué: “No ha sido fácil salir del hoyo, como sé que la vida tampoco ha sido fácil para ti. En mi primera cita con Yolanda Alquicira, me explicó que cuando una persona es maltratada en su infancia, maltrata cuando es adulto. Sé que mis abuelos te colgaban de las vigas del techo de la casa del pueblo, sé que estando ahí, colgada,

te daban de fuetazos en las piernas, y todo porque hacías algo mal, cualquier cosa, lo que fuera. Sé que siendo todavía una niña, mi abuela te corrió de la casa en la madrugada y te tuviste que salir. Entiendo que te obligaron a reprimir tus sentimientos y aprendiste a ser distante, poco amorosa y eso me impidió confiar en ti. Pero eso lo sé ahora, después de años de asistir a terapias: antes pensaba que no me querías. Por lo que viví, quiero hablar de mí, pero también quiero hablar de ti. Yo fui víctima, tú también lo fuiste. Déjame hacerlo, estoy segura de que a alguien, algún día, le servirá lo que yo escriba”.

Mi madre lloró. Creo que le hace bien.

La tarde enfrió y decidimos regresar, en el camino le platiqué que Miguel Ángel y yo tenemos algunos problemas de dinero. “No nos ponemos de acuerdo en la forma de administrar los gastos de la casa. Tendremos que hacer algunos reajustes. Espero que esta mala racha pase rápido”, finalicé.

LA COLONIA GABRIEL RAMOS MILLÁN

La colonia Ramos Millán era habitada por personas de bajos recursos, y la recuerdo no desde mi niñez, cuando llegamos a vivir en 1965, ni por mi buena memoria, sino porque hace pocos años estuve ahí en el último intento por recordar, por recuperar mi vida. Muchas de sus calles sólo permiten el paso de un carro porque son muy angostas. Tiene callejones y cerradas. Algunas de sus fachadas están maltratadas, con la pintura sucia o descarapelada o con grafitis. También hay fachadas con puertas modernas que, cuando se abren, dejan a la vista viviendas antiguas, mal hechas, porque sus dueños no tuvieron dinero para pagarle a un arquitecto que les hiciera un buen diseño y ampliaron su vivienda construyendo, ellos mismos, en muchos casos, cuarto por cuarto a través de los años. Es una colonia popular, donde hay mucho comercio, la gente trabaja para vivir mejor.

Llegamos a vivir en ella antes de que yo cumpliera ocho años. Los visitantes que tuvimos durante los cuatro o cinco años que permanecimos ahí, fueron, en su mayoría, amigos de Salvador y uno que otro familiar de mi madre.

La señora Lupe, nuestra arrendataria, construyó dos viviendas en su propiedad; una en la planta baja, que ocupamos nosotros, y otra en el primer piso, donde vivía ella con su esposo y sus tres hijas: Lupe, de mi edad; Silvia, un año más chica, y Lorena, de tres años y con síndrome de Down. El terreno ocupaba una esquina y cada vivienda tenía su entrada independiente. Al abrir la puerta de su casa, que estaba a la vuelta de la esquina de nuestra puerta, se encontraba un patio dividido a la mitad por una barda de más o menos un metro de altura. La segunda mitad de ese patio, la que estaba del otro lado de la barda, era parte de nuestra casa. El patio era el punto de intersección de las dos viviendas.

Yo entraba a la escuela a las ocho de la mañana y salía a la una de la

tarde. Para llegar a ella caminaba tres cuadras pequeñas, entre cinco y diez minutos. La mayoría de las veces despertaba sola, agarraba el uniforme, que estaba sobre alguna silla entre un montón de ropa, o tirado en algún rincón de mi recámara y me lo ponía, guardaba en mi mochila la moneda de a peso que la noche anterior mi madre dejaba sobre la mesa y me iba a la escuela. Ca-si siempre llegaba tarde, con las huellas de la cama en la cara y el pelo y sin tareas. A la hora del recreo desayunaba pingüicas con chile, entre otras golosinas.

Lupe, la hija de nuestra arrendataria, y yo, éramos compañeras en el mismo salón de clases. A la una de la tarde, cuando toca-ban la chicharra de salida, ella esperaba a su hermana Silvia, que estudiaba en la misma escuela, y regresaban juntas a su casa.

Por encargo de mi mamá, la señora Lupe vigilaba que a la sa-lida de la escuela yo no me quedara mucho tiempo en la calle, pa-ra evitar que me hiciera una vaga. Mi hora de llegada no debía ser después de la hora en que llegaban Silvia y Lupe; además, como no tenía llaves, mi entrada obligatoria era por el patio de mis vecinas y después brincaba la barda. La señora Lupe me vigilaba muy bien. Nunca ocultó el gusto que le proporcionaba ejercer au-toridad sobre mí.

Cuando yo llegaba de la escuela, Salvador siempre estaba acos-tado. Mi primera obligación era meterme en su cama. Casi dos ho-ras después, alrededor de las tres, cuando él ya estaba satisfecho, el hambre le recordaba que yo tenía que ir a comprar, antes de que se acabaran, la carne siempre retazo con hueso y las tortillas. Me levantaba como se levanta cualquier persona en la mañana, con prisa porque ya era tarde o con apatía, simplemente porque me tenía que levantar. Esas compras y guisar el retazo con hueso, con jitomate y sin chile el único guisado que le gustaba a Salvador, era la obligación más importante, impuesta por mi madre, a la que ayudaba en el quehacer de la casa. Muchas veces alcancé sólo huesos porque el retazo ya se había acabado, y en otras ocasiones no alcanzaba tortillas.

Salvador se despertaba entre cinco y seis de la tarde y me pedía

que le llevara a la cama una taza de leche caliente, preparada con una cucharada copeteada de Nescafé y tres o cuatro de azúcar. Fumaba algunos cigarros Delicados sin filtro y se levantaba para ir al baño, donde se encerraba largo rato; se cambiaba, a veces comía, tomaba algunas tazas más de leche con Nescafé, volvía a fumar y se iba a trabajar.

En la noche llegaba mi madre y al ver la mala calidad de la carne que había comprado, o al ver que no había carne o tortillas, se salía de sus cabales y reaccionaba en contra mía.

Ya déjala en paz, Regina decía Salvador, si no fue por la carne y las tortillas en cuanto llegó de la escuela es porque venía cansada.

¡Qué cansada ni qué cansada! contestaba ella, es una güevona y tú todavía la defiendes después de que nos dejó sin comer.

¿Cuándo me enojo porque no hay comida? Ya sabes que yo con mis dos litros de leche diarios, mi Nescafé y mis Delicados no necesito más. Siéntate a ver la tele y ahorita preparo huevos para los tres decía condescendiente.

Tanta comprensión conmovía a mi madre, y desde entonces la idea de que Salvador era todo nobleza se arraigó en su mente.

Otras noches en que mi madre me regañaba, Salvador intervenía con el pretexto de relajar el estado de ánimo de las dos. Se dirigía a ella al mismo tiempo que me veía y hablaba sonriendo con ironía y burla: "Mírala, según ella está llorando, muchas lágrimas, pero bien que se quiere reír. Vela bien, Regina, ya se está riendo, ¡no! Se está burlando de ti, mírala, está loca, se ríe y llora al mismo tiempo. Vaya, sí que está loca, se parece a ti, Regina, son igualitas, se ríen y lloran al mismo tiempo. Hey, tú, Rosa, ¿verdad que sí estás loca?"

Después de cenar, mi madre y yo nos íbamos a dormir. Él se

quedaba en la sala. Pocos minutos después cambiaba los focos de la sala por otros rojos, azules o amarillos y quedaba la estancia iluminada a media luz; encendía unas varitas de incienso, elegía de su gran repertorio de discos los LP de su predilección, los colocaba en la consola nueva que sacaron en abonos cuando llegamos a vivir a esa casa, bajaba el volumen para que solamente él escuchara la música, se sentaba con la cabeza recargada en el respaldo del sillón, se acomodaba para fumar, y así, cobijado en este ambiente, con ayuda de la mariguana y tal vez de alguna otra droga, se transportaba a su propio mundo, en el que con seguridad encontraba, aunque fuera por pocas horas, la valentía que le hacía falta para enfrentar la vida diaria. Y cuando en esas condiciones lo sorprendía el amanecer del nuevo día, me despertaba, me daba de desayunar y, en ocasiones, hasta preparaba alguna torta para que yo comiera en el recreo, aparte de las pingüicas que ya eran parte de mi alimentación habitual.

La música fue la gran pasión de Salvador, sin importar las fuertes discusiones con mi madre por invertir en ella dinero que debía ser parte del gasto. Una cantidad importante de su sueldo era utilizado en la compra de LP y discos de 45 revoluciones. Su gusto era variado: lo mismo escuchaba música de las grandes bandas, que jazz, swing y blues. Disfrutaba igual a Frank Sinatra que a la Sonora Matancera, cualquier trío o a Chava Flores. Dentro de su gran repertorio musical estaba uno que otro disco infantil, con el que demostraba a mi madre y a sus amigos su generosidad y bondad hacia mí.

No puedo describir cómo inició el abuso sexual porque no lo recuerdo. Sé que aprovechó la inconsciencia, torpeza y confianza ciega en su sentido literal que mi madre depositó en él para que cuidara de mí mientras ella trabajaba.

Cuando nos cambiamos a la Ramos Millán compraron algunos muebles nuevos. Entre ellos, una cantina que los hacía sentir orgullosos, lo cual resulta incomprensible para mí porque, como ya lo he mencionado, en la casa no se consumía ningún tipo de bebidas alcohólicas.

Por aquel entonces teníamos un gato al que llamamos Chivito. El Chivito, la cantina, Salvador, las tijeras y yo fuimos protagonistas de otro episodio de triste recuerdo. Un día, no sé si Salvador o mi madre, descubrieron que la cantina tenía un profundo araña-zo que la atravesaba por el frente desde el lado superior izquierdo hasta el lado inferior derecho. Cuando los dos me acusaron de haberla maltratado, mi primera reacción fue defenderme, como ya se me había hecho costumbre, a gritos: "No es verdad, yo no la arañé, fue Salvador, yo lo vi ayer, la arañó con las tijeras, lo vi desde la calle por la ventana". Según mis recuerdos, cuando regresaba de comprar refrescos lo vi a través de la ventana sentado en cuclillas, inclinado a la altura donde el mueble fue dañado. Ante mi acusación, él reaccionó enojado y ofendido. Como siempre, mi madre lo defendió diciendo: "No te conformas con maltratar lo que tanto trabajo nos cuesta comprar, sino que además tienes que echarle la culpa a alguien de lo que tú haces ¿Cómo es posible que inventes semejantes mentiras?"

Los enojos de ella me hacían sentir culpable, porque todo lo malo que sucedía en la casa parecía ser provocado por mí, y por miedo al castigo que sufría de forma anticipada, cambié mi versión y dije que había visto al gato arañar la cantina con sus garras. El arañazo era profundo y, por su posición, no era creíble que el gato lo hubiera hecho. La paliza nadie me la quitó; y la verdad ya ni siquiera yo la sé. Con el paso del tiempo no tengo claro quién dañó el mueble, si fue el gato, si fui yo, o si inventé que fue Salvador.

He olvidado muchos momentos de los que viví en ese lugar, pero el episodio de la cantina arañada fue uno de los primeros relatos que le platiqué a la doctora Alquicira cuando me puse en sus manos. Algo muy dentro de mí siempre me ha dicho que no mentí cuando dije que vi a Salvador en cuclillas rayando el mueble, y saber que después culpé al gato me sumergió en una gran duda. Aún después de tantos años quería saber la verdad, era como querer saber si la locura y la razón existen, era como querer saber si yo estaba loca o si

los locos eran ellos. Me decepcionó la respuesta de mi doctora; dijo que con el método del psicoanálisis que ella utilizaba, los verdaderos hechos no eran lo importante. Lo que sí importaba era aliviar el dolor de lo sucedido.

Al analizar este hecho me di cuenta de que la falta de confianza en mí fue lo que me provocó el daño mayor. Ahora ya no es importante encontrar un culpable. Ahora importa creer y confiar en mí, en lo que veo, en lo que escucho, en lo que me imagino y en lo que percibo.

Otro día, a punto de anochecer, Salvador se preparaba para ir a trabajar. Se encerró en el baño para fumar durante largo rato. Cuando salió, siguiendo una costumbre que practicaba con frecuencia, me apremió para desvestirme por última vez en el día antes de marcharse.

Cuando más excitado estaba, se escucharon fuertes y repetidos golpes en la puerta. Me aventó y brincó de la cama asustado, y mientras se acomodaba la ropa se fue acercando a la puerta. Cuando al fin la abrió, alcanzó a ver a unos niños más o menos de mi edad que corrían alejándose. Unos vecinos estaban sentados en la banqueta, y él, muy indignado, les preguntó si conocían a los chiquillos que habían golpeado nuestra puerta. Le contestaron que eran amigos de Sarita, quien vivía a media cuadra y era mi compañera de clases. Me ordenó seguirlo para que le mostrara la casa de mi amiga. Su enojo iba en aumento cuando, a grandes zancadas, llegó, conmigo asustada junto a él. Tocó y, cuando le abrieron, preguntó de forma muy grosera quiénes eran los niños, amigos de Sarita, que acababan de golpear nuestra puerta. Una hermana adolescente de mi amiga, sin saber siquiera a quién se refería y atemorizada ante su actitud violenta, creyó conveniente inventar que uno de los niños era un compañero de la escuela que vendía globos. Ella pensó que al tratarse de alguien conocido, mi papá, como decían cuando se referían a él, se iba a calmar, y opinó que con seguridad el niño quería venderme algún globo. Como respuesta, Salvador, fuera de sí, me lanzó al piso de una bofetada. Tirada en el callejón oscuro,

sangrando de la boca y golpeada de manos y rodillas, enfrente de mi amiga y su familia, yo lo oía preguntarme, implacable, cómo me atrevía a tener amigos que vendieran globos, qué clase de ambiciones tenía, seguramente con los años iba a terminar casada con un globero. Sentí vergüenza ante mis amigos y creí ver en su mirada que deseaban ayudarme, pero no se atrevieron a intervenir.

En el transcurso de los años fueron muchos los pretextos que le conocí en los que se escudó para faltar a su trabajo; algunos fueron situaciones como la anterior. Aquella noche esperé a mi madre para contarle todo, lo que le convino y a su manera. Ella, a quien manipulaba con facilidad, se enojó porque yo no sabía elegir a mis amistades: “¿Cómo te atreves a ser amiga de un globero?”, me reclamaba. Yo tenía ocho, tal vez nueve años de edad.

Durante esos cinco años que vivimos en la colonia Ramos Millán, Salvador fue la persona con quien más tiempo pasé, la persona de quien más atenciones recibí. Indudablemente debí haberlas tenido también de mi madre, pero su recuerdo sólo surge con amargura, como un eco del mismo Salvador. Cuando no era así y ella actuaba por su propia cuenta, era para corregirme o castigarme con sus métodos duros, exigentes, distantes y fríos como el hielo. Al ser él la persona con quien más horas estaba durante el día, fue con quien más platiqué en ese tiempo; de hecho, fue el único que mostró interés en escucharme.

Cuando abusaba de mí no lo hacía de forma violenta. Dueño de una mente ladina y taimada supo con precisión cuándo, cómo, con quién y hasta dónde fingir generosidad y bondad. Decía que me quería y le creí, porque en ese momento le atribuí a él que mi mamá y yo viviéramos juntas. No sé qué palabras utilizó, cinco años en total, para manipularme, acosarme, corromperme, seducirme, como se diga, pero sé que todo empezó cuando yo tenía siete años y él treinta y siete. Sé que me brindaba muestras de cariño que no recuerdo haber recibido en ese tiempo de nadie más. El hecho de que yo valorara tanto que preparara mi desayuno

no, hiciera mi torta y me defendiera de los enojos de mi madre, demuestra el abandono en el que me encontraba. Sé que desde mucho tiempo antes de conocerlo ya era una niña débil, tímida e insegura, ávida de recibir cariño.

Un día, al regresar de la escuela, le platicué que estaba muy contenta porque como parte de las actividades de la cooperativa escolar había vendido quesadillas a la hora del recreo. De la calma pasó a la violencia en segundos. Lo recuerdo frenético, abrochándose el pantalón al mismo tiempo que yo, pasmada, lo veía y escuchaba sus palabras hirientes: "¿Cómo es posible que aceptes vender fritangas? ¿Para que vendas quesadillas tu madre y yo hacemos el esfuerzo de mandarte a la escuela? ¿A eso es a lo que as-piras? ¿Gastamos en tus útiles y en tu uniforme para que te guste ser fritanguera?"

A la mañana siguiente llegamos los tres juntos a la escuela. Mi madre y él reclamaron al director que me hubieran puesto a vender. Yo iba para estudiar, no para vender quesadillas en beneficio de la escuela. Ésa fue la última vez que participé de las actividades en equipo que organizaba el colegio.

Cuando llovía, para evitar que se inundara la azotehuelita que estaba junto al baño y que se metiera el agua al interior de la casa, quitábamos la tapa de la coladera para que el agua fluyera con rapidez. Sin embargo, era de vital importancia regresarla a su lugar cuando el aguacero había terminado y evitar así que las ratas utilizaran ese agujero para salir de la coladera y entraran a la casa.

Una noche, al regresar mi madre de su trabajo, me pidió que le llevara sus pantuflas a la sala. Fui jugando a su recámara y antes de llegar a la cama levanté los brazos y me aventé sobre el colchón. Sin asomarme debajo de la cama, estiré los brazos y busqué a tientas sus pantuflas. Cuando toqué algo suave, peludo, lo levanté y un grito de horror escapó de mi garganta al mismo tiempo que arrojaba la rata que tenía en mi mano. La rata tenía poco de haber muerto porque aún estaba tibia.

Tiempo después sucedió algo peor. Mi madre descubrió he-

ces de rata entre la ropa de cama que guardaba en su ropero. Además, en otros cajones, aparte de heces, la ropa estaba roída. Mi madre se obsesionó con la limpieza. Tiraba la ropa que la rata se comía, revisaba cajones, los vaciaba cambiando de lugar la ropa, ponía ratoneras con pedazos de queso, aumentaba el veneno de los rincones. Pero los días pasaban y las heces seguían apareciendo aquí, allá, en este cajón, en este otro. Había razones para creer que no era sólo una rata la que estaba adentro de la casa, con seguridad eran más de una. El día de su descanso tomó la decisión de acabar ese mismo día, a cualquier precio, con los roedores.

Sabía que éstos se escondían en alguna de las recámaras, por lo que la primera acción que tomó, después de cerrar la puerta de su recámara, fue tapar con jergas y trapos viejos las rendijas por donde los animales pudieran escabullirse. Empezamos ella y yo solas, a vaciar nerviosas cajón por cajón. Después, entre Salvador y ella movieron los muebles, revisamos centímetro a centímetro la habitación. Las ratas no estaban en su recámara, estaban en la mía. Una vez más, sellaron con más trapos las diferentes puertas de mi recámara y se ayudaron de muebles para obstaculizar la salida de los animales. Mi madre estaba alterada, pero con determinación decía que tenía que acabar con esos malditos animales. Yo también estaba mal, temblaba a cada torpe movimiento, sentía que en el momento menos esperado los repulsivos animales se me subirían a los pies.

Ahora en mi recámara vaciamos cajón por cajón. De repente, mi madre gritó: “¡Aquí está, la tengo!”, al mismo tiempo que la golpeaba con el palo de la escoba. “Ya está muerta”, dijo. Por fin pude respirar tranquila. En eso, con el rabillo del ojo, vi que algo corría de un rincón a otro. Grité aterrada: “Otra rata, mamá, hay otra rata”. Ella también la había visto. La rata se escondió atrás de un esquinero. Con muebles pequeños hicimos una valla y las dos, armadas cada una con un palo de escoba, nos quedamos valla adentro para mover el esquinero, mientras Salvador ponía agua a hervir. Cuando el agua estuvo lista, movimos el esquinero y vimos al animal arrinconado, mirándonos

asustado. Antes de que tuviera tiempo de correr, aunque no tenía mucho hacia dónde, mi madre comenzó a gritar obsesionada, al mismo tiempo que la golpeaba con el palo: “Muérete, maldita, muérete”. Su sangre comenzó a salpicar las paredes y sus chillidos eran horribles. Yo quería que ya se muriera, pero no podía ayudar, no tenía ni la determinación ni la fiereza necesarias para golpearla. El animal no se movía. Entonces Salvador pasó el agua hirviendo, me ordenaron hacerme hacia atrás, los pocos pasos que me era posible, y ante mis aterrados ojos le aventaron el agua al herido animal que, al sentirla, se retorció, se contorsionó, brincó, se azotó contra la pared manchándola más de sangre y rebotó dos veces sobre mi cuerpo a la altura del pecho y de los brazos, y cada vez que la rata sentía el agua hirviendo sobre su carne, se repetía la escena y los chillidos no paraban, hasta que finalmente se murió.

Mi madre limpió, desinfectó y tiró algunas cosas, pero la sensación de haber sentido sobre mi pecho el asqueroso cuerpo retorciéndose me provoca aún un gran terror.

Con excepción del corto periodo que tuvimos a nuestro gato Chivito y que terminó cuando éste nos abandonó, mi madre colocaba veneno en todos los rincones; adquiría los de mejor calidad. Cuando llovía y quitábamos la tapa, yo esperaba ansiosa a que el agua se calmara para tapar la coladera. Pero a pesar de todos los cuidados, llegamos a encontrar alguna otra rata muerta adentro de la casa.

Nuestro boiler era de combustible y estaba instalado en la azotehuela, justo debajo de la ventana de la sala de la casa de la señora Lupe. Yo era la encargada de comprar la leña o el combustible, pequeños almohadones cafés rellenos de aserrín, además del ocote y el petróleo. Salvador era el encargado de encenderlo, y cuando no se encerraba en esa azotehuela largo rato, lo hacía en el baño. A mí me causaba curiosidad que él se tardara tanto. La entrada al baño estaba en mi recámara y yo me agachaba al piso, como buscando algo debajo de mi cama para ver por la rendija dónde estaban sus pies. Cuando se encerraba en cualquiera de los dos lugares, no hacía

ruido y se enojaba mucho si mi madre o yo le hablábamos. Tampoco pasó inadvertido para mí el olor que salía de ese lugar cuando él se encerraba, así es que, cuando me quedaba sola, me ponía a esculcar su ropero. Cierta día encontré un envoltorio de papel periódico que contenía un montón de hierba y unos papeles cuadrados de papel delgado blanco. Con el tiempo supe que era mariguana y que cuando Salvador se encerraba era para fumarla.

En ese cajón no sólo encontré mariguana, también había libros de bolsillo y revistas que con frecuencia eran actualizadas. Esos pequeños libros describían ardientes escenas en las que sus personajes se involucraban sexualmente. A veces sólo mujeres participaban en ellas, a veces sólo hombres, en ocasiones los participantes eran sólo una pareja, a veces eran más. Lo único que puedo decir es que esas ilustraciones enfermaron más mi mente.

No todo fue malo. También hubo momentos agradables, como los días en que llegaba de la escuela y no había nadie en casa; aprovecha-ba para adueñarme de todo lo que tenía prohibido utilizar, como la consola. Sacaba mis discos favoritos, entre los que se encon-traban, a pesar de mi edad, Eddie Gormé y Los Panchos, y Yolanda y su trío Perla Negra. También sacaba mis discos infantiles: El Milagro de Nuestra Señora de Lourdes, La vida de San Francisco de Asís, La historia de Jesús en voz de Manuel Bernal, y los escuchaba una, y otra, y otra, y otra vez. Incansable, repetía los diálogos, los actuaba, los interpre-taba, imaginaba que yo era quien cuestionaba y exi-gía respuestas a un ser imaginario: “Y qué hiciste del amor que me juraste y qué has hecho de los besos que te di”, asimismo me veía escribiendo: “Un diccionario con las palabras del amor, en el idioma de los dioses para cantar al corazón”. Igual imaginaba ser Bernardita y que la In-maculada Concepción venía a mí, se aparecía y yo, arrodillada frente a ella, escuchaba sus palabras y después to-dos los que alguna vez me causaron daño se sorprendían y me ha-cían honores porque estaba muy por encima de ellos. Escuchaba la historia de la vida de San Francisco de Asís, sus bondades, su humildad, su amor por

los animales y le pedía que me ayudara, que fuera bueno conmigo y que me hiciera buena a mí también. Oía las historias de Manuel Bernal sobre la vida de Jesús y disfrutaba repetir las parábolas, hacía inflexiones con mi voz para que se escuchara con diferentes tonos e imaginaba que yo era los diferentes personajes que lo rodeaban, imaginaba las vestimentas, los paisajes, me imaginaba junto a Él con su presencia bondadosa, radiante, y tenía toda la casa como un inmenso espacio abierto lleno de aire, de sol, de luz, donde podía desplazarme con los brazos abiertos, ver hacia arriba, hacia el cielo, hacia el sol, hacia mi libertad.

En otra ocasión, Rosa, una vecina adolescente a quien recuerdo por su llamativa forma de vestir, decidió un día, acompañada de otros niños también vecinos, abrir la puerta de mi casa con sus propias llaves. Ella sabía que muchas veces yo estaba sola y que me dejaban encerrada con llave. Pocos minutos después de que Salvador salió, oí que alguien trataba de abrir. Corrí hacia la ventana y vi a Rosa junto con otros niños probando una por una las llaves que estaban en los diferentes llaveros que traían consigo. Yo me emocioné. Cuando terminaba de probar las llaves de un llavero, los niños le daban otro, y yo feliz, a través del vidrio le daba ánimos de que siguiera intentándolo. Después de que probó todas las llaves y no logró abrir, Rosa se dio por vencida, volteó a verme para decir que lo sentía y se fue.

La señora Lupe vio todo y antes de que mi madre entrara a la casa ya sabía lo sucedido. La medida de seguridad para evitar que yo me saliera, fue cerrar la puerta de la cocina que daba acceso a la estancia. Desde entonces el espacio donde yo podía moverme quedó reducido a la azotehuela por donde me brincaba al regresar de la escuela, la cocina y dos recámaras.

Esta decisión me quitó la vista a la calle por las ventanas de la sala; ya no veía pasar gente ni oía sus pláticas. Me quedé sin el consuelo de los viajes que mi imaginación creaba al escuchar los discos, y sin la televisión para evadirme con sus imágenes. En cuanto Salvador salía, después de haber sido vejada por sus abusos, me quedaba

confinada a ese pequeño espacio, al que ni siquiera entraba el sol.

Otra costumbre que adquirí y fomenté en esos años, fue mirarme al espejo. Esperaba con ansiedad quedarme sola. En cuanto eso sucedía, corría al único espejo útil que había en la casa, el del chi-fonier de la recámara de mi mamá. El otro espejo que teníamos estaba en el baño, pero era demasiado pequeño, inservible y viejo, como el que tuve muchos años después en mi casa de Cuautitlán Izcalli. Me paraba enfrente de él y acercaba mi rostro lo más que podía al cristal, veía fijamente a los ojos de la imagen que se reflejaba, sin parpadear sentía que mis ojos comenzaban a llorar, pero era sólo los primeros segundos. Después, todo lo que había alrededor de ellos comenzaba a perderse, a difuminarse, convertido en una vaga sombra, y yo continuaba mirando fijamente sin parpadear con la absoluta seguridad de que de un momento a otro el diablo iba a aparecerse a través de esos ojos, a través de mis propios ojos. Es más, muchas veces tuve la certeza de haberlo visto, estaba dentro de mí, salía de mí y se hacía presente en la expresión de maldad de mis propios ojos, en la expresión de terror de mis propios ojos, en las sombras difuminadas que los rodeaban. Ahí estaba él, siempre acompañándome, siempre dentro de mí, esperando la oportunidad de que me parara frente al espejo para salir, para llevarme con él a un infierno más real del que ya vivía y del que ya nunca podría salir. El infierno de la locura.

Infinidad de veces me paré frente al espejo retándolo, enfrentándolo para que viniera por mí, pero nunca me llevó. Llegué a pensar en aquel tiempo que ni siquiera él me quería.

En 1995, durante una de mis sesiones de terapia, resurgió de entre mis recuerdos en apariencia de la nada una de las pesadillas recurrentes que iniciaron en mi niñez. Esta pesadilla se mantuvo en el olvido alrededor de veinticinco años; por eso, mi sorpresa al recordarla fue enorme. Soñaba con un vacío inmenso, sólo comparable con el espacio sideral, y en el mismo había una gran bo-

la blanca, del tamaño de una pirámide. Yo, junto a esa bola, me esforzaba por empujarla hacia arriba, como si pretendiera arrastrarla hasta alcanzar la cima de una invisible ladera. Era muy pesada, tanto, que resultaba imposible moverla, y entonces despertaba sudando y corría a la sala o al comedor, donde con seguridad estaba Salvador. Si por casualidad mi madre y él se encontraban platicando, yo me acercaba a él y le decía que había soñado con la bola blanca. Salvador sonreía triunfal y se volteaba hacia mi madre para decirle: “Yo creo que a ti no te quiere, Regina. ¿Por qué no se acercó a ti? Tú lo viste, ¿te fijaste?, yo no te lo platiqué, vino directamente a mí ¿o no?”

Revivir episodios como los anteriores impedía que me reintegrara al trabajo de forma adecuada. Al terminar la sesión, permanecía sentada largo rato en la recepción del consultorio sin importar quién me viera llorar. Era el proceso que tenía que seguir para aceptar de forma consciente lo que viví. Pasado un rato, con lentitud y gran cansancio, con dolor de cabeza algunas veces, regresaba a la oficina sólo para cometer un error tras otro, olvidos y pagar las consecuencias.

Trabajé mucho la muerte de Salvador, no entendía por qué se había muerto sin pagar el daño que me hizo. “¿No se dice acaso que todo lo que se hace se paga? cuestionaba a mi doctora como si ella tuviera las respuestas. No sufrí como me hizo sufrir, no tenía derecho a morirse, lo odio, lo odio más que antes por haberse muerto”. Fue la primera vez que recuerdo haber peleado con Dios; le reclamé que hubiera permitido que se muriera. Y con frecuencia pensaba: “Nunca me voy a perdonar por no haberlo denunciado. ¿Por qué nunca lo hice? ¿Por qué permití que viviera en la impunidad, que aparentara lo que no era?” Recordé que en su sepelio sentí sobre mí la mirada de su hermana Brenda. Me veía llorar. Imaginé que me preguntaba en tono irónico: “¿Por qué lloras si ni siquiera lo querías?” No me extrañaría que alguien más, aparte de ella, se hubiera preguntado algo similar, creyendo que mis lágrimas fluían por hipocresía. Sus hermanas y sobrinas sabían que no lo quería, pero desconocían los motivos, con excepción de

Lilí. Nadie imaginó la película de imágenes que repasaba mi mente. No puedo decir que los cinco años vividos en la Ramos Millán fueron los peores, porque los que siguieron fueron aún más miserables por el hecho de recordar, de saber.

Pasado el sepelio regresé, una vez más, a vivir con mi madre, pe-ro esta vez con la idea de quedarme a su lado de manera definitiva. Tenía la seguridad de que ella moriría si se quedaba sola. Mi departamento se vendió según lo planeado, pero los problemas entre Manolo y yo aumentaron y no concretamos ninguna otra compra. Gasté el dinero que recibí por la venta del inmueble en un coche y algunos muebles para instalarnos mi hijo y yo con comodidad en casa de mi madre. De la depresión pasaba al enojo con facilidad. Una tarde, Manolo llegó a verme a la hora de la comida. Sus celos lo hicieron ver situaciones que no existían, y como respuesta a sus ofensas le pedí que se alejara de mí para siempre, que me dejara en paz. Él, convencido de mi infidelidad, contestó que se alejaría no porque yo se lo exigía, sino porque él así lo quería, pero estaba seguro de que en poco tiempo saldría yo con otro hombre casado, o bien, me daría cuenta de lo importante que él era para mí y lo buscaría para que regresáramos. Ciega de coraje subí a mi coche y se lo aventé; él alcanzó la banqueta a tiempo, antes de que yo lo lastimara. En ese momento me percaté de que debíamos separarnos; si seguíamos juntos, existía el riesgo de que yo cometiera una locura.

Sin su ayuda, enfrentaba una nueva realidad económica: no podía pagar las terapias. Expliqué a la doctora Alquicira mi situación. Además, yo estaba contratada por honorarios y cada principio de año cobraba hasta que el presupuesto se autorizara y tardaban hasta seis meses en liberarlo. Ella preguntó:

¿Cuándo crees que vas a cobrar?

No lo sé, a lo mejor hasta junio o julio.

Pero vas a cobrar junto el dinero que estás percibiendo ahora, ¿no es así?

Pues sí, pero aunque cobre todo junto, no puedo disponer de una cantidad tan alta para pagar mis terapias.

¿Cuánto crees poder pagar?

Apenada, balbuceé una cantidad, razonable de acuerdo con el ingreso que percibía, no así según el costo de las consultas.

Algunas veces me surge la duda de los verdaderos motivos que tuvo la doctora para seguir atendiéndome. ¿El amor a su profesión o a la humanidad? Por lo que haya sido, depositó en mí su confianza, aceptó la cantidad que sugerí y recibir el dinero de todas las sesiones a las que asistiera desde ese momento hasta el día en que pudiera pagarle. Las terapias continuaron dos veces por semana, pero debido al estado de alteración nerviosa en el que me encontraba, la doctora me dio el teléfono de su casa por si necesitaba ayuda cualquier día que no estuviera programada una cita con ella.

Sentí que cubrir el importe de las terapias para agradecer su confianza, no era suficiente para demostrar mi agradecimiento; su actitud me obligaba a ser honesta. Aprendería a enfrentar a mis deudores, a no abusar de su confianza, a no justificar mi actitud para quedarme con lo que no me pertenecía. Lucharía contra el impulso de estirar la mano para tomar lo ajeno.

En casa, veía sufrir a mi madre. Por momentos la reconfortaba y por momentos le echaba en cara su descuido y falta de amor. Nuestra convivencia era difícil. En mi interior disfrutaba mordazmente la ironía del destino, veintinueve años de su vida dedicados a cultivar la relación con su esposo, aun sabiéndose infeliz, pasando por alto su propia desdicha y pasándome a mí también por alto, por miedo a la soledad. Ella tenía la certeza de que junto a él nunca estaría sola, pensaba que los dos llegarían a la vejez y se acompañarían, nunca imaginó que él moriría antes y que yo sería quien permanecería junto a ella.

Una amiga de la familia dijo, refiriéndose a Salvador: “Él se dejó morir, tenía miedo de que tu mamá muriera primero que él, ya no comía, decía que cuanto antes, mejor”. Palabras similares fueron

repetidas por diferentes vecinos que lo visitaron en sus últimas semanas de vida. "Logró su objetivo", decían. Mi madre recordó que él le llamaba por teléfono algunas tardes a su trabajo, le decía con voz llorosa que tenía miedo, le suplicaba que pidiera permiso de salir antes para que llegara temprano a la casa. El miedo era mayor cuando la luz se iba, lo que sucedía con frecuencia, él la llamaba y ella le respondía con la misma dureza con la que me contestaba, cuando de pequeña yo le hablaba por teléfono a su trabajo: "¡No me molestes, estoy trabajando!"

También descubrimos por aquellos días que Anita, la mujer que la ayudaba con el quehacer, era amante de Salvador. Sentí pena por mi madre. Su marido la engañó en su propia casa hasta el último día de su vida.

A mi incansable pregunta, ¿por qué se murió si no había pagado todo el daño que causó?, por propia conveniencia prefiero aceptar la respuesta de mis psicoanalistas y de mi madre, quienes dicen que sí pagó. Pagó con los profundos miedos que la oscuridad le ocasionaba, oscuridad que lo acompañaba día y noche, oscuridad en la que probablemente veía reflejada la negrura de su propio ser. Pagó con su deseo de morir; miedos y deseo que padeció largo tiempo, según supe después de su muerte, y que aumentaron los últimos meses de vida.

Muchas veces con los ojos rojos y la voz enronquecida enfrenté a mi madre y le reclamé su abandono, mi tristeza, el olvido en el que viví mi infancia. Ella todo negaba, pero lloraba; abundantes lágrimas salían de nuestros ojos. Después nos abrazábamos. Incansable, suplicaba mi perdón. Para que la comprendiera, me platicaba de las carencias con las que creció, del abuso físico y emocional que sufrió, primero por parte de sus padres y después por parte de mi padre. A pesar de conocer su historia, no pude evitar tratarla mal en muchas ocasiones, hierla con cualquier pretexto, todo lo cual no me causaba ningún alivio, me hacía sentir mala, porque reconocía sus esfuerzos para mejorar nuestra relación. Después de las discusiones, se me

quitaba un gran peso de encima, pero ambas nos quedábamos sumidas en una honda tristeza. No podíamos hacer nada para cambiar el pasado, pero paso a paso, poco a poco, intentábamos forjarnos un futuro más agradable. Pasados algunos meses nuestra relación mejoró, aunque todavía estaba muy lejos de ser buena.

En mi infancia, las discusiones entre mi madre y Salvador, ocasionadas por la pérdida de sus joyas y dinero, iniciaron en aquellos años de la Ramos Millán y se prolongaron hasta la muerte de él. Perdieron sus mejores relojes, cadenas, dijes, anillos y aretes de oro de veinticuatro kilates, comprados en abonos. Otros objetos desaparecidos fueron alguna cámara fotográfica, unos binoculares y una chamarra de piel, entre muchas cosas más. Los pleitos se suscitaban cuando mi madre buscaba alguna joya y no la encontraba. A cambio, hallaba otro artículo similar de insignificante valor económico. Cuando discutían, lo único que yo deseaba era desaparecer, sentía temor de ser vista, intuía que si enfocaban su atención en mí, algo malo sucedería, y sucedía. En algún momento durante la discusión, Salvador se dirigía a mí y preguntaba: “¿Será que te lo llevaste a la escuela y lo cambiaste por este otro?” Yo lo negaba, porque ni siquiera recordaba haber visto, antes de ese momento, el objeto que según él yo había recibido a cambio. Él continuaba: “Cambiaste la pulsera de oro por ésta que no vale ni un peso”, y como yo continuaba negándolo, elevaba su tono de voz: “Si no fue tu madre ni fuiste tú, entonces debí haber sido yo. Debo estar loco para no acordarme, o para comprar algo tan caro y cambiarlo después por esta baratija. ¿No crees?” Después se dirigía a mi madre y decía: “Ya no te enojas, Regina, se burlaron de ella porque no tiene idea del valor de las cosas. Cuando crezca ya lo aprenderá”.

En las mañanas, antes de salir, buscaba sobre la mesa la moneda de a peso que me llevaría para gastar en la escuela, pero no siempre estaba. Despertaba a mi mamá para pedírselo y ella contestaba que si no lo había dejado era porque no tenía. Salvador despertaba en

ese instante y decía: “Saca dos pesos de mi pantalón y llévatelos”. También me daba dinero los fines de semana, así que, por lo general, disponía de suficiente dinero para satisfacer mis antojos a la hora del recreo o a la salida del colegio. Pero también dejaba de dármelo cuando, a su juicio, no lo merecía. Como los días en que, después de lavar los trastes o trapear, no me calentaba las manos con el fuego de la estufa y tocaba su pene con las manos frías.

Mi madre no aceptaba de buena gana que él desembolsara las cantidades de dinero que yo gastaba, pero él defendía su posición al decir con voz entrecortada por la emoción: “De niño tuve muchas carencias y no quiero que ella las tenga, déjame hacerlo y finalizaba : además, es mi dinero y no el tuyo y yo hago lo que quiero con él”.

Además, Salvador me daba dinero para gastar en todo tipo de promociones que las tiendas ofrecían, o para golosinas en las cantidades que yo quisiera, como cinco, seis o siete paletas de hielo, diez paquetes de Twinky Wonder o diez Gansitos Marinela o muchas bolsitas de Salim y Chilim. Mi desenfreno y voracidad para gastar era bien conocido, por eso, cuando se perdía dinero en efectivo, era fácil suponer que yo lo había tomado para gastarlo en la escuela.

Las veces que él me castigaba negándome dinero, esperaba yo impaciente a que anocheciera. Me acostaba, pero mi sueño era inquieto y discontinuo. El silencio y la respiración acompasada de ambos me indicaba que dormían profundamente. Me levantaba que-do y despacio, me metía a su recámara, que estaba separada de la mía por una cortina, a tientas buscaba su pantalón y sacaba dinero. En ocasiones ellos se movían y yo tenía que permanecer oculta entre las sombras, sin moverme y aterrada durante minutos que transcurrían con lentitud, ante el temor de ser descubierta. De nuevo su respiración y ronquidos eran la señal para salir. Ya en mi cama, me dedicaba a mirar musarañas y a sacarme los mocos para embarrarlos en la pared.

Mis robos nocturnos no fueron descubiertos. Una que otra vez, me regañaron porque la pared estaba llena de mocos, pero esos

re-gaños y la pared sucia eran situaciones que nada me importaban.

Del dinero que Salvador me daba, el que esperaba con más gusto eran los dos pesos de los sábados. Ese día me levantaba al-rededor de las siete de la mañana, me vestía, buscaba las llaves de cualquiera de ellos dos, tomaba el dinero que había en la mesa, el que Salvador dejaba para mí y el que dejaba mi mamá para la leche. Caminaba como diez cuerdas chicas para llegar a la casa de Malena, mi compañera de clases. Su mamá vendía tamales en miniatura aderezados sólo con salsa verde o mole, sin carne, a diez centavos cada uno. Me ponían diez para llevar. Con el peso que sobraba, compraba mi revista favorita.

De regreso pasaba al establo a comprar la leche. Contestaba con timidez al saludo sonriente de la señora que vendía camote con miel a la entrada. Caminaba sobre la paja lodosa que cubría el piso del establo y llegaba adonde los encargados ordeñaban las vacas; ahí pedía dos litros y medio y, alejada pocos metros, veía cómo ordeñaban a las vacas. Mientras, otro trabajador surtía mi pedido.

Después, apuraba el paso para llegar cuando ellos aún estuvieran dormidos y antes de que los ruidos rompieran el encanto de la quietud matinal. Me servía un vaso de la leche, que aún conservaba su tibieza; ponía la bolsa de papel de estraza con los tamalitos sobre la mesa y me sentaba a saborear mi comida. Al mismo tiempo, recorría con ojos ávidos los dibujos en tinta sepia de mi héroe Kalimán, el Hombre Increíble. A continuación, regresaba a la primera página y ya con calma leía y releía la revista. Alimentaba mi imaginación con las aventuras de este hombre místico que parecía tener todo bajo control. Admiraba su forma de tratar a las mujeres, pero en especial la relación que tenía con el pequeño Solín, su inseparable amigo y discípulo. Recuerdo su frase predilecta “serenidad y paciencia, mi pequeño Solín, mucha paciencia”.

Hablar en mis terapias sobre el dinero que recibía de manos de Salvador, fue un duro golpe. Decir que él me acosaba, obligaba o manipulaba me convertía en víctima y a él en verdugo.

Recordar que recibí su dinero me hacía sentir cómplice de su vileza. Trabajar este tema conscientemente, desde la perspectiva de la mirada adulta, me permitió comprender la crueldad implícita en la prostitución y corrupción de menores. No ha sido fácil comprender que mi participación dentro de este círculo de baja y ruindad, fue involuntaria. Como tampoco ha sido fácil perdonarme.

Las memorias que hacen de 1968 un año inolvidable para mí, no son los acontecimientos masivos que sucedieron en el país. Yo de eso no entendía nada. Fue el año del despertar. Fue el año en que perdí mi ingenuidad, porque no la perdí con los primeros abusos ni en los primeros meses ni en los primeros años. La perdí al desconfiar, la perdí al manipular, al darme cuenta de que una parte de la maldad de Salvador estaba dentro de mí.

Sus gritos provenían del baño: "Rosa, Rosa, ¡ayúdame! Tu mamá se desmayó". Pocos minutos antes se habían metido los dos a bañar juntos. Corrí y vi a Salvador desnudo, de espaldas a la puerta abierta del baño. Escurría agua e inclinado arrastraba hacia la cama el cuerpo de mi madre, también desnudo y mojado. A los pocos segundos ella volvió en sí, atontada todavía por el desmayo, y dijo al ver a Salvador: "¿Por qué estás desnudo?" Su voz era débil y su tono de reproche: "¿Por qué dejas que mi hija te vea así?" Ponte algo encima.

Él respondió que se alarmó al verla caer, y agregó: "¿Qué importa que me vea desnudo? Lo importante es que tú estés bien. Que no te pasó nada". Escuché sus palabras. Vi la expresión de sus rostros y me atemorizó el enojo de mi madre. ¡Y sólo porque lo había visto desnudo! Pero a ella también la vi desnuda. Me llamó la atención un lunar en su cuerpo, igual a uno mío. Días después de lo ocurrido le dije a mi madre: "Salvador dice que tú y yo tenemos un lunar igual debajo de la cintura". No sé qué hacía en el momento en que se lo dije, o qué tan alto o bajo lo hice, pero sé que mi comentario no

obtuvo respuesta. Después, repetí frente a él la mis-ma idea: “Le dije a mi mamá que tú dices que ella y yo tenemos un lunar igual debajo de la cintura”, cosa que era cierta. Él, a diferencia de mi madre, sí escuchó mis palabras y contestó: “Lo que tú quieres es que me corra de la casa, pero si eso quieres, también te va a correr a ti y nunca nos volveremos a ver los tres”.

Las riñas entre ambos porque Salvador no daba gasto, sucedían a menudo. Hasta donde recuerdo, mi mamá jamás recibió un gasto fijo por parte de él. Ella debía organizar su sueldo y propinas para cubrir los costos fijos de la casa y gran parte de los extras. En sus alegatos sobre dinero, más de una vez la oí decir: “Mi hija está creciendo, no puede seguir utilizando nuestras mismas toallas, le tengo que comprar las suyas”. Él no contestaba, pero el tono de ella era demandante y yo imaginaba que si exigía de esa manera, era por algo.

Cierta vez, en la carnicería, escuché que la gente opinaba que el divorcio de Silvia Pinal y Enrique Guzmán era lógico, porque ella era mayor que él. Podía ser su madre. Yo también intervine. Opiné que se separaron para que Enrique se casara con Silvia Pasquel, por ser los dos de edades similares. Las personas se rieron de buena gana: “Ah sí, claro, primero con la mamá y luego con la hija, ¿dónde se ha visto eso?”, dijo alguien. La cara me ardió por la vergüenza y me sentí ridícula. ¿Qué tenía de malo lo que yo había dicho?

El 2 de octubre de 1968 las noticias de la matanza de los estudiantes en la Plaza de las Tres Culturas de Tlatelolco conmovieron a Salvador, le dolió el dolor ajeno y lloró por la desgracia que enfrentaba a cientos de familias mexicanas. Su postura mostró a quienes lo vieron, una vez más, al hombre compasivo y humano que acostumbraba representar.

Durante las Olimpiadas de ese año, al mismo tiempo que los nombres de Vera Caslavská y Felipe el Tibio Muñoz eran mencionados una y otra vez en los canales de televisión, mi mamá yacía convaleciente de una enfermedad que la mantuvo en cama por algún tiempo. En mi recámara había camas gemelas. En su convalecencia ella ocupó

mi cama, yo la de junto y Salvador la matrimonial. La única televisión que teníamos fue colocada sobre el ropero para que mi madre la pudiera ver todo el día.

Este panorama impuso límites a la libertad de que él gozaba para satisfacer su lujuria. Los traspasó escondiéndose tras la pared de la cocina. La misma pared de la recámara donde mi madre se recuperaba. Pegaba su espalda al muro que unía los dos cuartos, cerca de la puerta. Desde ahí vigilaba para asegurarse que ella dormía, me ordenaba hincarme enfrente de él, y con sus manos colocadas sobre mi cabeza, la manipulaba con firmeza hasta quedar satisfecho. En el momento de la eyaculación, me oprimía hacía él para obligarme a tragar lo que su cuerpo arrojaba. A veces tenía en su mano un pedazo de trapo que, después de separarme con un aventón, colocaba en su cuerpo con rapidez.

Cuando mi madre se alivió, Salvador ya conocía la manera de ignorar los límites impuestos por su presencia. Me exigía hincarme frente a él cuando ella se metía a bañar, cuando iba al mercado o, simplemente, cuando dormía un rato por las tardes en sus días de descanso.

Recuerdo otro sueño recurrente que me obsesionó por aquel tiempo. Se trataba de una casa de dos pisos en medio del campo. En el patio de esta casa, bañado de sol, una escalera de fierro me conducía al piso superior. La escalera desembocaba en un pasillo. Del lado izquierdo del pasillo, un barandal hecho del mismo material que la escalera me protegía para no caer al centro del patio; del lado derecho había una fila de recámaras, limpias, arregladas, con una cama matrimonial en cada una y con las puertas abiertas de par en par. Al final del pasillo, en la última recámara me esperaba Salvador sentado en la cama. Yo lo miraba y, desde ahí, volteaba el rostro hacia el lado izquierdo y veía abajo, fuera de los límites de la barda que protegía la casa, un jardín de coloridas flores. Me daba cuenta de que éstas, con toda su frescura y belleza, estaban lejos, más allá de la barda que protegía la casa.

Cuando esa pesadilla perturbaba mis noches, se la platicaba a Salvador y él respondía que ese barandal podrían ser las rejas de la cárcel a donde lo metería cuando creciera. Sus palabras se quedaron grabadas en mi mente.

El último día de sexto año de primaria me levanté tarde, como ya era costumbre; por las prisas quemé la única blusa blanca limpia que tenía, así que me puse una sucia. No pude peinarme de la manera especial que deseaba, por ser fin de cursos, así que me tu-sé el fleco y llegué tarde a misa con los ojos enrojecidos.

Como premio al esfuerzo que hice esos seis años de estudios, me autorizaron a festejar en casa. Podía invitar a quien quisiera, pero sólo compañeras. Los compañeros estaban prohibidos. Con refrescos y sándwiches las niñas y yo celebramos, mientras los niños, sentados en la banqueta, conservaban la esperanza de que se les permitiera entrar.

A finales de ese año escolar llegó mi menstruación. Mis pechos crecían, mis caderas se ensanchaban, las pecas de mi rostro se desvanecían, mis piernas se torneaban, y cuando Osorio, el niño más popular de la escuela, me veía, yo me sonrojaba. En el radio, Raphael triunfaba con Yo soy aquél y Massiel con Rosas en el mar.

En tono amable Salvador dijo un día: "Voy a tener que cuidarte para que no te embaraces". Sus palabras me impactaron y el miedo me estremeció. Poco a poco, sin proponérmelo, por lo menos no de forma consciente, fui resistiéndome a complacerlo. Al principio, cuando no aceptaba, me obligaba con amenazas, con poner a mi madre en contra mía. La repulsión que me producía su cercanía fue el punto de apoyo para mantener la decisión tomada. Cuando él esperaba placer yo mordía su pene, entonces lloraba y suplicaba con voz infantil que no lo dañara.

No recuerdo nada de lo aprendido en la escuela, no sé cómo pasé de segundo a tercero, de tercero a cuarto y así hasta que llegué a sexto.

El contacto con mi familia paterna continuaba, sin ser frecuen-

te, y a escondidas de Salvador. Los encuentros con mi padre en Anillo de Circunvalación ya no existían, se redujeron al mercado. Si él no estaba el día que íbamos a verlo, con seguridad veíamos a mi abuela; si estábamos de suerte, también a mis tíos y a mis primos.

En algún momento me enteré de que atropellaron a mi tía Herminia, hermana de mi papá, y a sus hijas. Este accidente les arrebató la vida de forma instantánea a mis primas y pocas horas más tarde a mi tía. Su esposo no pudo superar la pérdida y se dio a la bebida. Al morir mi tía, el cuidado y educación de su único hijo vi-vo, Felipe, recayó en mi abuela, que ya no era una persona sana ni vigorosa. Mi tío Felipe falleció años después de cirrosis hepática.

Se esperaba que mi abuela, por su cansancio y vejez, recibiera ayuda de mi padre porque vivían juntos, pero lo único que él le dio fueron problemas por su irresponsabilidad y abusos de confianza.

Me enteré de esto durante las pocas visitas de mi madre a sus hermanas. Ellas preguntaban por mi padre y mi mamá les platicaba las últimas noticias que tenía de él. Había comprado mercancía a crédito, dejando como aval o como obligado solidario a mi abuelita, luego se había mudado de casa, sin decir a dónde. Desaparecía meses. En su ausencia, de las pocas ganancias obtenidas por la venta de mercancía en el puesto, mi abuela iba abonando dinero para pagar las deudas adquiridas por él y vivía con la zozobra de no saber si cuando él regresara, si es que regresaba, ella estaría viva.

También por mis tías me enteré de que mi papá pedía limosna por el rumbo de Los Reyes La Paz, en el Estado de México, valiéndose de su brazo enfermo. Cuando mis tías hablaban, lo hacían murmurando; suponían que yo no escuchaba sus pláticas, pero cómo no prestar atención si hablaban sobre mi padre.

Respecto a mi familia materna, puedo decir que su forma de vida era muy diferente a la mía. En repetidas ocasiones, desde que vivíamos en la Moctezuma, oí altercados entre mi madre y Salvador porque él se negaba a permitir la presencia de mis tíos en nuestra casa. De hecho, me sorprende que aceptara que algunas hermanas

de mi mamá vivieran con nosotros. Ahora que de adulta he platicado con mis tíos sobre este distanciamiento, ellos recuerdan que, al visitarnos, Salvador les ofrecía de comer, y ya sentados en la mesa, con el plato de comida frente a ellos, les decía con aparente amabilidad: “Coman con confianza, sin pena, llé-nense ahorita que pueden y no les cuesta, porque no me digan que en su casa tienen para comer así”. Las groserías disfrazadas se repetían cuantas veces nos visitaran, por eso dejaron de hacerlo. El menosprecio que Salvador sentía por mi familia materna lo justificaba criticando sus raíces provincianas. Familia y raíces que amo y de las que estoy muy orgullosa.

Otra cosa que Salvador disfrutaba y con la que hería a mi madre, era comparar la educación de su familia con la de mis tíos. Elogiaba a sus hermanas y sobrinas, como si sus costumbres citadinas fueran mérito personal y no hechos circunstanciales. Los intentos de mi madre por defender a su familia quedaban anulados ante el potente dominio que ejercía él sobre ella, quien terminó por aceptar el distanciamiento con su familia.

MI REBELIÓN COMIENZA

En el periodo vacacional del fin de cursos de mi sexto año de primaria, en 1969, nos volvimos a cambiar de casa. Esta vez nos mudamos a un departamento de la colonia Jardín Balbuena, algo oscuro porque estaba en la planta baja, pero espacioso. Nuestros vecinos lucían más arreglados, mejor vestidos y eran más amables. El conjunto de edificios al que llegamos estaba limpio y tenía vigilantes en la entrada. Mi tía Brenda, hermana de Salvador, vivía con su familia en los edificios contiguos; y en la misma colonia, a escasos diez minutos, mis tías Laurita y Lola estrenaban departamento.

El cambio de domicilio ayudó a mantener firme mi decisión de no volver a tener ningún contacto físico con Salvador, por la cercanía con su familia. Al fin pude negarme de forma permanente a sus abusos. Su coraje hacia mí creció y creció, hasta que se convirtió en odio, y su odio se tradujo en represalias mayores, chismes, castigos y abusos. Fue mi peor enemigo. Buscaba oportunidades para inventar falsedades, para llenarme de lodo y poner a quien podía, empezando con mi madre, en contra mía. Aun en esos momentos yo intentaba entender por qué me odiaba de esa manera.

Mi madre se unió a la decisión inapelable de Salvador de que yo estudiara, lo mismo que sus sobrinas, una carrera comercial. Se trataba de una decisión práctica desde el punto de vista económico, porque la duración de la carrera era sólo de cuatro años y no era necesario estudiar la secundaria para ingresar a ella. Las secundarias técnicas impartían de forma simultánea las materias relacionadas con los secretariados y la contaduría privada. Me inscribieron en un curso de preparación para nivel medio y presenté mi examen de admisión en la Secundaria Técnica Miguel Lerdo de Tejada. El día que publicaron las listas con los nombres de las estudiantes aceptadas, no estaba el mío y yo lo sabía, pero esperaba un milagro. Mes y medio después de iniciado el curso, fui aceptada en la Secundaria Técnica

Sor Juana Inés de la Cruz.

Me enseñaron a irme sola en las mañanas, y cuando terminaban las clases, caminaba desde la escuela, que estaba a un lado de la Ciudadela, hasta el café de chinos donde trabajaba mi madre; ahí comía y volvía a la casa. Me causaba una sensación de plenitud caminar sobre la avenida que entonces se llamaba San Juan de Letrán, ver a la gente ir y venir; era agradable ser parte de esa muchedumbre, contemplar los aparadores de joyas, de ropa, de zapatos. Sentir la frescura del viento que acariciaba mi cara y jugaba con mi pelo largo y lacio que tanto me gustaba.

Al principio, Salvador continuó dándome dinero para gastar más de lo que correspondía a una niña de mi edad. Cuando se negaba, yo se lo exigía con berrinches y entonces él accedía.

Mis tías nos visitaban con frecuencia y se dieron cuenta de mis exigencias. Hablaron con su hermano, porque veían mal mis groserías y abusos, pero las respuestas cortantes que les daba impedían cualquier posibilidad de hablar sobre el tema.

Mi tía Brenda, en cambio, no se daba por vencida. De naturaleza desconfiada, parecía estar al acecho de cualquier descubrimiento que confirmara sus dudas. En cierta ocasión, oí que Salvador le gritaba a mi madre: “¿Cómo se le ocurre decir algo así? Carajo, ¡soy su hermano! ¿Qué clase de persona cree que soy? Y tú, Regina, eres una pendeja igual que ella porque permites que te meta esas ideas en la cabeza”.

Pasaron los días y, aledada por la sorpresa, escuché a Salvador quejarse conmigo porque su hermana previno a mi madre de que no me dejara tanto tiempo sola con él. Nuestro trato le inspiraba desconfianza, y antes de ser su hermano, era hombre. Así se lo dijo mi tía a mi madre y así se lo repitió mi madre a Salvador, quien no podía dar crédito a que su propia hermana se refiriera a él de esa manera. Su dignidad estaba herida y yo, sorprendida por su reacción, me limité a actuar como tantas veces lo hice después, pasiva ante sus falsedades. Las consecuencias del enojo de Salvador fueron que

También tengo presente que otra hermana de mi mamá, una de las más chicas, vivió con nosotros algunos meses. A ella me sentí unida por un gran cariño. Cuando Salvador se iba a trabajar, como a las siete de la noche, se aseguraba de echar doble llave a la puerta para que ninguna de las dos saliera. Nos burlábamos del encierro. Poco después de su salida, nos escapábamos por la ventana para encontrarnos con el novio de mi tía. Nos invitaba a cenar y luego caminábamos por las calles de la colonia. De regreso, yo entraba por la ventana y dejaba a mi tía con su novio. Más tarde ella también entraba.

La relación con la familia de Salvador se hizo más estrecha. Raquel y Lilí me invitaban los fines de semana a pasear con ellas y sus amigos. Yo era la más chica del grupo y, aunque no me daba cuenta, la presencia de ellos me intimidaba. Con este grupo, conformado por mis primas, sus amigos y mis tías, conocí Oaxtepec, Africam Safari, Chapultepec y algunos otros lugares.

El segundo año de mi carrera comercial reprobé cuatro materias. El día que recogí la boleta, me sorprendió que un hermano de mi mamá y su familia estuvieran de visita cuando regresé a la casa. Confiada en que su presencia reprimiría el coraje que mis calificaciones iba a provocar, mostré la boleta. Salvador, lejos de mostrarse prudente, aprovechó la oportunidad para repetir lo que siempre decía: que era una hija ingrata, que ignoraba que yo era todo para mi madre, quien se mataba trabajando para que viviéramos mejor. Después, envalentonado por el calor de sus palabras y la presencia de mis tíos, comenzó a golpearme. No sé si pedí ayuda, pero escuché decir a mi madre: "Lo siento mucho dijo, no me voy a meter porque estos golpes los tienes bien merecidos".

Del asombro pasé al coraje y empujé a Salvador lo más fuerte que

pude. Por el empujón se fue dando traspiés hacia atrás y chocó con una puerta, la abrió y cayó de espaldas dentro del cuarto de baño. Enmudecimos por la sorpresa, hasta que él se levantó y se metió a su recámara. Mis tíos aprovecharon ese momento para despedirse con rapidez. Cuando nos quedamos solos, ninguno de los tres habló de lo sucedido. A los pocos minutos Salvador salió a la calle.

Esa noche, a su regreso, traía una mano vendada y descansando sobre un cabestrillo. Se quejó de que, al caer, su mano chocó contra el lavabo y se fracturó la muñeca. La forma de quejarse, su semblante y el tono de su voz me causaron la sensación de que fingía, pero a pesar de esta percepción, me sentí culpable por el daño que le ocasioné. Dos días más tarde observé que su mano ya no estaba vendada y la movía con naturalidad.

Una vez más nos quedamos los tres solos. La última de mis tías que vivió con nosotros también se marchó. Igual que cuando se fue mi tía Genoveva, no supe por qué.

Inicié tercer año con el compromiso de presentar cuatro exámenes extraordinarios. No iba a la escuela con gusto. Era una chica que creía ser el foco de atención de todos los maestros por burla. Si me ignoraban, me sentía mejor.

Realizar cualquier tipo de actividad en casa me disgustaba, más si Salvador era quien la solicitaba. Pero una de las tareas que sólo de recordarla me produce dolor de estómago, era mecanografiar la nómina que Salvador presentaba semana a semana en el teatro, como parte de sus obligaciones de jefe de tramoya. Los trabajadores incluidos en ella llegaron a ser, cuando mucho, quince. Él podía elaborar esta nómina a mano, pero como yo ya tenía conocimientos secretariales, suponían que su elaboración sería más fácil para mí y quedaría mejor presentada a máquina. No era sencillo elaborarla. La dificultad iniciaba en el instante en que él me pedía que hiciera lo que yo consideraba que era su trabajo, no mío. Como al principio no me atrevía a negarme, le contestaba de mal modo: "Sí, al rato te ayudo", pero ese rato se prolongaba hasta cinco días y mi desinterés

lo hacía reaccionar en mi contra. La obligación de realizar esta tarea semanal duró, poco tiempo más, poco tiempo menos, quince años. Sus respuestas ante mi actitud, fueron de las más variadas. Al principio me rogaba; después, me daba dinero; más adelante se imponía y lograba que la hiciera. Cuando sus exigencias perdieron fuerza, me acusaba con mi madre, y ella, igual que él, al principio me rogaba que lo ayudara; después, me lo exigía. Él se enojaba, inventaba que yo había roto algo de la vajilla, alguna figura de las que adornaban nuestra sala, que había salido a comprar algo y me había tardado horas, etc. Esa nómina causó muchas, muchísimas discusiones: fue el pretexto para ofenderme con palabras como floja, güevona, cabrona, pendeja, inútil, etc. Fue motivo de regaños y castigos. Lo último que recuerdo es que, durante algunos años, Lili fue la encargada de su elaboración. Por cierto, lo hacía de muy buena gana.

Mi madre es una mujer de tez blanca, complexión y estatura medianas. Su trabajo de mesera le exigía una presentación impecable. Acostumbraba ir al salón de belleza un día sí y uno no. La gente decía que era muy guapa. Lo escuché de los amigos de Salvador; de mis maestros, de mis compañeras, de mis primas, de los novios de mis primas, de los clientes de mi madre que ella me presentaba cuando, por alguna razón, yo iba al café de chinos. Sí, era muy guapa, pero me disgustaba oírlo. Cuando muy sonrientes decían, como si se tratara de un chiste: "Está más guapa la mamá que la hija", me hubiera gustado hacerles saber lo desagradable que era para mí esa comparación.

Mi personalidad fue rebelde, mis gustos extravagantes. No me vestí como me hubiera gustado porque a esa edad catorce años, pocas veces me permitían elegir mi propia ropa. Cuando podía escogerla, usaba modelos poco comunes, lo más llamativos posible. También pude demostrar mi extravagancia en mis peinados. Mi pelo largo se prestaba para intentar los más extraños de las revistas de belleza, y lo hacía. En las noches me arreglaba y, para no despeinarme, dormía casi sentada para lucir al día siguiente mi nuevo estilo.

Mis compañeras de la escuela comentaban sobre mis peinados y yo me sentía orgullosa. Nunca supe cómo vestirme para ir a fiestas o reuniones: en mi deseo de destacar como la más bonita, porque así me sentía, elegía lo menos apropiado. Me harté de escuchar las comparaciones que la gente hacía: “Se arregla más la mamá que la hija”.

El ego de mi madre se elevaba con esos comentarios y le regocijaba repetirlos en la intimidad de nuestra casa, lo que me hacía enojar más aún.

Ella tenía pretendientes. Los hombres que yo traté o vi alguna vez, amigos de Salvador o clientes del café, eran atentos y muy son-rientes con ella. Llegué a sentir que le brindaban atenciones porque les gustaba. Un día me enteré de que cierto taxista llevaba a trabajar a mi madre y la traía de regreso. Lo supe porque mi tía Brenda se dio cuenta y le reclamó a su hermano que permitiera a su mujer tener esa clase de libertades. Mi tía aseguraba que ella y el taxista tenían algo que ver y que engañaban a Salvador.

La falta de tacto de mi tía Brenda para hablar sobre ésta y muchas otras situaciones, ante cualquier persona de la familia, provocó sentimientos en su contra, pero, sobre todo, que no se trataran adecuadamente las situaciones expuestas por ella. Oí a toda la familia criticar a mi madre por andar con el taxista, pero lo más confuso vino después. Salvador conoció al taxista y se hicieron buenos amigos. El señor recogía en su trabajo a Salvador y después pasaban por mi madre, pero no nada más les hacía el servicio de llevarlos al trabajo y traerlos, el taxista se convirtió en el chofer de planta de los dos, para mayor disgusto de mi tía Brenda. Llegaba en la mañana y estacionaba su carro fuera de la casa para llevarlos y traerlos a donde se necesitara las veces que fuera necesario.

Los motivos en casa para pelear eran muchos. La dudosa fidelidad de mi madre, que algunas veces Salvador le echaba en cara; los artículos que seguían perdiéndose, teniéndome todavía como única sospechosa de robarlos; mi pésimo desempeño como estudiante y como hija, pues me negaba a participar en nada que no fuera estar

acostada o ver televisión; los problemas por el gasto que Salvador no daba; el mal carácter de él, que lo hacía hablar con puras chingaderas, por todo lo que buscaba y no estaba en su lugar, por el ruido que lo despertaba a las tres, cuatro o cinco de la tarde; por el mal carácter de mi madre, para quien todo hacíamos mal, entre algunos otros motivos que seguramente se esconden en un rincón de mi memoria.

Después de uno de tantos pleitos, Salvador me culpó de haber robado algo que estaba perdido. Nos gritamos los tres, empuñé un cuchillo y corrí hacia él con la intención de clavárselo en la espalda, y tal vez lo hubiera logrado, pero la intervención de mi madre hizo que él se moviera con rapidez. Segundos después, entre los dos me quitaron el cuchillo. El coraje y las burlas de él no se hicieron esperar: "Pobre pendeja, ¿de verdad creíste que me ibas a matar? Se necesita mucho más de lo que tú tienes para matarme, babosa, idiota, fíjate bien en lo que haces y cuídate porque esto no se va a quedar así".

La depresión me volvió a dominar y de nuevo esperaba con ansia quedarme sola para correr al espejo y llevar a cabo mis viejas prácticas de retar al diablo, de pedirle que saliera de mis entrañas para hacerse visible a través de mis ojos. Vuelvo a recordar que sí se hacía presente, en las sombras difuminadas que rodeaban mis ojos, en mi mirada perdida, en mi corazón carcomido por la decepción.

Mis pretensiones de asesinar a Salvador no pararon ahí. Cualquier discusión fue el pretexto, algunas veces más, para abalanzarme contra él, cuchillo o tijeras en mano.

Cierta vez llegaron los dos juntos a la casa, ella triste, él, enojado. Venían del oftalmólogo. Ella necesitaba usar lentes. Salvador agitó muy cerca de mi rostro, con violencia, la receta del médico: "Mira lo que has hecho, la preocupación y los esfuerzos que hace tu madre en su trabajo para darte lo que tienes y a ti no te importa. ¿Sabes acaso qué va a ser de esta pobre vieja si eso sucede? Además, tú ni siquiera eres capaz de agradecer sus esfuerzos con buenas calificaciones. Gracias a ti, tu madre se va a quedar ciega", finalizó. Mi madre permaneció callada, sin negar ni afirmar lo que él decía. Yo creí que

era verdad, que se quedaría ciega por mi culpa.

En esta ocasión no corrí al espejo al quedarme sola, corrí al cajón de la recámara donde estaban las medicinas. Saqué un frasco donde guardaban pastillas de Benzedrina. En aquel entonces la venta de ese fármaco no requería receta médica, y cuando mi mamá trabajaba doble turno, o cuando Salvador, en época de ensayos teatrales, dormía poco, me enviaban a la farmacia a comprar las pastillas que, además, se vendían sueltas. Me tomé las que había y me acosté sobre la cama de ellos para esperar la muerte. Poco después, una sensación de náuseas me invadió y corrí al baño a vomitar. Regresé a la cama y me volví a acomodar para seguir esperando la muerte. Me quedé dormida. Más tarde desperté desguanzada, con escalofríos. Nadie notó la falta de las pastillas y yo me sorprendí de no haber muerto. En años no dije a nadie sobre mi fallido intento de suicidio, era demasiado difícil hablar sobre eso.

El rechazo que mi tía Brenda sentía por mí era cada vez más obvio. Ahora, era ella quien me vigilaba en ausencia de mi madre. Criticaba mi forma de caminar, de vestir, de hablar, para ella yo era una loca. Me acusaba si me veía en la calle, si me levantaba tarde, si usaba minifaldas, si me veía platicar con alguien, parecía estar al pendiente de cada uno de mis movimientos.

Un día mi madre llegó y, sin decir palabra, buscó una extensión eléctrica, la acomodó en sus manos y comenzó a azotarla contra mi cuerpo. Antes había pasado a la casa de mi tía y ésta le dijo que me había visto fumar, lo que no era cierto, porque hasta ese momento yo no sabía lo que era fumarse un cigarro. Aprendí al día siguiente.

Con mis otras dos tías y sus hijas en cambio paseaba casi todos los fines de semana y, algunas veces, comía entre semana. "Los domingos son para descansar", decía mi tía Laurita. Guisaba alguna sopa de pasta, frijoles y guacamole. Compraba chicharrón, nopalitos y tortillas, y las tardes transcurrían placenteras en medio de su alegría bulliciosa.

En la escuela todo empeoraba. Inicé tercer año con cuatro materias de segundo reprobadas. Ese ciclo escolar contrataron en la escuela a una nueva orientadora: Laura González González. Calculo que tendría unos treinta y cinco años, de estatura mediana, delgada y apiñonada, su cabello castaño ondulado, con abundantes cejas negras sin depilar. No usaba ni gota de maquillaje, sus ojos eran grandes y expresivos, sus uñas eran cortas y lucían naturales, pero lo que más recuerdo de ella son sus movimientos suaves, su sonrisa, su voz tranquila y ecuánime aun en los momentos más críticos. Hablar con ella me tranquilizaba. Su presencia mantuvo viva la confianza que yo necesitaba tener en el ser humano.

La autoridad de los maestros me asustaba. Trataba de pasar inadvertida para ellos, pero con Laura era diferente; en los descansos entre una clase y otra y en el recreo, yo y muchas más de mis compañeras de otros salones corríamos a buscarla y la encontramos rodeada de estudiantes. Ella no les agradaba a todas las alumnas ni a todos los maestros. Su personalidad era motivo de polémicas que dividían al alumnado. Un grupo la defendía con ardor y el otro grupo la criticaba también con ardor. Con los maestros pasaba lo mismo. Había quién defendía sus métodos para ayudar a las alumnas y había quien no la toleraba y nos lo decía abiertamente en el salón de clases. Estaban en desacuerdo con la informalidad que la caracterizaba para relacionarse con las alumnas. Cuando nosotras se lo platicábamos, ella sonreía, alzaba sus hombros con suavidad y cambiaba la plática. A Laura le contaba mis problemas. No los atrasados ni los verdaderos, más bien los que tenía en esos momentos con mi mamá, con Salvador y con mis maestros.

La preocupación que mi mamá sentía de que yo volviera a re-probar año la obligaba a ir a la escuela periódicamente. Pedía hablar con el director, a quien la mayoría de las estudiantes temíamos por su fama de hombre exigente. Era un hombre muy alto, fornido, su semblante era duro, sus movimientos rígidos y nerviosos. Sus ojos eran pequeños, saltones y me parecían fríos. No recuerdo haberlo

visto esbozar una sonrisa. Cuando mi mamá iba a pedir informes, llamaban a mis maestros y a mí para que ellos explicaran la razón de mis calificaciones tan bajas. A las preguntas que éste les hacía, ellos contestaban: “No quiere estudiar, es indisciplinada, es sucia para trabajar, no trabaja, no cumple, no trae tareas, llega tarde, falta a clases, no trae útiles, siempre está distraída, no pone atención, no tiene interés, no viene uniformada, usa la falda demasiado alta, contesta mal cuando se le llama la atención, no participa en clases”. Los motivos por los que mi expediente estaba lleno de reportes podrían ser muchos más.

El director se dirigía a mí y preguntaba: “¿Qué tiene usted que decir en su defensa, señorita?” Yo no tenía ni una sola palabra que decir, no porque me negara a contestar ni por rebeldía. Sencillamente las cosas eran así porque así eran, y ni ellos ni yo lo entendíamos. Mi rostro permanecía impasible y mis ojos agachados, porque cuando no los agachaba y veía al director, o a mis maestros o a mi mamá, decían que los retaba o que me estaba burlando de ellos y eso no era cierto.

La verdad era que no sabía por qué no estudiaba, sólo sabía que no me daban ganas; no hacía tareas porque no me daban ganas y, además, no tenía idea de cómo hacerlas; llegaba tarde porque siempre había llegado tarde; no entendía por qué me decían indisciplinada, no sabía qué era disciplina. Usaba la falda de mi uniforme corta porque era joven y estaba de moda, y porque al salir de mi casa la enrollaba en la cintura. Ellos decían que me veía indecente, pero eso nos lo decían a todas, pero no a todas les bajaban la falda como me la bajaban a mí, jalando sorpresivamente el dobladillo hacia abajo y en presencia de mis compañeras y maestros. Esta costumbre la tenían dos o tres de ellos, pero recuerdo en especial al de cálculo, un tal Manuel Collado. Maestro agrio, flaco y bigotón que me hacía llorar cuando, al jalar mi falda hacia abajo de la manera en que lo hacía, me hacía pasar las peores de las vergüenzas.

Alguna vez, no recuerdo cuál fue el motivo, me pidieron que me

presentara en la oficina del director y éste me avisó que ya no estaban dispuestos a darme ninguna oportunidad para que continuara estudiando en esa escuela. Me iban a expulsar. Me pidió que al día siguiente se presentara mi madre conmigo. Corrí a contarle a Laura. Ese día llegué acompañada y le dijeron a mi mamá que estaba expulsada y le explicaron los motivos de la expulsión. Llegó Laura y pidió hablar a solas con el director. Nosotras esperamos afuera. Pasó mucho rato antes de que la viéramos salir. Esperamos más tiempo, hasta que nos pidieron volver a entrar a la oficina del director. Se dirigió a nosotras con su energía habitual para comunicarnos su decisión de permitirme continuar en la escuela. Esa decisión se la tenía que agradecer a la maestra Laura porque ella dijo no le había dejado opción, o nos íbamos las dos o nos quedábamos las dos. Hizo hincapié en que Laura confiaba demasiado en mí, como él confiaba en ella. Me pidió que no la defraudara, porque su trabajo dependía de mí.

Otro recuerdo importante que tengo es el apoyo que Laura le brindó a Rosa María Ishiki Ishihara, o Yoshiko Ishiki Ishihara la conocíamos de las dos maneras. Esta compañera nuestra tenía alguno de los primeros lugares en aprovechamiento dentro de la escuela. Se inscribió para concursar en el Gran Premio de los \$64 000.00 pesos. Siempre he creído que Laura abogó para que se le permitiera estudiar todo el día en la biblioteca. Yoshiko participó con éxito algunas veces en el programa y después falló. Yo lloré y muchas compañeras más también lo hicieron. Yoshiko lo tomó con sabiduría, aunque se le notaba la tristeza. Laura nos consoló a todas.

Ese año escolar, tercero, reprobé todas o casi todas las materias. Seguía arrastrando las cuatro reprobadas en segundo año. Laura renunció porque no se acostumbró a trabajar en esta ciudad. Regresó a su tierra, Monterrey. Algunas compañeras, entre ellas Yoshiko, organizaron una despedida en casa de Laura, que vivía en la calle de Abraham González. Me gustaba visitarla y lo hice algunas veces en el

transcurso del año; la última fue el día de su despedida. Tenía pocos muebles y un desnudo colgaba de la pared principal de su estancia. Por su forma de vivir la llamaban hippie, también la criticaron porque juzgaron pornográfico su cuadro, hubo quien dijo que era lesbiana. Para mí, Laura fue un ángel porque, como ya dije, mantuvo viva mi fe en el ser humano cuando más la necesité.

La recuerdo con amor. Al irse dejó su dirección, pero nunca me puse en contacto con ella. A manera de consuelo, adquirí el hábito de escribir un diario al que llamé Laura, así es que al comenzar a escribir, anotaba Querida Laura, y luego le contaba todo lo que me pasaba en el día. También le contaba lo que no me atreví a platicarle de frente: que no quería a Salvador porque me había violado de niña. Esa palabra, violación, era la única con la que sabía describir lo que Salvador hizo conmigo. Por supuesto que escondía ese diario con el mayor cuidado posible, por temor a que alguien lo encontrara.

Algunos comentarios que le escribí a Laura, fueron los siguientes:

“Mi mamá dice que parezco bacínica porque sólo para una cosa sirvo: para nada.”

“Ya le dije a mi mamá que no quiero seguir estudiando. Me dijo que me va a buscar trabajo de galopina en el café. Me da miedo ser galopina.”

“Mi tía Brenda me vio cuando llegué anoche de tu despedida de la escuela y me preguntó que de dónde venía. Cuando se lo dije, no me creyó, me acusó con mi mamá de haber ido a una despedida de soltera y de haber llegado muy noche.”

“Tengo manos de trapo, todo suelto y se rompe. Mi mamá y mi tía dicen que lo hago a propósito, pero eso no es cierto, no quieren creer que mis manos sí son de trapo.”

“Me siento muy sola desde que te fuiste, ya no tengo con quien platicar.”

Aparte del diario, también le escribía cartas a Laura, cartas que terminaban con una firma que era casi una réplica de la suya, sólo cambiaba la ele de Laura por la erre de Rosamaría. Es la misma fir-ma

que utilizo hasta la fecha. Claro que tampoco enviaba estas cartas.

Llegó mi cumpleaños número quince. Mi mamá y Salvador se esmeraron en hacer la mejor de las fiestas de acuerdo con sus posibilidades económicas. Esther, la sobrina mayor de Salvador, ya se había casado; mi madre la eligió a ella y a su esposo para que fueran mis padrinos de comunión y de quince años. Eligió también a Julieta, otra sobrina de Salvador, para que fuera mi madrina de confirmación. A la fiesta fueron todos los amigos de él, su familia, dos o tres hermanas de mi mamá y mi madrina Gloria, a quien no veía desde la noche en que salí de su casa mientras velaban el cuerpecito de un niño. Llegó acompañada de su familia. Cuando la tuve enfrente no sentí coraje, sentí tristeza por el daño que me hizo y por ella, porque se veía acabada, cansada y vieja. Fue la primera en entrar. Antes de tomar asiento se acercó a mí, sacó de su bolso una medalla y, muy solemne, con los ojos llenos de lágrimas, me la puso. A mí también se me salieron las lágrimas, sentí que para ella no fui una persona, sino un objeto de placer. Esa noche fue la última vez que la vi.

Me he preguntado algunas veces si sus lágrimas serían de arrepentimiento o, como dice un dicho popular, de cocodrilo, como las de Salvador.

De la misma manera que mi papá desaparecía de mi vida, volvía a aparecer. Durante los años que asistí a la ECA, de vez en cuando me sorprendía esperándome a la salida de la escuela. No recuerdo si sus visitas me causaban alegría o me eran indiferentes. Caminábamos un rato, me acompañaba hasta unas cuadras antes de mi casa y nos despedíamos. Una de las veces que fue a buscarme, yo no traía el uniforme, sino un trajecito vaporoso de dos piezas. Un pantalón negro hasta la cadera y una blusa de manga larga con cuello en forma de "V" y tela estampada con finas rayas verticales, blancas, negras y amarillas en diferentes tonalidades. Salvador lo compró para mí en Tijuana durante una gira teatral. No era la primera vez que me traía ropa. En el camino, mi padre me regañó porque la blusa que traía estaba muy escotada. "Enseñas todo dijo enojado, yo no sé por

qué tu mamá permite que te vistas así, te agachas tantito y todo se te ve". Le dije que no era culpa de mi mamá, que Salvador había comprado esa ropa, y se enojó aún más. Contestó que el esposo de mi mamá no tenía porqué escoger mi ropa y menos ropa que no era apropiada para mi edad. Reaccioné con enojo, le pedí que no se metiera conmigo y me fui. Los días siguientes me pregunté cuáles eran sus derechos para exigir que me vistiera de una manera o de otra, si ni siquiera sabía si la ropa que yo usaba era nueva, usada o regalada; tampoco sabía lo que mi mamá tenía que trabajar para mantenerme. Le disgustó que Salvador me hubiera comprado ropa inapropiada, pero él no me compraba nada. Ni se había preocupado todos los años anteriores por mantenerse cerca de mí para saber cómo estaba o cómo era el esposo de mi madre. Sentí que mi papá era un pobre tonto porque se preocupaba por lo menos importante.

Mi situación escolar era bastante complicada. La opción que el profesor López le dio a mi mamá para que continuara yo estudiando, fue que repitiera tercer año en el horario vespertino. Eso hice, volví a inscribirme. Tenía quince años.

Mi tía Laurita falleció de cáncer en diciembre de 1972. Salvador y mi madre ya habían comprado coche y casa.

REGINA

Estrenamos casa propia en enero de 1973, cuando yo tenía quince años, pocos días después de que falleciera mi tía. La estrenamos nosotros tres y Regina; otra Regina de diecisiete años, que tenía pocos meses trabajando en la casa. Era hija de una compañera de trabajo de mi mamá, llenita, morena, ojos grandes cafés y expresiva mirada, de estatura más bien baja y de franca y amplia sonrisa. Nos habíamos hecho grandes amigas, yo le confiaba mis problemas diarios y valoraba sus atenciones, como los días que al regresar de la escuela me servía de comer, pero lo que más valoraba era su compañía. Los fines de semana que se iba de descanso, la extrañaba y me invadía un desasosiego si pensaba que ella se iría algún día para siempre, como mis otras tías que habían vivido con nosotros. Se fueron cuando más encariñada estaba con ellas y sólo me dejaron una sensación de vacío. Sin reconocerlo con certeza, culpaba a Salvador de su partida. Creía que él les había hecho algo para que ellas tomaran esa decisión. Por eso tenía miedo de que Regina no regresara.

Esta casa estaba por la salida a Toluca, muy lejos de la Jardín Balbuena, por lo que la distancia me alejó de tías y primas. Regina, por su parte, decía con frecuencia que extrañaba a su familia y que lo mejor para ella sería regresar a vivir con los suyos. Yo le rogaba que no se fuera.

En las tardes acostumbrábamos caminar como un kilómetro para comprar el pan en la única tienda de autoservicio que había en la recién creada colonia. Aprovechaba la compra del pan para sacar de la tienda, a escondidas, algún desodorante, crema, cosmético o ropa interior. Regina, por su lado, también hacía lo mismo. Cierta vez, Salvador nos llevó en el coche a comprar el pan y esperó afuera nuestro regreso. Entramos y, cada una por su lado, guardamos, entre nuestra ropa, diferentes artículos. Al salir juntas de la tienda, ya con el pan, nos detuvieron dos policías y nos ordenaron seguirlos hasta

una bodega que estaba en el fondo de la tienda. Cerraron la puerta y nos pidieron que regresáramos la mercancía que pretendíamos robar. Cuando la devolvimos nos preguntaron:

¿Con quién vienen? preguntó uno de ellos, dirigiéndose a las dos. Venimos solas contestamos con miedo.

Sáquense todo lo demás que traen escondido entre la ropa.

Ya no traemos nada más.

Si no lo sacan ustedes, lo vamos a sacar nosotros.

De veras, señor, lo que les dimos es lo único que traíamos escondido.

Pues no les creemos, no es la primera vez que vienen. Ya habían robado algo antes ¿verdad?

No, señor, es la primera vez aseguramos las dos, sabiendo que mentíamos.

Para no quedar detenidas, teníamos que devolver la mercancía y pagarla al doble del precio etiquetado. Si pagábamos en ese momento, nos dejaban ir; si no, nos encerrarían. Les explicamos que no teníamos dinero y uno de ellos dijo, dirigiéndose a Regina: “Vete, te dejo salir. No te vamos a encerrar en ningún lado ni te vamos a acusar con nadie. Vete y no le cuentes a nadie lo que pasó aquí; si dices algo, te buscamos y te vas a arrepentir. Tu amiga se queda con nosotros”.

Regina salió despavorida y yo no supe qué hacer. Desconozco el tiempo transcurrido desde el momento en que ella se fue, porque el miedo me impidió darme cuenta de nada, ni de sus preguntas, que repetían una y otra vez. De repente se escucharon golpes fuertes en la puerta. Uno de los fulanos abrió y Salvador entró con Regina detrás de él. Hubo reclamos de parte de Salvador por lo que le habían dicho a Regina. Todo terminó cuando Salvador pagó el doble del precio de los artículos que pretendíamos robar y con las manos vacías regresamos a la casa.

En el camino nos dijo que lo que acababa de suceder no se lo iba a decir a nadie, ni siquiera a mi madre, pero que éramos un par de

pendejas por haber dejado que nos agarraran.

Esta fuerte lección habría quedado sólo en eso, en una lección, de no ser por lo que ocurrió una semana después. Llegué de la escuela contenta, porque sabía que Regina estaría sola. Salvador había dicho la noche anterior que se iría temprano al taller para que revisaran algo que le fallaba al coche. Yo acostumbraba tocar el timbre porque nunca encontraba mis llaves, pero ese día pensé en asustarla. Busqué las llaves y las encontré de inmediato, así es que, con mucho cuidado, abrí la puerta de entrada sin hacer ruido. Regina no estaba en la estancia, pero tenía que estar en algún cuarto de la casa, porque el radio estaba prendido. Dejé mi mochila en el suelo y, de puntitas, fui recorriendo la casa. Esperaba encontrarla ensimismada haciendo algo en cualquier habitación. Al llegar a la última recámara, la de mi madre, lo vi a él parado junto a la cama matrimonial besando apasionadamente a mi amiga. Cuando me vieron, Salvador la aventó.

Salí corriendo y Regina, a su vez, corrió detrás de mí. Me alcanzó para tratar de calmarme. Me decía: "Perdóname, perdóname, por eso me quería ir de tu casa, yo no quiero, pero él me persigue, dice que si no le hago caso, le va a decir a mi mamá que no sirvo para nada, que no me quieren por inútil, y además me amenazó con contarle lo del robo del súper, perdóname", repetía una y otra vez.

Esa tarde sentí que algo dentro de mí se transformaba, se tornaba duro, seco, frío, y decidí que no permitiría que ese hombre siguiera burlándose de mi madre en su propia casa, en su propia cama. Pensé que Regina no era la culpable, ella tenía diecisiete años y él cuarenta y seis, supuse que abusaba de ella como lo hizo conmigo. Le dije a Regina que no se preocupara, que yo lo conocía, que él me había violado muchos años antes, cuando era una niña. Le pedí que me ayudara para contarle todo a mi madre, según yo, para que ella abriera los ojos y dejara de amarlo. Esa noche nos encerramos las tres en mi recámara, seguidas por la inquieta mirada de Salvador. Nos sentamos mi madre y yo en la orilla de la cama y le dije: "Mamá, hoy

encontré a Salvador besando a Regina en la boca, la está obligando a tener relaciones con él, Regina dice que la está amenazando y yo sí le creo, porque hace muchos años, cuando vivíamos en la Ramos Millán, me violó”.

Como respuesta, mi mamá tomó mi barbilla con su mano derecha y levantó mi rostro hasta que sus ojos y los míos quedaron de frente: “¡Qué víbora eres, qué venenosa! me dijo con mucha calma. No puedo creer que seas capaz de inventar semejante mentira con tal de separarnos. Sé que nunca lo has querido, pero no te creía capaz de inventar algo tan bajo. Ahora sé que eres una egoísta y envidiosa”.

¿Qué puedo decir después de lo que acabo de contar? ¿Que desearía haber elegido las palabras adecuadas para que ella me creyera? No fue la mejor manera ni el mejor momento, pero ¿existe acaso una mejor manera y un mejor momento para decir lo que yo tenía que decir? No tuve otra forma, no pudo ser diferente; en esa ocasión tuve el valor de hablar. Aún ahora, más de treinta años después, no he podido discernir el cúmulo de emociones que esa noche me destruyeron. No tengo idea de todo lo que se rompió en mi interior esa noche. El daño fue mayor que el abuso mismo, que el ultraje. Si tan sólo mi madre me hubiera concedido el beneficio de la duda.

Cuando ella salió de la habitación, adonde acababa de asegurar que no me creía, lo enfrentó y él comenzó a llorar con gran desconsuelo. Parado en el marco de la puerta de mi recámara decía: “Mienten, Regina, están mintiendo, dicen eso porque hace una semana las descubrí robando en el súper, se las iban a llevar a la cárcel y yo las ayudé. Quieren separarme de ti. Te juro por lo más sagrado, que es mi hermana Laurita, que fue para mí como una madre y que está bajo tierra, que te están mintiendo”, y con el rostro bañado en lágrimas golpeaba una y otra vez el piso, con su pie, como para mostrar dónde estaba enterrada su hermana, y volteaba y nos veía y preguntaba: “¿Por qué me hacen esto? ¿Qué les he hecho yo para que me dañen así? Las salvé de la cárcel y ¿así me pagan?”

Salvador juró por lo más sagrado: mi tía muerta, su casi madre muerta, y juró en vano. Mi madre me dijo víbora, venenosa. ¿En qué o en quién confiar? ¿En qué o en quién creer? ¿Podría seguir con vida después de haber perdido la fe en el ser humano? ¿Cómo vivir sin ningún lazo afectivo al cual aferrarme? Fue el golpe de gracia.

Ni Regina ni yo dormimos esa noche. En la madrugada nos pusimos de acuerdo para escaparnos. Yo saldría como lo hacía diario, rumbo a la escuela. En la mochila, en vez de libros, llevaría mi ropa, y Regina se iría con todas sus cosas para no volver más a esa casa. Acordamos dónde y a qué hora nos encontraríamos y viviríamos juntas siempre, lejos de quien tanto daño nos causaba.

Al día siguiente localicé al ex novio de mi tía, el que la visitaba cuando vivíamos en la Jardín Balbuena y que nos llevaba a cenar. Le platiqué todo. Para ayudarnos, mencionó que conocía una casa de monjas donde podíamos vivir. Nos dirigimos hacia allá y él habló con las religiosas, pagó para que nos quedáramos unos cuantos días. Las pocas noches que compartimos, Regina y yo abrimos nuestro corazón la una con la otra. Platicamos mostrándonos mutuamente los verdaderos sentimientos que existían dentro de cada una de nosotras. Hablamos con tristeza, con decepción. Me enteré de que ella era hija del primer matrimonio de su mamá. Su hermanastro mayor, hijo del actual esposo de su madre, abusó sexualmente de ella. Era un hombre alcohólico igual que su padrastro. Ella se lo contó a su mamá, pero ésta no le creyó, lo que provocó que su hermanastro se burlara de ella y siguiera abusando. Su padrastro la odiaba por inventar semejantes mentiras en contra de su hijo. Por eso, ella había dudado entre regresar a su casa o seguir viviendo con nosotros.

Como no teníamos dinero, salimos a buscar trabajo. En los largos

pasillos de la estación del metro Pino Suárez, apenas se veía uno que otro puesto de comida. Nos entrevistaron para trabajar como vendedoras en unos puestos de hot-dogs, pero como no teníamos experiencia, otras personas fueron contratadas. Encontramos trabajo uno o dos días después como repartidoras de volantes. Los anuncios que solicitaban repartidores estaban pegados en cabinas telefónicas, postes de luz, paredes y algunos lugares más de la colonia Roma, por lo que continuamente llegaba gente para pedir el trabajo. El horario de entrada era a las ocho, pero le daban el trabajo a las primeras personas en llegar. Teníamos que estar ahí lo más temprano posible si queríamos trabajar. Al terminar la jornada, nos pagaban el día trabajado. Terminábamos muertas de cansancio, sed y hambre. Además, seguíamos sin saber adónde íbamos a vivir, porque mi amigo pagó nuestro hospedaje unos días, pero nunca más lo pude volver a localizar.

A la semana, Regina se comunicó por teléfono con uno de sus hermanos, en quien más confiaba. Le pidió ayuda y acordaron que nos reuniríamos más tarde los tres, para platicar. A la cita no llegó el hermano que ella esperaba. Llegó su padrastro, quien se encargó de llevarnos al café donde ya nuestras madres nos esperaban.

Una semana atrás, al darse cuenta mi madre de que Regina y yo escapamos, sugirió mandar nuestra foto al canal 5, al programa Servicios a la Comunidad. Con nuestras fotos en televisión aumentaban las posibilidades de localizarnos. Salvador se opuso. Si una sola persona de su familia me reconocía, él se vería obligado a hablar sobre las calumnias que Regina y yo urdimos en su contra, y lo último que él deseaba era perjudicarnos. Les dijo a la madre de Regina y a la mía. Con ese argumento evitó que la idea se concretara.

La alternativa que le pareció adecuada fue que me buscaran en casa de una tía materna, a quien visitamos pocos días antes. Una vez en esa casa, mi madre perdió su aplomo, se desahogó y platicó lo ocurrido. La única verdad que reconocía era lo dicho por Salvador. Mi familia materna se enteró del abuso de que fui

objeto y, pese a que mi madre sólo dio crédito a lo dicho por Salvador, mis tíos supieron quién decía la verdad. Transcurridos algunos años, tuve la oportunidad de conversar sobre ese tema con mi tía. Su mirada y sus palabras reflejaban pesar. Confesó que hubiese deseado lograr que mi madre recapacitara, pero no supo qué hacer o qué decir, para que ella entendiera: "Hija terminó diciéndome, cómo quisiera que a tu mamá se le cayera la venda de los ojos, pero Salvador es ladino y labioso y ella confía en él. Contra eso, no podemos hacer nada".

De regreso en casa, mi madre decidió llevarme al doctor para que me realizara una revisión ginecológica. Le interesaba saber si mi himen estaba intacto. Lo absurdo e incoherente del recuerdo me indica lo dolorosa y confusa que fue esa noche. Entendí que el doctor diagnosticó una herida en mi vagina, o cerca de ella, o más adentro, el lugar exacto es lo de menos. Habló sobre una herida en mis órganos sexuales. El caso es que dicha herida ya estaba cicatrizada, por lo que ya no había motivo de preocupación. Salí de ahí convencida de que el doctor había dado la prueba de que alguna vez fui violada.

No sé lo que escuchó mi mamá, pero más adelante me sorprendió saber que salió de ahí convencida de que yo no tenía nada y que mi acusación fue una calumnia. Cada una de nosotras interpretó las palabras del doctor según le convenía. Esto es lo único seguro respecto a aquella noche en que visité por primera vez el consultorio de un ginecólogo.

Por esta época también en los días que estuve fuera de casa, el taxista que prestaba el servicio de chofer se alejó y no volvió más a la casa.

Salvador salió de gira por Centroamérica y, por medio de telegramas y giros telegráficos, se mantuvo en contacto con mi madre el año que tardó en regresar.

Posteriormente, tramité mi baja de la escuela. No, ni siquiera tramité mi baja, dejé de asistir. No cerré mi ciclo de estudios;

comportamiento característico de mi personalidad. Dejar situaciones, actividades, proyectos inconclusos, sin dar aviso siquiera a los involucrados.

Meses antes de que sorprendiera a Regina y Salvador besándose, mis malas calificaciones dejaban ver que, una vez más, reprobaría tercer año. Mi madre se dio a la tarea de buscarme empleo. Un cliente asiduo al café de chinos me lo dio como secretaria en su despacho de abogados. Ganaría el salario mínimo. El tipo resultó un oportunista que ni siquiera era socio, como había dicho, del despacho adonde yo me presentaba a trabajar. Este señor tenía toda la confianza de mi madre y de Salvador, ya que desde meses atrás iba a la casa con regularidad, a comer o sólo a visitarnos. Se dedicó a enamorarme y yo caí. De mi sueldo no vi ni un quinto. Posponía la fecha en que me pagaría, hasta que cobrara un asunto que estaba a punto de terminar. Al presentarme a trabajar una mañana, sus colegas me dijeron en tono socarrón que el licenciado Martín se había ido a radicar al extranjero, que ya no tenía caso que yo regresara porque ellos no me necesitaban. Y me fui. El licenciado Martín dejó de ir a la casa y se alejó hasta del café de chinos.

En las semanas que siguieron a la escapada, algunas veces en actitud conciliadora, mi madre decía: "Por más que pienso, no entiendo lo que me dijiste. Si fuiste sincera, cuéntame cómo te vio-ló, qué te hizo. ¿Cómo puedo creerte si no me dices qué te hizo? ¿Cómo te tocó?"

Me resultó imposible contestarle. Ni aun a las amigas que, años más adelante, elegí por necesidad para desahogarme, les pude dar detalles. Les platicaba que sufrí de abuso sexual por parte del es-posito de mi madre. Mis descripciones raras veces llegaron más lejos. Cuando ellas mostraban compasión y hacían preguntas, contestaba generalidades: "Empezó cuando tenía siete años", o bien, "fue cuando vivimos en la Ramos Millán", pero detalles menos vagos sólo se los pude confiar a Lili, en los años que vivió con nosotros y fue testigo del carácter violento de su tío y de los momentos en

que se aislaba para drogarse. Por eso, cuando a mis diecisiete años mi madre preguntaba “¿Cómo te tocó?”, me sentí imposibilitada para contestarle, no había palabras que lo describieran. Es más, ni siquiera sabía si eso que él me había obligado a hacer se llamaba violación o tenía otro nombre. Suponía, y lo supuse muchos años aun de adulta, que mi vagina estaba deforme, que era diferente a la de otras mujeres. Tomaba un espejo y trataba de ver, lo mejor que el espejo me lo permitía, segura de que encontraría algo horrible dentro de ella. No sabía qué, pero algo tan feo y espantoso que me provocaría la muerte.

A Regina la busqué un par de años después. Se había juntado con un hombre, aunque seguía viviendo por el rumbo de Popotla, cerca de unas vías, en la casa materna. Cuando la visité tenía un bebé y esperaba otro. Me dijo que yo sería su comadre cuando naciera su segundo hijo y acepté. No he vuelto a verla desde esa ocasión.

También ese año, antes de que sucediera el episodio de Regina, visité por última vez a mi abuelita Mary. La vi muy enferma, dijo que pronto iba a morir y le preocupaba mi primo Felipe. Me pidió que cuando ella faltara, lo llevara a vivir a mi casa para que no se quedara solo. Ya no regresé a verla. Me asustó la idea de enfrentar a Salvador, quien ni siquiera sabía que yo mantenía contacto con mi familia paterna. Aun en el supuesto caso de que yo hubiera reunido el valor para decírselo, quedaba por resolver el hecho de que Felipe era hombre y, sólo por eso, él no lo aceptaría.

MIS PRIMEROS EMPLEOS

¿Cómo describir ahora, a mis cerca de cincuenta años, a la persona que fui a los diecisiete? De apariencia atractiva, sólo me retroalimentaba con mi propia vanidad. Soñaba con ser rica y poderosa, pero mi imaginación hasta para soñar evidenciaba ignorancia. Por supuesto que no me daba cuenta de esto, ni de ninguna otra cosa de las que sucedían a mi alrededor. De forma vaga presentía que adentro de mi cabeza no había nada, excepto el recuerdo de Salvador y sus abusos. Mis primas y sus amigas decían que yo era alegre, mis tías me llamaban precoz y alegre. Yo, por ratos, sólo por ratos, me sentía infeliz, por ratos coqueteaba y reía, y la mayor parte del tiempo vivía en una especie de pasmo que me impedía hacer o pensar. Mis únicas amigas eran Raquel y Lilí, pero más que amigas eran mis primas.

En 1974 inicié la búsqueda de trabajo. Al principio mi madre iba conmigo a las entrevistas, pero como no me contrataban, aceptó que era mejor dejarme sola. Luego de unos meses encontré empleo en una compañía alemana. El día que llevé la solicitud hice algunos exámenes. Cuando los terminé, la reclutadora me dio las gracias en tono muy amable, ya que no cubría el perfil solicitado para ser aceptada. Al escucharla, en medio de sus compañeros que nos rodeaban, solté el llanto, fuerte, sin vergüenza, como si hubiera estado sola en mi casa. Le platiqué que desde meses atrás buscaba empleo, que mi mamá ya no me quería dar dinero para los pasajes porque creía que me lo gastaba en otras cosas y que hasta los pies me dolían de tanto caminar cuando el dinero se me acababa, que mi madre creía que el dinero que me daba yo lo gastaba en cualquier otra cosa, menos en buscar empleo.

Una semana después, llegó a mi casa un telegrama que decía: "Solicitud empleo aceptada punto Presentarse mañana primera

hora punto". Así encontré mi primer trabajo como secretaria del Departamento de Crédito y Cobranzas de una empresa alemana. Ganaría el sueldo mínimo. Entré a trabajar el primero de agosto de 1974. A los diecisiete años.

Tardé más tiempo en encontrar empleo que en exceder la confianza con la que debía tratar a mis compañeros. Los hombres, porque las mujeres, aun cuando me caían bien, mantuvieron desde el principio un distanciamiento que con seguridad provoqué sin desearlo. Una compañera se casaría en pocas semanas y renunciaría. Había sido empleada más de diez años en ese lugar. Se comportaba como si la oficina fuera un salón de fiestas. No llegaba a la hora de entrada, reía fuerte y a cada rato, parecía que todos la apreciaban porque con todos platicaba, en persona o por teléfono. Saludaba de beso a los compañeros, incluido mi jefe y al jefe de mi jefe.

Hice lo mismo que ella: llegar tarde, reír y platicar con todos, en persona o por teléfono y saludar de beso. A los veintiocho días, cuando debían renovar mi contrato, me llamaron la atención de forma severa y me advirtieron que si no cambiaba mi comportamiento, no me darían la planta. Firmé un nuevo contrato por otros veintiocho días y, por miedo, me esmeré en mejorar mi actitud, pero aun así, había quejas sobre mi comportamiento. Le gusté a uno de mis compañeros que trabajaba en el mismo departamento y rápido nos hicimos novios. Mantuve con él una relación íntima que para mí era normal y, sin importar lo atractiva que pude parecerle al principio, en poco tiempo sólo yo mostraba interés por la relación.

Aparte de los problemas de actitud, se hallaban los ocasionados por errores cometidos en el desempeño de mis labores. Echaba a perder documentos oficiales, archivaba en lugares equivocados, me tardaba más de lo normal en terminar algún trabajo, etc. Un día, como a los cinco o seis meses, el gerente de Crédito y Cobranzas me pidió que pasara a su oficina. Como quien regaña a una niña, me regañó. Respondí que si no le parecía mi forma de ser, presentaría mi renuncia, "es más le dije altiva, renuncio en este mismo momento".

Mi actitud lo tomó por sorpresa. Molesto, me amenazó diciendo que, si renunciaba, por su cuenta corría que nunca más volviera a encontrar empleo en ninguna otra empresa ubicada en la ciudad de México. Creí que era verdad lo que me decía y aun así renuncié.

Esa tarde, asustada por lo que había hecho, compré el periódico y encerré en un círculo un anuncio en el que solicitaban telefonista para contestar el conmutador en una compañía de seguros. Al día siguiente me entrevistó la secretaria del director, una señora de nombre Mariana. Sin pensarlo mucho, me dio el puesto. El sueldo era un poco más alto de lo que ganaba en el empleo anterior y decidí no avisar en mi casa sobre el cambio de trabajo, mucho menos que iba a ganar un poco más. Esto último era muy importante, porque, de acuerdo a la costumbre familiar de Salvador, por supuesto, la mitad del sueldo de quienes trabajaban era para el gasto de la casa.

Pasaron otros tres meses, y una mañana desperté con la idea de que no quería seguir trabajando para esa compañía de seguros. Me presenté únicamente a renunciar.

Una vez más, acudí a los anuncios del periódico, y una vez más, fui contratada de inmediato para trabajar en otra empresa. Pasadas unas cuantas semanas, el mismo episodio se repitió tres, cuatro, cinco veces más. Mis cambios de empleo cesaron cuando fui contratada por Manpower. Esta empresa contrataba personal y lo colocaba de manera eventual en otras empresas. Era una nueva modalidad de contratación en México y la empresa era pionera en este país. Trabajar para ellos facilitó mi situación laboral. El proceso de hacer exámenes, entrevistas y firma de documentos para ser aceptada o para renunciar, desaparecería. No tendría la obligación de desempeñar mi trabajo por periodos largos en una sola compañía; no atendería a los mismos jefes. Me enviarían a diferentes organizaciones, conocería distintos ambientes de trabajo. Sin dificultad alguna fui contratada.

Trabajé para esta empresa alrededor de dos años. Duraba, en cada

compañía a la que me enviaban, pocos días o pocas semanas, por lo tanto, no tenía que empaparme de las necesidades del trabajo. Si me pedían algún documento que se hubiera generado antes de mi llegada, podía con facilidad decir “no está”. Si algo me costaba trabajo, no me preocupaba mucho, porque a lo mejor mañana ya no trabajaría ahí. A través de Manpower desarrollé la habilidad de adaptarme a los cambios. La clave era llegar, aprender dónde estaba el equipo y material de trabajo, algunos nombres, y enfocarme a realizar el trabajo más sencillo y rutinario. Si me equivocaba, mi error era disculpado porque era nueva. Con mis jefes y compañeros no se creaban lazos afectivos. Creo que esto último fue decisivo, la razón de más peso, por la que decidí permanecer en Manpower.

Los puestos que cubrí fueron, en su mayoría, secretaria de presidente, director o gerente, por lo que gocé de las comodidades inherentes a dichos niveles, sin tener la experiencia que los mismos requieren. Lo que más me gustaba era que no checaba ni la hora de entrada ni la de salida. Tenía café, galletas, leche y, a veces, hasta botana y fruta. Las limitaciones en papelería o en servicios no se aplicaban a mí, porque a la Dirección se le dan todas las facilidades. Las empresas que pagaban estos servicios eran importantes, sólidas. Trabajé para Banca Cremi, Banamex, Bancomer, City Bank, Barclays Bank, General Motors, Goodyear Oxo y muchas otras empresas cuya razón social he olvidado.

Nadie en mi casa sabía dónde trabajaba ni para quién. Lo que importaba era compartir mi sueldo al cincuenta por ciento para el gasto, y con la otra mitad yo me las arreglaba para mal cubrir pasajes, comida, ropa y alimentos.

Con Salvador hablaba sólo para pelear. Las razones me sobraban. Mi intolerancia hacia cualquier actitud o palabras suyas era cada vez mayor. Como trabajé mucho tiempo en bancos, salía temprano y me iba a la casa. La forma de vida que él tenía me causaba náuseas, me enfermaba. Al decir que me enfermaba, quiero decir que el olor a encierro, a cama, flotaba en toda la casa y el

estómago se me revolvía o empezaba a dolerme. En mi juventud, y por décadas, padecí enfermedades gastrointestinales, migrañas, problemas de hígado y de riñón. Estos malestares han disminuido hasta casi desaparecer en la actualidad. Entendí que gran parte de los padecimientos fueron psicológicos. Pero en aquel tiempo yo no lo sabía, y ver a Salvador acostado o que deambulaba por la casa con su bata vieja de baño de gruesas rayas verdes con gris, y sus cabellos sucios grasientos en completo desorden, me enfermaba. Si estaba acostado y hacíamos ruido, se levantaba de mal humor. Era normal que se quejara más o menos de la siguiente manera: "Chingada madre, qué pinche ruido hacen, no dejan a uno descansar. ¡Como ustedes se acuestan temprano!" Algunas veces, pocas, mi madre o yo le contestábamos que se acostaba tarde porque quería. Me quedé con ganas de decirle que se acostaba tarde porque prefería drogarse que dormir. No tuve el valor de decírselo. Los mismos gritos salían de su boca cuando algún objeto no estaba donde él lo buscaba: "Me lleva la chingada, pero si yo lo dejé aquí, Regina. No sé por qué carajo cambian las cosas de lugar". Sus explosiones verbales iban acompañadas de actitudes violentas, caminaba con desesperación de un lado para otro, según él, buscando. No sabía buscar, con frecuencia su búsqueda se limitaba sólo a mirar sobre los objetos que estaban a la vista, como si fuera imposible moverlos, y cuando lo hacía, los aventaba, y si se rompían, era un motivo más para decir más groserías.

Ver la televisión con él era más que desagradable. Criticaba todos los programas que nos gustaban, y si lo que nos gustaba era algún artista, comentarista o cantante, su crítica era más ácida, "es un puto, es joto", decía. Para él todos los hombres eran putos y jotos y, si lo contradecíamos, contestaba: "Qué, ¿no me creen? Pues el otro día

llegó al teatro de la mano de su novio, otro maricón igual de ridículo que él, hasta traía los ojos pintados”.

Cuando estaba acostado y le avisábamos que tenía alguna llamada, su violencia era la misma para quien le avisaba, mi madre, mi abuelito o yo.

¿Qué carajos quiere?

Yo qué sé, pidió contigo.

¡Coño! ¿Qué no le pueden preguntar? Nunca puede uno descansar en paz, siempre lo tienen que estar chingando.

En fin, motivos para ser violento y grosero, le sobraban. Y aun con esa clase de vida, no tenía cabida en mi mente la idea de vivir en otra parte.

Debo admitir que Salvador, como todo ser humano, tenía otro tipo de actitudes que podrían llamarse positivas; sin embargo, las analizo y creo que si las catalogo así, me equivoco. Por más que busco un calificativo para describirlas, no lo hallo, tal vez porque sigo negada a aceptar que un hombre así tuviera actitud positiva alguna. Decir que amaba a su familia, después de recordar que juró en vano sobre la muerte de su hermana, sería, desde mi punto de vista, mentir. No las visitaba con frecuencia, mejor dicho, casi nunca las visitaba, pero demostraba gran interés por ellas preguntando a mi madre y a mí por ellas, cuando sabía que las habíamos visto.

Se portaba generoso porque nos regalaba los boletos gratuitos que él, como empleado, recibía para ir al teatro. Yo los aproveché muchas veces, ver una obra teatral era como estar en un oasis en medio del desierto. Pero la realidad era que él no siempre tenía ganas de regalar boletos. A veces se los negaba a quien se los pidiera, así fueran sus propias hermanas. Grosero, aclaraba que los boletos no eran gratuitos y que si alguien quería ir, él tendría que pagar las entradas. A mis tías las lastimaba con esa actitud, pero lo disculpaban.

Otra forma que tuvo de mostrar agrado por la vida fue durante las navidades. Yo no he vivido hasta el momento ninguna situación que amargue mis recuerdos navideños. Al contrario, al aproximarse

diciembre, Salvador, casi con fervor religioso, desempolvaba las figuras navideñas que coleccionaba año con año. Gastaba mucho dinero en figuras, heno y musgo. Conseguía piedras de unícel y mandaba pintar lienzos que retrataran a lo lejos la ciudad y el cielo de Nazaret. Nuestros nacimientos llamaban la atención de la gente de la colonia, de las amistades y de la familia, y él se enorgullecía de sus obras de arte.

En esos años tuve algunos noviecillos, con algunos duré días y con otros, semanas. De algunos fui su novia sin que ellos hubieran dicho o hecho algo una sola vez para que yo así lo creyera, pero la relación libertina que me unía a ellos debía llamarse de algún modo. Cuando un chico me sonreía y mostraba cierto interés por mí, me le pegaba hasta que él se hartaba y se alejaba.

No todos los chicos que me sonreían me atraían. Tuve buenos amigos con quienes no fui libertina. Eran amigos de verdad. Para lograr mi amistad tuvieron que ser persistentes e ignorar muchos desplantes de mi parte. Pero estos amigos y mis ex novios fueron una minoría con la que no me dominó el miedo de relacionarme. La mayoría de los hombres que me rodeaba me causaba temor; su seriedad y su tono grave de voz, me empequeñecían. También los que no eran serios podían empequeñecerme. Era para mí imposible sostener una plática frente a frente con ellos, me sentía ridícula, expuesta a no sé qué, pero expuesta. Me intimidaban. Además, tartamudeaba y eso era muy vergonzoso. Platicar con jóvenes de mi edad con los que pudiera vislumbrarse un tipo de relación seria, era exigirme demasiado.

Mis amigas en esos años fueron caras y nombres que ni siquiera recuerdo, no obstante las confianzas que les hice. La confidente fiel que nunca olvidaré fue Lilí, a quien le platicaba sobre mis galanes; no las aventurillas con ellos, sólo sobre ellos. Su novio y ella me invitaban a salir, ya fuera solos o con la familia de él. Conocí a sus amigas y hasta la acompañaba en las visitas que les hacía. Lilí me prestaba su ropa y, cuando no, la tomaba. Ella nunca se enojó por eso.

UNA BATALLA GANADA

Con la confianza plena de que mis palabras no saldrían del consultorio, hablé con absoluta libertad ante la doctora Alquicira. Libre del temor de ser criticada por mis errores, pasados o presentes; sin preocuparme por mis exabruptos dentro del consultorio, aunque después los reconsiderase. La doctora, con sus observaciones, me hizo recapacitar sobre lo intolerante que era con mi madre y sobre la importancia de establecer una comunicación sincera con ella.

Ese año, 1995, en las terapias fui aprendiendo a descubrirme con ayuda de sus preguntas. Un día, por ejemplo, me pidió que le hiciera una lista de mis virtudes, las que en ese momento tuviera en mente. Después de pensar unos segundos le contesté: “No se me ocurre ninguna”. Ella guardó silencio unos segundos y después me dijo:

Se me viene a la mente la fidelidad, ¿acaso no eres fiel, acaso no le fuiste fiel a Manolo a pesar de que él te dañó afirmando lo contrario?

Pues sí, tienes razón, le fui fiel contesté pensativa, pero aparte de la fidelidad, no se me ocurre ninguna otra cualidad.

¿Eres trabajadora?

Pues sí, tengo muchos años trabajando, empecé muy joven.

Entonces, trabaja sobre esto. Escribe una lista con tus cualidades. Hazlo en tu casa. Vas a descubrir cosas buenas.

En otra ocasión me cuestionó:

¿Qué es para ti la felicidad?

¿Qué es para mí la felicidad? repetí con lentitud, no entiendo tu pregunta, no sé qué quieres decir.

¿Qué haces para ser feliz?

Mmm, pues antes, cuando iba a fiestas oía un chiste y me reía, a veces hasta los contaba. La gente dice que soy alegre. Ahora como que ya no les encuentro tanta gracia. Ya no me río tan fácilmente, me parecen bobos. ¿A eso se refiere la felicidad?

Sea cual hubiese sido su respuesta, salí del consultorio pregun-

tándome qué era para mí la felicidad y qué hacía para alcanzarla.

Esa primera vez que estuve en terapia, cuando busqué ayuda para ofrecer a mi hijo una mejor calidad de vida, duré en ella alrededor de dieciocho meses. Como todo lo que emprendía, no me mantuve hasta alcanzar un término ni esperé a que la doctora me diera de alta, no obstante el bienestar logrado. Interrumpí las sesiones cuando el cansancio físico y mental me sobrepasaron.

A la muerte de Salvador, siguió tiempo de conflicto y distanciamiento con Lilí. Mi vida giraba alrededor de las terapias, el trabajo, la integración con mi madre y con mi hijo. Ocasionalmente, visitaba a mi comadre Irma. Ella sabía que yo buscaba empleo en mis horas de comida para dejar la empresa de gobierno en la que estaba contratada y, cuando se presentó una vacante en la compañía en la que ella laboraba, con entusiasmo me ayudó a entrar. Era una empresa sólida. Sería la secretaria del vicepresidente de Finanzas. Mejoraría sueldo, horario, nivel y distancia. Era el invierno de 1995.

Tenía poco tiempo de trabajar en este nuevo puesto, cuando me di cuenta de que tenía tres meses sin recoger los vales de despensa de mi jefe. Al ir por ellos, me entregaron los dos meses anteriores. Los del último mes estaban en la caja fuerte y los recogería a la mañana siguiente.

Mi jefe estaba siempre tan ocupado que no se había percatado del olvido. Cuando yo omitía entregarle algún documento, darle algún recado o incluso dinero de él, que por alguna razón llegaba a mis manos, él mismo me recordaba. Los vales ni siquiera los había mencionado. Mi mente empezó a torturarme. No traían fecha ni nombre. La idea de quedarme con un mes de ellos, los más antiguos, apareció en mi mente. Él no acostumbraba firmar lo que yo le entregaba, difícilmente recordaría si le habían sido entregados los vales de tres meses atrás y, si dudaba, existía la posibilidad de asegurar que ya se los había dado. La idea no se apartó de mí. En toda la tarde no pude concentrarme en mi trabajo. Mi único y obsesivo pensamiento era quedarme con un mes de los vales de mi

jefe, y buscar la manera de que él no se diera cuenta. Por otra parte, recordaba a la doctora Alquicira brindándome toda su confianza.

Al final del día tomé una decisión. Mi jefe estaba fuera de la empresa, en una junta y creí que ya no regresaría. Entré a su oficina y dejé sobre su escritorio un sobre. Al salir, tropecé con él. Re-gresé a su despacho para recibir algunos pendientes. Cuando terminamos, me despedí, y en el momento de cruzar la puerta para salir, escuché su voz:

Rosa María, me estás entregando dos meses de vales.

Así es, señor.

Pero me debes tres me dijo con firmeza y mirándome directo a los ojos.

Sí, pero en el sobre hay una nota en la que le explico que mañana me darán los de este mes. No me los entregaron porque estaban en la caja fuerte cuando bajé. Siento mucho el retraso, la verdad es que estos meses olvidé recogerlos. No volverá a suceder señor le contesté segura de que así sería.

Está bien, no te preocupes. Gracias y hasta mañana. ¡Qué descanses! finalizó, después de leer la nota que estaba dentro del sobre.

Salí con una sonrisa tranquila dibujada en los labios, reflejo de la satisfacción del logro alcanzado. "Lo logré, gracias a Dios lo logré", pensaba.

Días después le platicué a Yolanda lo sucedido. Ella habló sobre los patrones de conducta y dijo que no era fácil cambiarlos, pero que si se deseaba con sinceridad hacerlo, se lograba.

La mala memoria, la dificultad para concentrarme y los errores continuaban, igual que la determinación de realizar un mejor trabajo. La honestidad que demostré a cada momento, permitió que la confianza depositada en mí creciera con el paso del tiempo.

Así como las terapias influyeron para que aprendiera a respetar lo ajeno, despertaron mi capacidad de observación y descubrí con cierta sorpresa actitudes de mi madre que con seguridad no eran nuevas, pero que hasta antes de la terapia ignoré o no les concedí la

importancia que en realidad tenían. Estar consciente de estas facetas echaba abajo la imagen de la mujer fuerte que ella aparentaba ser.

Desde pequeña, supe que ella asistió a la escuela sólo unos meses, aunque su apariencia sugería la presencia de una persona con más estudios. No obstante lo anterior, siempre fue una mujer autosuficiente en el aspecto financiero, lo que le daba seguridad para actuar con total libertad y de forma independiente. Satisfacía sus gustos y disponía de liquidez para ayudar a quienes vivíamos con ella, lo que le daba cierto dominio sobre nosotros o nuestras acciones. En los aspectos domésticos, al ser ella quien más dinero aportaba, ejercía su derecho de exigir las soluciones que creía mejores para resolver todo tipo de problemas, incluso de albañilería, plomería o electricidad. Su opinión en este aspecto era, muchas veces, más acertada que la de Salvador, quien se comportaba de forma negligente al no ser él quien aportaba los medios para el mantenimiento adecuado de la casa, aunque sí era él quien presumía las modificaciones o arreglos que se le hacían. Sin cuestionamiento alguno, ella era quien mandaba en su casa. Mi madre se encargaba de trámites de todo tipo, burocráticos, bancarios o cualquier otro. Su vitalidad, fortaleza y responsabilidad parecían ser cualidades inalterables en ella, aunque para Salvador, maestro de la manipulación, tal vez la percepción era diferente.

Cuando enviudó y la observé con mayor atención, con una mezcla de sentimientos agritudones, me percaté de la mujer frágil que existía en ella, y que buscaba a los funcionarios públicos o bancarios conocidos para que la ayudaran hasta en la realización de los trámites más sencillos, como llenar fichas de depósito y de retiro. Si no estaban, se angustiaba, tal vez por temor a enfrentar lo desconocido: las letras, los números, probablemente por temor a evidenciar su falta de conocimientos, sus propias incapacidades. Conocí a la paciente que en actitud casi servil solicitaba atención médica a un doctor familiar déspota y prepotente. Me percaté de las limitaciones que sus ojos cansados le imponían. Observé a la trabajadora que arrastraba

a diario los pies para cubrir su turno de diez horas por la mitad del salario mínimo, incapaz de faltar por temor a represalias.

En esos años llegó por fin el momento de su jubilación, no por edad, sino por enfermedad. La vi llorar impotente por no saber cómo reclamar lo que por derecho merecía. Trabajó por lo menos veinticinco o treinta años para el mismo patrón. Conservó su trabajo porque aceptó firmar semanalmente que recibía el salario mínimo, salario que tanto ella como sus compañeras recibían a la mitad. Ésa era la condición para ser empleada. La aceptó porque desempeñarse en otro restaurante implicaba hacer cuentas y ella no sabía hacerlas, por lo menos, no con la rapidez y habilidad que esos otros restaurantes requerían. Aunque en la mayoría de mis trabajos he conocido profesionistas que pudieron haberla ayudado, permanecí indolente a sus necesidades.

Recordé que algunas veces, cuando estudiaba primaria, me pidió que le enseñara a leer, escribir y hacer cuentas, pero era una tarea que se salía de mis límites de comprensión. No le enseñé, pero ella se dio tiempo para aprender en sus ratos libres y lo logró, aunque con muchas limitaciones. Asimismo, cuando yo tenía alrededor de once años, me pidió que le ayudara a atender una fonda que tenía en mente abrir, con la intención de independizarse. Le contesté que no contara conmigo, que yo no trabajaría en un lugar así. Salvador, por su parte, sólo demostró indiferencia. Mi madre me reclamó muchos años la respuesta que le di, y me sentí culpable de que no recibiera mi apoyo cuando lo pidió, pero ahora, en el momento de escribir, me pregunto ¿cómo darle otra respuesta después de la humillación que recibí por vender quesadillas en la escuela?

Salvador leía y escribía un poco mejor que ella y, también igual que ella, aparentaba tener una mejor educación. Cuando yo lo conocí era un hombre muy varonil, guapo, alto, delgado, de tez morena clara, facciones regulares y apariencia de gente decente. Estudió dos o tres años de primaria, y por esta razón se sentía con el derecho

de llamar a mi madre analfabeta. Lo hacía con diplomacia. Cuando ella no lograba algo, le decía en tono indulgente: “No te preocupes, Regina, no te exijas más de lo que puedes hacer, eres analfabeta, mejor dile a alguien que lo haga por ti”.

En el transcurso de los tres años posteriores a que enviudó, muchos momentos fueron propicios para que las confesiones y las confidencias nos acercaran. Los aprovechamos. Mi madre se recuperó de la pérdida y revivió la mujer fuerte y dominante, pero más humana, menos altiva y más comprensiva, dispuesta a aceptar sus errores. Por momentos nuestra convivencia era muy difícil. La necesidad de alcanzar mi plenitud individual chocaba con la faceta dominante de su personalidad, lo que ocasionó que una vez más dejara su casa. Esta vez me fui con mi hijo. Renté sólo una recámara en el departamento de una amiga.

PLINIO

Por las mismas razones por las que con anterioridad renuncié a los empleos previos, dejé Manpower. El siguiente puesto para el que fui contratada pertenecía al Departamento Legal en las oficinas corporativas de una cadena de empresas turísticas. Mis funciones consistían en brindar apoyo de taquimecanógrafa a pasantes y abogados. El gerente a cargo, a quien llamaré Plinio, era un hombre alto, medía alrededor de un metro ochenta, de complexión robusta, barbón y moreno. Sus ojos pequeños eran vivaces, irradiaban brillo y se movían nerviosos cuando algo lo inquietaba.

Se interesaba en las capacidades e inquietudes de quienes integrábamos su equipo y utilizaba esta información para delegar actividades que nos motivaran a trabajar con gusto. Plinio amaba su trabajo y lo llevaba a cabo con entusiasmo. Giraba instrucciones claras y precisas y, pese a la tolerancia que mostraba a sus subalternos, con dificultad aceptaba un no se puede. Su respuesta era hablar, negociar, enseñar hasta obtener los resultados deseados. Era enérgico, exigente y generoso.

El ritmo de trabajo era agitado y, en ocasiones, al final de la semana laboral nos invitaba a tomar una copa. Lo fui conociendo. Transcurría 1977. Yo tenía veintiún años y él treinta y dos. Me enamoré de él.

Su secretaria estaba embarazada. Cuando se fue de incapacidad, él me pidió que la cubriera y contrató a otra secretaria para el lugar que yo dejaba vacante. Mis días se llenaron de colorido. Aceptaba emocionada todas sus invitaciones, hasta que finalmente un día, me besó. Esperé con ansia el primer 14 de febrero que festejaríamos con una cena en un romántico y lujoso restaurante. Para estrenar la noche, me probé muchos vestidos y el que más me gustó fue uno azul cielo con resortes en los brazos, cuello y cintura, y encajes color crema que formaban holanes que cubrían parte de la blusa y

de la falda.

La semioscuridad, un romántico fondo musical y su cautivadora sonrisa enmarcaron la entrega que me hizo de una cajita larga, envuelta con delicadeza. Contenía una pulsera plateada con tres perlas incrustadas. El primer símbolo de amor que recibía. En seguida, con timidez, pena y culpa por no envolver su obsequio más que con una bolsa de supermercado, le entregué su regalo. Un encendedor que recibí con gusto, entre comentarios jocosos sobre la singular envoltura utilizada para tan importante ocasión.

La velada transcurrió entre nubes, con la única conciencia de su presencia. Casi al final observé mi vestido. Destacaba de los usados por las otras mujeres que bailaban o conversaban animadamente con sus acompañantes. Con disimulo vi el mío, tantos resortes, encajes y holanes y, menos importante, pero igualmente llamativo, el color. De cualquier manera, si había cometido un error al elegirlo, ése no era momento para lamentarse. Disfruté igual el resto de la noche.

Las semanas transcurrieron y un viernes por la noche salimos solos a un bar. Envalentonado por los efectos del alcohol, me desafió a que pasara la noche completa con él.

Sí, me gustaría, pero ¿qué le digo a mi mamá? le pregunté.

La verdad. Que pasamos la noche juntos.

No me atrevo. A menos que vayas conmigo y tú se lo digas lo reté riendo.

Claro que sí voy. ¿A poco crees que me da miedo?

Ya sé que no y sí te creo capaz de hacerlo, pero ¿y si me corre de la casa?, ¿y si mañana ya te arrepentiste y no quieres ir a verla, a dónde me voy? ¿Estás seguro de que no te vas a echar para atrás?

No, no estoy seguro. Más bien creo que mañana podrían pasar dos cosas hablaba como si se tratase de una broma. Una, que me arrepienta y no hable con tu mamá, y dos, que enfrente contigo la situación y juntos la resolvamos.

Decidí pasar la noche con él. Llegado el momento, supe que la responsabilidad de afrontar los hechos era mía. Él no pudo evitar que

se notara su nerviosismo. Sugirió e insistió en que inventáramos un arresto ocasionado por alguna infracción con el coche. Estaba decidido a decir que había manejado en estado de ebriedad y que nos habían llevado a la delegación, donde pasamos la noche. Él hablaría con mi madre y, después, nuestras vidas seguirían su curso normal. No acepté. Independientemente de la decisión que él tomara y sin tener la menor idea de cómo resolvería mi situación, o a dónde me iría, me negué a regresar a la casa de mi madre. Fuimos juntos a hablar con ella y, con las manos vacías, sin que se me permitiera sacar nada personal, me fui con Plinio.

Él era un hombre casado con dos hijos, situación que nunca desconocí. No podía vivir con él, por lo que le pedí que me llevara con la única persona que, sin dudar, me haría un lugar en su casa: mi prima Lili, que estaba recién casada.

El lunes me presenté a trabajar con el temor de conocer una faceta diferente de la forma de ser de Plinio. En cuanto nos vimos, me pidió que entrara a su oficina. Su actitud y sus palabras fueron como un bálsamo: “En la tarde vamos a comprarte algo de ropa, y creo que cada quincena tendremos que hacer lo mismo hasta que tengas la necesaria. Te voy a dar algo de dinero para tus gastos y tenemos que ir pensando a dónde vas a vivir, porque no creo que sea bueno que te quedes en casa de tu prima”.

Desde ese momento asumí la total responsabilidad de mi persona. A la semana, me cambié a una casa de huéspedes para señoritas.

Llegó a su fin la incapacidad de su secretaria. Era una empleada muy eficiente, pero ya no había lugar para ella en el Departamento Legal, así que la transfirieron y ocupé su lugar.

Motivada por el amor, inicié un cambio de imagen. El primero de tantos que haría en los siguientes años. El primer paso fue bajar de peso. Guiada por un especialista, bajé diez kilos. Sin necesitarlo Plinio, y con ayuda de su voluntad inquebrantable, se adhirió a mi programa de alimentos. En los restaurantes no me dejaba pedir lo prohibido, él ordenaba por mí y rápido perdí el peso sobrando.

Acudí con un estilista que cambió el corte y color de mi cabello. Gran parte de mi guardarropa era hecho a mi medida y lo elegía él, quien tenía buen gusto.

Compró una televisión para que yo gozara de ciertos privilegios. Como le gustaba el squash y el ciclismo, íbamos a jugar ocasionalmente y me obsequió una bicicleta para que participara en los paseos ciclistas organizados por el gobierno del Distrito Federal, pero el deporte que lo apasionaba era la charrería. Tenía su caballo propio, en el que galopaba todas las mañanas por disciplina, sin importar lo temprano que tuviera que levantarse, ya que vivía en el estado de Hidalgo, en un rancho de su propiedad. Conocer a Plinio iba de la mano con aprender lo generosa que es la naturaleza. Hablaba de los beneficios de vivir en el campo; se enorgullecía cuando platicaba que cosechaba las frutas, verduras, legumbres y vegetales que consumía. Muchos domingos los compartí con él, su pasatiempo favorito era desayunar en algún pueblo cercano y después presenciar alguna charreada.

Él me enseñó que si alguna parte del cuerpo dolía, requería atención, y que las enfermedades no las curaba el enfermo, sino los médicos.

Por lo que respecta a mi vida familiar, ésta se nulificó desde que salí de la casa de Lili. Nadie sabía mi lugar de residencia. La comunicación telefónica con mi madre era esporádica. Ella y el resto de mi familia suponían que vivía con él porque desconocían que era casado.

Sin embargo, y a pesar de estas nuevas actividades, por demás satisfactorias, yo no vivía en paz. Sobraban motivos para quejarme. Los dolores de cabeza, espalda y muelas iniciaron, y con ellos, las primeras visitas al dentista para reparar el descuido de los años transcurridos. Pero mis quejas iban más allá, se referían a lo que me disgustaba de la casa donde vivía. Por lo que, apoyada por Plinio, me mudé a otra casa de huéspedes donde viví tres o cuatro meses. El lugar me volvió a disgustar y me cambié de nuevo. Contaba con

todo su apoyo. Él se encargaba de cubrir todos mis gastos, a cambio requería mi completa docilidad, que yo le daba sin que me causara ningún conflicto. Le entregaba, quincena tras quincena, el sobre que recibía producto de mi trabajo; aceptaba que él escogiera mi guardarropa, y cuando salíamos a comer, aun cuando yo ya no estaba a dieta, seguía eligiendo mi comida. Me demandaba también compromiso de atención y entrega en el trabajo. No entendía los descuidos involuntarios de mi parte ni mi ocasional falta de esmero. La entrega, con mayor razón, era reclamada fuera del horario laboral. Si yo iniciaba una actividad, la lectura de un libro, algún trabajo manual o cualquier otro tipo de proyecto, para él era incomprensible que no lo terminara. Si programaba una rutina y no la cumplía, consideraba una grave falta no tener una justificación válida. Era un hombre exigente y sus imposiciones a veces me cansaban.

El tiempo transcurrió y Plinio recibió una oferta de trabajo que, de entrada, duplicaría sus ingresos. Aceptó el reto, renunció, y yo con él. Me recomendó con un amigo suyo y entré a trabajar a una oficina que me brindaba la comodidad de un horario corto. Libres las tardes, más que insistirme, me urgió a que tomara clases de inglés. Me inscribí con la firme intención de hacer un esfuerzo para permanecer en clases dos bimestres por lo menos, pero sucedió algo que jamás hubiera yo considerado. El idioma me gustó y, sin que lo sintiera, los meses transcurrían y yo me afanaba en repasar. Tomé clases año y medio, durante el cual dediqué tres o cuatro horas, todas las noches, a estudiar para suavizar la dificultad que representaba prepararme. A pesar de mi empeño, aprendía para olvidar con rapidez lo aprendido.

Cierto día los representantes de una institución llamada Experimento de Convivencia Internacional, A. C., interrumpieron una clase para ofrecernos participar en un intercambio cultural en Estados Unidos. Sin dudarlo, pedí información e hice toda clase de preguntas. No pensaba en mí, sino en los hijos de Plinio. Cuando le mostré la información y le dije que la había pedido para sus hijos, volteó sonriente y preguntó:

¿No te gustaría ir a ti?

¿A mí? Claro que sí le contesté todavía incrédula , pero su-pongo que es un viaje muy caro.

Vamos a preguntar cuánto cuesta, qué se necesita y vemos si puedo pagarlo.

Cuatro meses más tarde, en septiembre de 1980, después de renunciar a mi empleo, viajé a Macon, Georgia, en Estados Unidos, acompañada de un grupo de estudiantes. Durante cuatro semanas me integré a la vida familiar norteamericana. El principal objetivo, para mí, era conocer un país diferente al que habitaba, no pensaba en hacer amistades ni en aprender un idioma.

Desde que inicié los preparativos, supe que estaba a punto de experimentar situaciones nuevas, diferentes a lo que conocía, y así fue. Llegué a un mundo nuevo, con personas cuyo único interés era compartir lo que tenían, sin esperar a cambio nada que no fuera amistad.

De repente, me sorprendía darme cuenta de que bromeaba con los compañeros de mi grupo con naturalidad, pero los prejuicios y complejos vencían y la dificultad para relacionarme se imponía. Además, pensar que Plinio me viera reír y bromear me causaba temor. Consideraba una grave falta relacionarme de esa manera con personas del sexo opuesto.

Cuando regresé a México, la percepción sobre lo que me rodeaba era distinta. La vida pesaba menos. Continué en contacto con el grupo de amigos mexicanos con los que viajé y, de forma esporádica, durante pocos meses intercambié alguna carta con la familia norteamericana que me dio hospedaje. Busqué empleo y con rapidez me reintegré a la rutina de un nuevo trabajo. Como si no fuera suficiente esfuerzo adaptarse a un nuevo trabajo, también

decidí cambiarme, una vez más, de casa.

Ese año, Plinio me obsequió aún más, nuevas y enriquecedoras experiencias. Viajamos juntos a Acapulco. Tomada de su mano conocí el mar. No sé qué recuerdo influye más en mis sentimientos actuales, si el de esa inmensidad, llamada mar, que me impactaba conocer, o la chispa de sus pequeños ojos traviosos, felices por compartir conmigo ese momento sublime. Con él conocí los estados de Guerrero, Michoacán, Guanajuato, Hidalgo y Veracruz. Le gustaba explicarme los hechos históricos de cada lugar. El gozo que experimentaba al viajar no se limitaba al descanso, era imprescindible aprender o enseñar para que se sintiera satisfecho.

Me introdujo al mundo literario. Mostraba orgullo al ver mi incipiente interés por la lectura, sin importar el género de mi preferencia. Así comencé por conocer las novelas en las que Sir Arthur Conan Doyle le dio vida a Sherlock Holmes. Leí sobre el detective Hércules Poirot, personaje creado por Agatha Christie. A través de los libros que él me recomendó, supe que, entre tantos otros filósofos, existió uno en la antigua Roma de nombre Cayo Plinio Cecilio Segundo, también llamado Plinio, el Viejo, tan estudioso y amante de las letras como de la naturaleza; practicante del orden ecuestre y de formación militar, cualidades también inherentes a mi Plinio, cuya inclinación por estas actividades me motivó a llamar así, en este libro, a quien fue mi primer amor.

También por él supe que existía un poeta chileno llamado Pablo Neruda y, cuando la ocasión era propicia, enmarcaba nuestra intimidad leyendo o recitando de memoria alguno de los muchos poemas que se sabía del señor Neruda.

Cuerpo de mujer, blancas
colinas, muslos blancos,
te pareces al mundo en tu
actitud de entrega.

Mi cuerpo de labriego
salvaje te socava
y hace saltar al hijo del
fondo de la tierra.

La relación con Plinio parecía ideal porque, como ya lo dije, mi carácter se mostraba dócil y se adaptaba a sus exigencias. Al principio, aceptaba de muy buena gana sólo lo que él estuviera dispuesto a darme. Cuando podía o tenía ganas de verme algún domingo o día festivo, yo lo recibía con los brazos abiertos, agradecida de su atención. Cuando no iba, ocupaba mis días en actividades manuales o estudiando. Con el paso del tiempo dejé de conformarme, necesitaba más su presencia y no la tenía.

Bullicio, alegría, juventud y locura caracterizaban las casas de huéspedes que habité y era fácil integrarme, aunque fuera de manera superficial o momentánea, al torbellino generado por algunas de mis veinte, treinta o cuarenta compañeras con las que compartí mi vida diaria.

Los días de pago seguía entregándole el sobre que contenía mi sueldo. Él lo recibía y, de su cartera, me daba lo que sabíamos que yo necesitaría las próximas dos semanas. Siempre fue más lo que él me daba que el dinero ganado por mi trabajo. Cualquier gasto extra que yo deseara realizar, estaba sujeto a su aprobación, y aunque mis necesidades personales estaban cubiertas al ciento por ciento, mi libertad económica estaba restringida por su criterio sobre los gastos que valía la pena realizar o no. Su generosidad se limitaba de forma exclusiva a mi persona. A mi madre llegaba el Día de las Madres y Navidad con muchas limitaciones. Nada más. Las pocas celebraciones a las que deseé asistir, fueran de oficina, de las compañeras con quienes vivía o de la familia, a la que veía una o dos veces al año, eran analizadas por él antes de que mi participación contara con su aprobación o con su rechazo. Sus exigencias comenzaban a molestarme.

Los problemas de mi exceso de peso estuvieron resueltos esos años. A su lado, también perdí la libertad para comer a mi gusto.

Nueve meses después de mi visita a Macon, Georgia, meses que transcurrieron entre disgustos y enojos porque me rebelaba ante el autoritarismo de Plinio, algunos de mis amigos del viaje anterior planearon viajar otra vez con el Experimento de Convivencia Internacional. Yo deseaba hacerlo también, así que una tarde le platicué a Plinio que mis compañeros se estaban organizando para salir juntos una vez más.

¿A poco te quieres volver a ir? me preguntó.

Pues sí, me gustaría, pero sé que eso no es posible.

¿Por qué no?

Porque es un viaje muy caro.

Sí, pero si puedo pagarlo, no importa que sea caro. Es más, vamos ahorita mismo a pedir información.

El esperó en el coche y yo fui a pedir informes. A los pocos minutos regresé al auto.

¿Qué pasó? preguntó al ver mi cara triste.

Ya no hay lugar le dije con tono de desilusión.

¿Cómo? ¿Quieres decir que ya no hay sitio para ningún lugar? Aunque no sea a Macon, puedes ir a otra parte.

No, ya cerraron las inscripciones. Sólo hay lugar para la escuela de inglés y ahí los cursos son de tres meses más el homestay. Es mucho más caro.

¿Cuánto es más caro?

Ni siquiera pregunté.

Pues vamos a preguntar dijo mientras se bajaba del coche.

La universidad que aún tenía lugar estaba en la ciudad de Brattleboro, Vermont, muy cerca de la frontera con Canadá. Para hacer el viaje más atractivo, la escuela ofrecía visitas opcionales a Nueva York, Boston y Montreal. Las inscripciones se cerrarían un mes más adelante, por lo que Plinio me dijo: "Me van a dar mi primer bono de productividad en este mes; en cuanto me lo den, vemos si alcanza

para tu viaje”.

Nunca olvidaré la tarde en que llegó por mí, subí al coche, vol-teó sonriente a verme y, mirándome fijamente con sus pequeños ojos brillantes de emoción, preguntó:

¿Qué crees que traigo aquí? dijo, colocando su mano sobre la bolsa de su pantalón.

No sé le contesté.

Imagínate.

No sé, no tengo idea.

Mira me dijo al mismo tiempo que sacaba un grueso fajo de billetes y lo sacudía frente a mis ojos, el dinero para tu viaje. Hoy recibí mi bono.

Ese mismo día liquidamos el curso, incluida la visita a Nueva York y Montreal. Poco después renuncié a mi trabajo para organizar con calma mi próximo viaje.

El campus estaba en medio del bosque, a diez kilómetros de Brattleboro, la población más cercana. Llegué antes de empezar el otoño, cuando las hojas de maple aún son lo suficiente fuertes para resistir los ataques del agua y del viento y permanecen sujetas con firmeza a los árboles que les dan vida. Con el paso de las semanas, los hermosos tonos se van transformando, las hojas cambian de rojas a anaranjadas, de anaranjadas a amarillas, y cuando se comienzan a secar, adquieren un tono café que sólo la naturaleza puede crear. Ser parte de este cuadro, amanecer en él, fusionarme con este paisaje, me sedujo. No me comporté como vi que la mayoría de mis compañeros lo hizo, con el desenfreno característico de la juventud. Ellos bebían, se acostaban con chicas y chicos. Yo me aislé y en ese aislamiento vislumbré un poco de la in-mensa y dolorosa carga que había dentro de mí.

En el salón de clases platicábamos sobre nuestra forma de vida en el país de donde procedíamos. A mí me tocó que una compañera alemana, Gini, me entrevistara. Eligió el tema familiar, sus preguntas

se centraron en mis memorias infantiles, sobre la relación con mis padres en mis primeros años de estudio; quería que hablara sobre los buenos y malos recuerdos. No sé cuáles fueron mis respuestas, sólo sé que lloré, lloré y lloré. Después lloró ella; por momentos los ojos de mi maestra y de mis otros compañeros despedían un brillo ocasionado por las lágrimas ocultas. No mencioné los abusos sexuales de que fui objeto. La entrevista terminó y Gini se levantó de su lugar, se acercó a mí, me abrazó y pidió perdón por haberme hecho recordar, sin desearlo, situaciones dolorosas.

A mitad del curso visitamos Nueva York y después Montreal. Los paseos me encantaron, como el día en que atravesaba la isla de Manhattan, en una lancha que me aproximaba a la Estatua de la Libertad. Estaba tan emocionada que, en cierto momento, me percaté del golpeteo de un tambor. Al buscar de dónde provenía el ruido, me di cuenta de que era mi propio corazón lo que escuchaba. También en Nueva York sentí la necesidad de aislarme del grupo de compañeros con los que viajaba. Sola, sin dar mucha importancia a las recomendaciones de mis compañeros, visité Central Park y Greenwich Village.

La visita a Montreal fue de dos días, recorrimos sus calles y conocimos el estadio olímpico.

A lo largo del curso hubo dos personas que mostraron especial interés en mí. Un chico moreno que resultó ser un príncipe africano y al que traté con desprecio por su insistencia en querer mantenerse cerca de mí. La otra persona era un hombre alto, robusto, con barba y bigote que, en las tardes, aparecía dondequiera que yo estuviese: en el bosque, en la biblioteca, en el comedor o en las salas de juego. Me abordaba de manera inteligente y me agradaba su compañía, hasta el momento en que me sentí intimidada por su presencia y decidí esconderme cada vez que lo veía.

Me enamoré de un chico japonés, Shu. La última semana del curso salí a cenar con él y un pequeño grupo de compañeros. Shu era muy amable y respetuoso, tal vez eso me atrajo de él, pero sabía

que tenía novia y sabía que en México me esperaba Plinio.

El reinicio de la rutina a mi regreso a México fue cargar de nuevo un peso más grande que yo misma. El disgusto y la inconformidad ante todo lo que me rodeaba predominaron en mis sentimientos y culpé por ello a Plinio. Pensé que esos sentimientos se originaban, en gran parte, por nuestra relación, por el hecho de que era casado, por vivir una doble vida. No sabía exactamente qué me pasaba, pero sí que era el momento de terminar, aun cuando todavía lo amaba. Estaba agradecida de que me hubiera dado la oportunidad de viajar y conocer lugares que ni él ni su familia conocían. Era inteligente y, por las discusiones y enfrentamientos que tuvimos el último año, aceptó que era el momento de despedirnos. Respetó mi decisión y desapareció de mi vida.

EL REENCUENTRO

Acudí a abrir la puerta, y el vecino que tocó dijo, al mismo tiempo que señalaba la casa de al lado: “Te buscan, dice que es tu primo”. Puse cara de duda y atravesé el patio para mirar al primo que, al parecer, se escondía. Era 1982.

¡Felipe! dije con sorpresa, ¿cómo estás? ¿Qué haces aquí? ¿Cómo supiste que vivimos aquí?

Hola, Rosa. Te he buscado mucho tiempo. Mi abuela me dijo que mi tía y tú vivían en esta colonia.

Pasa, pasa. ¡Qué sorpresa! ¿Cómo está mi abuelita? le pregunté con cierta vergüenza, ocasionada por el recuerdo de la última vez que la visité, varios años atrás.

Ya murió, pero sabía que vivían por aquí y, antes de morir, me pidió buscarlas, a mi tía y a ti. Desde entonces, cuando puedo, recorro la colonia y pregunto y, mira, al fin doy con ustedes. Mi tío Ernesto quiere verte. Ha cambiado mucho estos años, se juntó con una señora y tienen tres hijas, pero cada vez que voy a verlo, porque vive en Cuautla, me pregunta si ya te encontré.

Hablamos toda la tarde. Supe el camino que recorrió para dar con nosotras. Preguntó por mi madre, que en ese momento se había ido a trabajar.

Me sorprende mucho verte y me da gusto le platicué. Hace pocos meses regresé a vivir con mi mamá. Me fui de la casa algunos años, todo por un novio que me traía arrastrando la cobija, pero ya estoy aquí otra vez. ¿Sí sabes que vivimos con el esposo de mi mamá, verdad? Porque ella también se juntó hace años con alguien.

Sí, mi abuelita Mary me dijo.

¡Ah!, pero también vive con nosotros Lili, sobrina de su esposo. Ella y yo andamos juntas para todos lados, así es que ella irá conmigo el día que vaya a ver a mi papá, ¿no importa, verdad?

Claro que no.

Acordamos que visitaría en pocas semanas a mi padre; Felipe me llevaría a su casa.

UN NUEVO AMOR, MANOLO

Un año antes, cuando terminamos Plinio y yo, fui contratada para trabajar en una compañía reaseguradora. La depresión me impedía moverme en las tardes y los fines de semana. Los dolores de cabeza continuaron, los de espalda se hicieron más notorios y los problemas digestivos se tornaron serios. No obstante las enseñanzas de Plinio, me automedicaba sin acudir al doctor. Su ausencia dejó en mi vida un hueco muy grande. Alguien me dijo: "Un cla-vo saca otro clavo, búscate un novio o sal con alguien y verás qué rápido lo olvidas", pero yo no deseaba otro novio, yo lloraba por él. Sentía como si estuviese dentro de un círculo vicioso. No podía vivir lejos de él, pero tampoco cerca.

Tenía dos meses en el nuevo empleo, cuando un anuncio atrajo mi atención: "Se solicita secretaria bilingüe a nivel dirección. Excelente sueldo". La solicitud provenía de una empresa forestal. Probé suerte y fui aceptada.

En esa compañía conocí a Manolo. Su carta de presentación era la alegría. Poseía un carisma que le abría las puertas para obtener lo que deseara. A diario llegaba de buen humor y saludaba de mano a uno por uno de sus compañeros. Relacionarse amistosamente con cada persona cercana a él, era una característica suya. Su risa se escuchaba como eco en toda la oficina y, al oír lo que decía o sus carcajadas, muchos volteábamos a vernos y sonreíamos, entre nosotros, haciendo algún comentario alusivo a su permanente buen humor. Lo mismo comía con los socios que con los mensajeros. Para mí siempre tenía una palabra bonita, un halago, un comentario alegre, una mirada sonriente. Su contagiosa risa me hacía olvidar lo

acartonado del papel que desempeñaba como secretaria de uno de los socios. Desde que lo conocí me acerqué a él por su franqueza y sencillez. Cuando un año después de conocerlo me relacioné sentimentalmente con él, mi vida encontró un nuevo sentido. Yo era trece años menor que él y muchas de sus actitudes me invitaban a acercarme y entregarle, gradualmente, mi confianza.

A finales de 1982 volví a viajar; esta vez, con mis propios ahorros, visité Oahu. Arreglé este viaje nuevamente a través del Experimento de Convivencia Internacional y permanecí en tierras hawaianas cuatro semanas.

La necesidad inexplicable de permanecer cerca de mi madre, a pesar de tantos problemas, me orilló a regresar de nuevo a su casa cuando el viaje concluyó. Poco después busqué a Lili, quien por diferencias irreconciliables, se separó de su marido y se fue a vivir con nosotros. Más adelante entró a trabajar a la misma empresa forestal en la que yo trabajaba. Así que vivíamos y trabajábamos juntas cuando inicié mi relación con Manolo y cuando Felipe me encontró.

El tema de los viajes que realicé al extranjero también lo trabajé en las terapias. Una extraña sensación de ausencia de los mismos, era el sentimiento que me invadía al pensar en ellos. Como si no hubiera sido yo quien los hizo. O como si hubiera acompañado a alguien y mi presencia hubiese estado en un segundo plano o en una tercera dimensión. La doctora me explicó que era una manera de negarme a esa realidad. Yo misma no me creía merecedora de disfrutar y, de forma inconsciente, creé la sensación de ausencia o de segundo plano para bloquear el gozo y aprendizaje que los viajes me aportarían. Incluso, en el transcurso de los años he observado que me refiero poco a ellos. Cuando lo llego a hacer, veo sorpresa en la reacción de mi interlocutor. Las respuestas que me parece haber escuchado más son: “¿A poco has viajado? ¿Por qué nunca lo habías platicado? ¡Nunca me imaginé que tú conocieras ese lugar!” Estas contestaciones reflejan la poca importancia que, sólo en apariencia,

he concedido a dichos viajes.

El día que me reencontré con mi padre iba acompañada de Felipe y de Lilí. Al bajar del camión, que nos dejó a pocas cuerdas de su casa, Felipe señaló una calle empedrada y cuesta arriba para mostrar por dónde encaminaríamos nuestros pasos. Iba a decir algo, pero las palabras se ahogaron en su garganta para expresar con voz clara y fuerte:

¡Míralo, ahí viene!

¿Ahí viene quién? le contesté.

Pues mi tío Ernesto, ¿quién más?

Volteé hacia donde él indicaba y sólo distinguí, cegada por la luz del sol morelense, la figura de un corpulento hombre que caminaba hacia abajo, brincando las piedras. Era la misma silueta que yo recordaba, con la misma forma de caminar. Su ancha espalda y su deforme y enorme brazo izquierdo cubierto por una guayabera no dejaron lugar a dudas de que se trataba de mi padre.

Al acercarnos lo vi más viejo, su piel más morena y arrugada, chimuelo, canoso. Rodeó mis hombros con su brazo sano y sus ojos se llenaron de lágrimas. Yo lo abracé también, más como una simple respuesta a su saludo, que por deseo propio. Mientras sentía sobre mi espalda su fuerte abrazo, pensaba que sus lágrimas eran fingidas: “¡Tanto me quiere que nunca estuvo cerca de mí!” Mi infancia y los años de abuso regresaron de golpe, en un tumulto de emociones e internamente, visible sólo a través de mi frialdad; lo culpé.

Después de esa primera vez, regresé muchas veces a verlo. Su situación económica era muy precaria, lo que no le impedía ofrecerme de comer lo que se me antojara. Su mujer y mis hermanas nos recibían a Lilí y a mí alegres y contentas todas las veces que los visitábamos. Yo era soberbia, sentía que era lo menos que podía hacer para reparar su ausencia.

Cuando venía a la ciudad, me hablaba y nos encontrábamos para comer algo o tomar un café. Uno o dos años después de nuestro

reencuentro, solicitó mi apoyo económico. Yo ganaba poco y la preocupación de no poder auxiliarlo me ponía nerviosa. Hablé con mi madre y le pedí ayuda para él. Como respuesta, sacó el dinero y me dijo: "No te lo presto, te lo regalo, pero cuando se lo des pregúntale cómo se atreve a pedirte lo que siempre te negó. Pregúntale si ya se le olvidó, porque yo lo tengo muy presente". Le entregué el dinero a mi papá sin decirle que provenía de mi madre y algo se rompió dentro de mí. Tuve miedo de que se convirtiera en una carga más, de adquirir otra responsabilidad. Opté por acabar con nuestros encuentros. Era la solución más fácil, la única que vislumbré. Él me llamaba, mis hermanas me llamaban y ni siquiera me atrevía a contestar el teléfono. Enterré por inconsciencia uno de los más valiosos lazos que unen a la humanidad: el de padre-hija.

Transcurrieron cinco o seis años. Un sábado o domingo, o tal vez un día festivo, soñé que mi papá me visitaba y, mientras desayunábamos, conté mi sueño a Lilí y a mi mamá. Ellas intercambiaron una mirada, no contestaron y cambiamos de tema. Pasaron quince días y, al llegar a casa, mientras estacionaba el coche, mi madre tomó una actitud muy seria y dijo:

Tengo algo muy importante que decirte.

Volteé inmediatamente y mi respuesta surgió de la nada.

Se trata de mi papá, ¿verdad?

¿Cómo sabes? contestó sorprendida.

No sé, me lo imagino. Tal vez por tu seriedad, ¿está enfermo?

No. El día que lo soñaste, muy temprano en la mañana, me habló Felipe por teléfono para decirme que un día antes lo habían sepultado. Se lo llevaron a Guerrero, a la tierra de su mujer. No te lo quise decir porque ya ni siquiera su cuerpo estaba aquí, ¿para qué te mortificaba?

No lloré su muerte. No he llorado su muerte. Tal vez un día lo haga. En aquel tiempo mis sentimientos respecto a él seguían confusos. Sé que me quiso y sé que trató de reparar nuestra relación, pero yo estaba muy dañada por su ausencia, por la ausencia de mi madre,

por el abuso de Salvador. A la fecha, de mi familia paterna sólo veo a Felipe una o dos veces al año.

Mi relación con Manolo continuaba, a escondidas de mi madre. La sensatez para equilibrar nuestras diferencias provenía de él. Era caballeroso y atento. Mi romance era conocido en la oficina y por las pocas amigas que tenía. A finales de 1984 se presentó la oportunidad, a través de él, de comprar un departamento de interés social en Cuautitlán Izcalli. Cuando lo compramos, pensé que lo ocuparíamos algún día en un futuro lejano, pero no fue así. Una discusión que tuve con mi mamá fue el pretexto para echar la ropa al coche, salirme de su casa e instalarme en mi nuevo departamento.

Lilí también tuvo oportunidad, en esa misma época, de comprar su casa por el rumbo de Cuautitlán. Se embarazó y nació José Carlos. Con él vino un cambio de trabajo. Primero yo dejé la compañía forestal; meses después, ella. Más adelante, las dos trabajaríamos juntas nuevamente en una institución bancaria.

En mi departamento fui muy feliz, muchas veces acompañada de Manolo, otras, de Lilí y José Carlos; menos veces aún, acompañada de una que otra amiga, de alguien de mi familia o de vecinos.

La experiencia de esta nueva situación me trajo estabilidad emocional, favoreció mi salud mental. Las pocas veces que ocurría algo desagradable e inesperado, el carácter alegre de Manolo mediaba la situación y todo volvía a la normalidad.

LA LOCURA

Era un día de 1989, cuando Lilí marcó mi extensión para preguntar si sabía a dónde había ido mi mamá. Necesitaba hablar con ella y la había buscado varias veces por teléfono, sin obtener respuesta. Contesté que no sabía y ofrecí marcar el teléfono hasta que me contestara.

Más tarde, recibí la llamada de una vecina de mi mamá, quien después de un rápido saludo, dijo: “Manita, te llamo porque algo grave está pasando en tu casa. Ayer tu mamá le dijo a tu abuelito que se saliera y lo dejó entrar hasta la noche. Se han estado oyendo ruidos raros. Dice tu abuelito que tu papá está como loco. No hemos podido hablar con tu mamá cuando se asoma a la reja, y ya le llamamos por teléfono y no contesta. Necesitas venir con urgencia”.

La voz de mi vecina reflejaba una gran preocupación y exigía mi presencia en la casa de mi mamá. Le platicué a Lilí sobre la extraña llamada que acababa de recibir.

Ese día mi coche no circulaba, por lo que utilicé el transporte público. Llegué a la casa de mi madre como a las ocho de la noche. Antes de entrar, fui alcanzada por mi abuelito, quien empezó a explicar con ansiedad: “Salvador se volvió loco. Me da miedo que le haga algo a tu mamá. Ya rompió la tele, las figuras de porcelana. ¡Está muy mal! Pero ya ves, tu mamá es renecia, me corrió y ora está encerrada con él en la casa”.

Yo lo escuchaba mientras me aproximaba con lentitud a la puerta de entrada. La vecina que me habló por teléfono salió a mi encuentro: “¡Qué bueno que llegaste! Urge que entres. Tu papá se salió ayer en la noche, desnudo, a hacer del baño a la mitad de la calle. ¡Pobrecita de tu mamá, la hubieras visto! Estaba muy angustiada, lo jalaba y le decía que se metiera, que estaba desnudo, que ahí no podía hacer del baño, pero él no entendía. No nada más lo vi yo, pero, la verdad, no me atreví a decírtelo por teléfono. Don Darío dice que ya rompió

la tele y las figuras de porcelana, y me da miedo que le haga algo malo a tu mamá. Entra, y si necesitas ayu-da, nos gritas. Hemos estado al pendiente todo el día y aquí vamos a seguir. ¡Ten cuidado!

Entré con miedo a la casa y busqué con la mirada a mi mamá. Observé que sus facciones demostraban la fuerte tensión en la que había vivido las últimas horas. Vi su entrecejo fruncido, los ojos hinchados de llorar, su barbilla temblando. Parecía haber bajado de peso. Al verme, se acercó y en voz baja dijo: "Por favor, enciérrate. Pase lo que pase, oigas lo que oigas, no salgas de tu recámara. Ahorita que entre mi papá, le dices lo mismo, que se encierre en su recámara y que no salga, pase lo que pase", repitió para enfatizar. Lo que dijo y su tono de voz me preocuparon aún más. Recorrí con la mirada la estancia y, en efecto, faltaba la televisión y algunas figuras de porcelana. Salvador no estaba, por lo menos a la vista. Dejé mis cosas sobre una silla a la entrada y, dudosa, me encerré en la que seguía siendo mi recámara cuando iba de visita.

Al poco rato, Salvador y mi mamá pasaron cerca de la puerta. Escuché la fuerte y agitada respiración de ambos, los ruidos del roce de su ropa y zapatos al forcejear y trastabillar, los golpes que alguno de ellos se daba contra la pared. Mi mamá gemía y, con voz chillona, más que decirle, le rogaba que se calmara. Mi corazón palpitaba con fuerza y pegaba más mi oreja a la puerta de madera, como si quisiera ver, a través de la oreja, lo que estaba sucediendo del otro lado de la pared.

El habló y la piel se me enchinó. "¿Qué es eso?", pensé. No oí la voz que conocía, era una voz gutural, pasmosa, diferente. Un rato más escuché a mi mamá llorar, chillar, rogar, forcejear. Me armé de valor y decidí salir para ver lo que en realidad sucedía.

No era el Salvador que yo conocía. Los ojos parecían dos bolas a punto de botarse de la cuenca de los ojos, los párpados inferiores eran grandes bolsas moradas a los lados de la nariz, y las mejillas se veían chupadas, los pómulos antes ocultos ahora eran pómulos salientes. Estaba demasiado pálido.

Me quedé petrificada, sin reaccionar. Cuando él me vio, pasó de la sorpresa a la burla. Sus ojos saltones me miraban al mismo tiempo que decía: "A ti, a ti te estaba esperando, sabía que ibas a venir". Acto seguido, fuera de toda lógica, cambió el tema y empezó a decir muchas cosas de su vida que no tenían sentido, mezclaba situaciones que nosotras conocíamos con nombres de personas desconocidas. Por instantes se aquietaba y de súbito nos agredía a gritos, con palabras y movimientos amenazantes. Con esa actitud, por momentos se acercaba a nosotras y de repente se alejaba riéndose a carcajadas, sin motivo aparente.

En el intento de mantenernos alejadas de él, fuimos acercándonos a su recámara, a la misma donde años antes lo había sorprendido besándose con Regina. Tenía una fuerza extraordinaria en esos momentos, nos aventó a mi madre y a mí hacia el interior y con su cuerpo bloqueó la puerta para impedir que huyéramos.

Perdí la noción del tiempo que estuvimos los tres en el interior de la recámara, pudieron ser quince minutos o dos horas, aunque eso era lo de menos, el tiempo parecía estar detenido. Salvador se dirigió a mí diciendo, palabras más, palabras menos: "Te odio. Siempre te he odiado, no sabes cuánto. ¿Sabes? Te voy a quitar a tu madre, he logrado quitártela hasta ahora, pero no es suficiente, te la voy a quitar para siempre. Nunca la vas a tener, siempre va a estar de mi lado". Lo mirábamos asustadas y, por momentos, lográbamos mantenernos fuera de su alcance para evitar ser empujadas o salpicadas por su saliva cuando hablaba. Entre las cosas que decía, mencionó algo más que sentí que no era incoherencia, sino realidad: "Te dañé, te perjudiqué, pero te lo merecías, contigo me cobré lo que tu madre me hizo". Terminaba de decir algo e iniciaba de inmediato una idea distinta: "¿Saben? Yo siempre quise ser actor y nunca tuve la oportunidad que tanto deseé, pero vean como actúo, ahorita estoy actuando y ustedes son mi público y se reía a carcajadas. Ésta es mi mejor actuación y ustedes ni cuenta se dan. Jajaja". No me cabía la menor duda, ¡se había vuelto loco!

En determinado momento se descuidó, se alejó de la puerta y salió rápido. Lo primero que se me ocurrió fue atravesarme a la casa de la vecina. Me había ofrecido ayuda y la necesitábamos. En estado de completa alteración nerviosa, le pedí prestado su teléfono y marqué al primer número de urgencias que localicé: “Señorita, el esposo de mi mamá se volvió loco y está muy violento. Necesito que manden a dos o tres personas con mucha fuerza física para detenerlo porque él es muy fuerte y una sola persona no lo va a poder controlar le dije a la persona que me contestó, haciendo hincapié en estas últimas palabras . ¡Ah!, y por favor no vayan a llegar con la sirena puesta porque se va a dar cuenta”, finalicé. Una sirena de ambulancia en la quietud de la colonia llamaría la atención, y mi madre con facilidad se daría cuenta de que yo había solicitado ayuda. Colgué y esperé en la banqueta, fuera del garaje, a que llegara la ambulancia.

Los minutos transcurrían lentos. Me di cuenta de que temblaba, de frío y de nervios. De repente escuché a lo lejos el ulular de una ambulancia, aun cuando pedí que no la prendieran. Me preguntaba cómo reaccionarían los dos al darse cuenta de que había pedido ayuda, cuando oí los gritos de Salvador y la voz de mi mamá que corría detrás de él:

Salvador, ¡detente! ¡Espérame!

Tú me traicionaste se dirigía a mí , pero no vas lograr deshacerte de mí, no vas a lograr que me encierren.

Corrí asustada a la mitad de la calle y, desde ahí, a través de sus gestos, de su mirada, de su tono de voz, percibí el odio que sentía por mí. Pensé que si me alcanzaba, me golpearía, tal vez hasta matarme.

Llegó la ambulancia y bajaron de ella dos muchachitos, jóvenes, delgados, parecían adolescentes en desarrollo. Al verlos, fuera de toda razón les reclamé llorando: “Pedí que mandaran a personas fuertes, ¿por qué vinieron ustedes? No van a poder con él, es muy fuerte”. Me ignoraron y entraron al patio con determinación. Desde el interior de la casa él nos invitaba, a ellos y a mí, en tono amenazante y con movimientos de manos, a que nos atreviéramos a entrar para

que viéramos lo que nos podía pasar y, delante de él, en actitud protectora, estaba mi madre bañada en lágrimas. Angustiada, me reclamaba que hubiera tenido el atrevimiento de pedir ayuda: “¿Por qué lo hiciste? Te pedí que te metieras a tu re-cámara. ¿Por qué no me hiciste caso?”

Uno de los paramédicos se acercó lo suficiente para recibir una patada de Salvador, se alejó y, de nuevo, entre los dos reiniciaban su intento por alcanzarlo, por someterlo, poniendo cada vez mayor distancia entre ellos y él. Cuando Salvador se dio cuenta de esto, con la confianza de que no se acercarían a él, se dirigía sólo a mí: “Atrévete a volver a entrar a la casa y te voy a matar, ahora sí te voy a matar”.

Mi madre, al escucharme suplicar a los jóvenes de la ambulancia que no desistieran en su intento por llevárselo, se indignó, y con tono imperativo me exigía entrar a la casa, mientras con las manos corría a los jóvenes y se ponía de escudo para impedir que se le acercaran.

Aun cuando la luz del patio estaba apagada, la de la estancia y la de la calle alumbraban. Era de madrugada y todo lo que hablábamos se oía con claridad varios metros alrededor nuestro. De repente, se encendía la luz de alguna casa y la apagaban de inmediato. Se veían sombras cerca de las ventanas, y cortinas que se movían en la oscuridad.

Cansados de intentar acercarse a Salvador sin que los golpeará, los jóvenes decidieron retirarse. Aterrada de que se fueran, porque se llevaban mi única esperanza de recibir ayuda, les pedí que me llevaran: “¿A dónde me pueden llevar? —les pregunté—. ¿Me pueden llevar a Cuautitlán? Por favor, pero no traigo dinero mi dinero se había quedado en la silla de la entrada de la casa con mi bolsa, mi suéter y mis cosas personales, no traigo ni un quinto. Si alguien me puede prestar dinero, allá les pago; si no, les prometo que yo los busco mañana para hacerlo, pero, por favor, llévenme de aquí”.

Aceptaron llevarme, me cobraron una importante cantidad, tal como lo ameritaba el servicio que solicitaba, considerando la hora. No pensé en el riesgo de subirme sola en una ambulancia con dos

desconocidos. El estado de crisis me impedía pensar en algo que no fuera la forma de huir de ahí.

Cuando alrededor de las dos o tres de la madrugada llegué a la casa de Lili, ésta se asustó al ver mi apariencia. Traté de explicarle lo que sucedía, sin lograr que me entendiera. Pagó a los muchachitos de la ambulancia, y a su regreso me encontró escondida detrás de la cortina del baño dando rienda suelta al llanto que, a duras penas, reprimí durante el trayecto a su casa. Esa noche mi tía Lola estaba con ella. Al oír el escándalo se levantó y preguntó qué pasaba. Lili contestó con determinación: "Nada, no te preocupes, no pasa nada". Cerramos la puerta del baño y yo, arrinconada entre la cortina del baño y la pared, gritaba, sin mayor explicación, que estaba loco, que se había vuelto loco.

Al día siguiente fui a trabajar. La vecina me habló por teléfono para reclamar con franca molestia el atrevimiento que tuve de ir-me y dejar sola a mi madre. Ella no justificaba mi actitud, que tachó de cobarde. Le pasó el teléfono a mi abuelito, quien también me reclamó por haber dejado a mi madre sola con Salvador: "¿Cómo te atreviste a dejarla sola? Ella te necesita". Me sentí culpable y egoísta, pero el miedo de que Salvador me dañara era más fuerte que la voluntad de ayudar a mi madre. Además, si ella quería morir, era asunto suyo. Yo no quería morirme. "Hice lo que pude", pensaba, para justificar el sentimiento de culpa.

La calidad de mi trabajo era ínfima. No me concentraba, estaba ajena al trabajo mismo. Me obsesionaba la idea de que mi madre no se diera cuenta de que necesitaban ayuda. Durante tres días sólo estuve en comunicación con mi vecina, quien me informaba que todo seguía igual.

Finalmente, mi madre llamó para decir que, como ya no podía

más, lo había llevado al doctor, quien lo remitió a otra clínica. Me dijo dónde estaban y salí de la oficina lo más rápido que pude para alcanzarla un poco más tarde.

El letrado de Hospital Psiquiátrico me indicó que estaba en el lugar correcto. Localicé a mi madre y, después de un rato, nos pidieron que pasáramos unos momentos con el doctor a cargo de atender a Salvador. Nos ofrecieron asiento e iniciaron las preguntas para llenar el expediente. A grandes rasgos recuerdo lo siguiente:

¿Ingiere alcohol el señor Salvador? preguntó el doctor.

No, doctor, él odia el alcohol, no soporta ni su olor, no es capaz de tomarse ni una copita de rompope aunque sea Navidad escuché a mi madre contestar a la pregunta hecha por el médico. Eran las mismas palabras, con el mismo orgulloso tono de voz con el que tantas otras veces había mencionado lo mismo a tantas otras personas.

¿Consume alguna droga?

Se hizo un silencio en la habitación, como si mi mamá dudara de la respuesta que iba a dar.

¡Dile, mamá! Cuéntale la verdad al doctor. Necesitas decírsela para que lo atienda adecuadamente dije con tono exigente.

Bu... bu... bueno... sí, doctor contestó ella titubeante y más bien obligada por mi insistencia.

¿Qué clase de droga?

Otro silencio. Mi mamá se negaba a contestar.

Señora Regina le dijo el doctor, el señor Salvador presenta un cuadro de esquizofrenia bastante avanzado, y si usted no me dice la verdad, no vamos a poder ayudarlo. No va a pasarle nada malo a usted ni a él, ni a ninguno de su familia por lo que usted nos diga. Tenga la seguridad de que la información que nos dé será usada para el único propósito de ayudar a su marido. Es información confidencial, nadie fuera de la clínica se enterará de sus palabras.

Fuma marihuana, doctor se atrevió por fin a decir mi mamá.

¿Consume algún otro tipo de droga?

Pues... pues sí, doctor volvió a balbucear mi madre.

¿Cuál?

Cocaína, pero muy pocas veces, doctor. Casi nunca.

No pude evitar demostrar la sorpresa que me causaban sus palabras. Volteé a verla y, sin ocultar mi asombro, le pregunté:

¿Salvador consume cocaína? Y tú lo sabías, mamá... ¡tú lo sabías! le reclamé con tono incrédulo.

¿La señorita es solamente hija de usted, señora? preguntó el doctor.

Sí, doctor.

¿Qué edad tenía su hija cuando usted se casó con el señor Salvador?

Siete años, doctor.

Cuando usted se unió a él, ¿ya consumía droga?

Sí, doctor.

¿No pensó usted en el daño tan grande que podía ocasionarle esa unión a su hija?

No, doctor, la verdad no lo pensé. No creí que fuera tan grave balbuceé quedamente, apenada.

La plática continuó. El doctor hizo otras preguntas que he olvidado. Mi mamá me pidió que saliera del consultorio y así lo hice. Supongo que hablaron de cosas más graves que ella prefirió guardar en secreto.

Después, por ella misma me enteré de que, esa mañana, Salvador había golpeado al doctor de un consultorio cercano a la casa, donde, en primera instancia, mi mamá lo llevó. El doctor, enojado, le exigió que se lo llevara de ahí. Así fue como llegaron al Seguro Social. También me enteré de que, al entrar a la clínica, tiró un archivero, aventó expedientes y agredió a algunos pacientes y trabajadores. Entre enfermeros y doctores lograron someterlo, le inyectaron un tranquilizante y lo trasladaron al psiquiátrico.

Platicaba esto mi madre cuando vimos que dos personas sacaban en camilla a Salvador para trasladarlo de área. Tenían que pasar por donde estábamos. Él venía con los ojos abiertos. Mi mamá vol-

teó hacia mí: “Quítate de aquí, escóndete, que no te vea”, me dijo. Busqué algún lugar para ocultarme, pero no vi ninguno. Él me vio y, con un brusco movimiento, se tiró de la camilla e intentó correr hacia nosotras. Los enfermeros trataron de agarrarlo y comenzó a golpearlos, otros enfermeros o doctores corrieron a ayudar y sólo recuerdo que se necesitaron cuatro o cinco personas para volver a sujetarlo a la camilla y llevárselo.

Estuvo internado alrededor de mes y medio. De su familia sólo se enteró Lili, y eso porque yo se lo platicué. A pesar de la presión tan fuerte a la que estuvo sometida mi madre, tanto por el padecimiento de Salvador como por mis reclamos, sostuvo la decisión de mantener en secreto la enfermedad de su esposo. Durante esas semanas no lo vio; visitaba la clínica dos veces a la semana para saber si se ofrecía algo. Ella nunca se enteró de que yo estuve preguntando por su salud a Susana, enfermera de la Unidad Psiquiátrica, quien, por coincidencia, era sobrina de la compañera de trabajo de más confianza de mi mamá. Susana pensaba que Salvador era mi papá y, para mantenerme informada de una manera real, me platicó de la camisa de fuerza que tuvo que usar y los baños de chorros de agua fría dirigidos a él a través de una gran manguera, para controlarlo. Por supuesto, cuando mi mamá le preguntaba por él, sólo le decía que estaba recuperándose.

No estuve pendiente de su salud porque me interesara su recuperación, sino por otras dos razones muy diferentes. La primera, porque siempre sentí que si a él le pasaba algo, mi mamá moriría y yo no deseaba que muriera, y la segunda, porque en el fondo, y a pesar del miedo que sentía de que a mi mamá le pasara algo, yo deseaba que él muriera, o que se quedara permanentemente internado en esa clínica o en otra, me daba igual, pero alejado del mundo, en el infierno de su locura. A mis ojos, el hecho de que su mente lo torturara y de que se diera cuenta de esta tortura en sus ratos de lucidez significaba que estaba pagando con la misma moneda, sólo un poco, las torturas e infiernos en los que me hizo vivir.

Durante el tiempo que estuvo internado, dejé mi departamento de Cuautitlán Izcalli y viví en casa de mi madre para hacerle compañía. Una noche, alrededor de las ocho, nos hablaron porque lo trasladaban a su clínica familiar. Ese mismo día, antes de las once, lo dieron de alta. Le entregaron a un ser pasivo, carente de voluntad, inexpresivo, con la mirada perdida. En esas condiciones, ignorando mi presencia aun cuando estaba a unos cuantos pasos de él, nos fuimos los tres a la casa. Al día siguiente regresé a Cuautitlán Izcalli y mi mamá se las ingenió para seguir trabajando y, al mismo tiempo, cuidarlo y alimentarlo para que se recuperara. Y lo logró, nunca más volvió él a pisar un hospital psiquiátrico. Mi madre aseguraba que él no consumió nunca más ninguna droga. Yo tengo mis dudas. Salvador recuperó sólo una pequeña parte de la apariencia de hombre fuerte que alguna vez representó; ahora era más bien un hombre débil, pálido. Pero las pérdidas en casa de mi madre nunca cesaron.

Dos años después, a mediados de 1991, me dieron los dos una noticia: "Hemos decidido casarnos, ahorita por lo civil, más adelante por la iglesia". Sus palabras causaron un fuerte impacto en mí.

Las pláticas que tuve con Dios los años en que viví en Cuautitlán Izcalli, fueron incontables. En esa ocasión le reclamé con enojo que permitiera esa boda. No veía su justicia. Aceptaba el abuso de que fui objeto como un hecho, porque no podía cambiar el pasado, pero que la boda se efectuara después del abuso mismo, de la infidelidad y de las torturas psicológicas continuas, me parecía imposible.

Me hice muchas preguntas, demostré mi inconformidad, mi enojo, pero esas actitudes no cambiaron su decisión. Fue un juez a su casa y los casó en una sencilla ceremonia íntima; los invitados fueron, ahora sí, legalmente, su familia política. Ellos apoyaron con gusto esta decisión.

Muchos estados de ánimo se manifestaron en mí ese día; por momentos estaba enojada, por ratos, triste. Con frecuencia tuve que controlarme para no amargarle a mi madre ese momento especial.

Muy a mi pesar, y sostenida por la débil esperanza de llegar a ser un día en su vida tan indispensable, tan necesaria, tan amada como sentía que era él para ella, la ayudé a atender a sus invitados, porque me parecía que ése era el comportamiento que ella esperaba de mí.

Antes de su boda, mi mamá no pudo ocultar su felicidad. Por ratos parecía percibir en su actitud cierta vergüenza ante mí, manifestada en un falso tono de resignación con el que se expresaba cuando hablaba conmigo sobre el hecho que estaba a punto de ocurrir. Según ella, se casaría sólo porque era lo mejor después de tantos años de vivir juntos, pero también hacía alegres planes porque pronto se casarían por la iglesia.

Pasó la boda y el tiempo transcurrió. En los meses siguientes adquirí la costumbre de fumar en la madrugada. Descubrí que tomar yo sola algunas copas en la noche era gratificante. Me ayudaban a dormir bien. Algunas ocasiones sentí la inquietud de probar alguna droga, pero me contuve de manifestar mi deseo, porque sabía que ni Lilí ni Manolo lo aceptarían. Por otra parte, no tenía la suficiente confianza en ninguna de las personas que me rodeaban para pedirles que me ayudaran a conseguirla. Cuando la tristeza me dominaba, en cuanto Manolo se marchaba, me hincaba a unos cuantos pasos de la ventana y, viendo hacia el cielo, le pedía a Dios, con desesperación, que con un hacha abriera mi cabeza e introdujera su mano para arrancar de raíz la porquería que se fermentaba en ella y que pusiera las ideas correctas que me ayudaran a mejorar.

LA LUCHA POR TENER UN HIJO

Creí que un hijo sería mi salvación. Como no me embarazaba, me sometí algún tiempo a tratamientos médicos con hormonas. Los únicos resultados notorios fueron, además de un visible aumento en mi peso, un estado de ánimo deplorable. Dolores de ovarios y de cabeza, entre muchas otras molestias. El doctor sugirió hacerle algunas pruebas a

Manolo para saber si era su organismo el que fallaba. Los resultados indicaron que su organismo funcionaba bien, por algo ya tenía hijos. Llegó mi turno de someterme a estudios, algunos de ellos dolorosos, pero no encontrábamos el resultado esperado. Yo atribuía al doctor los resultados negativos, así es que optaba por alejarme. Cuando me alejaba, verme en el espejo con cuerpo de señora mal cuidada, gorda, deforme y sin hijos, me deprimía. Entonces buscaba en el directorio alguna clínica que ofreciera tratamientos para bajar de peso rápidamente, con cualquier método: agujas, pastillas, chochos, gotas, masajes, inyecciones, etc., y acudía para perder peso. Una vez que lo lograba, renacía en mí de manera imperiosa la necesidad de tener un hijo y olvidaba lo que había padecido para bajar de peso. Volvía a mis tratamientos hormonales, a los que poco después culpaba de haber recuperado no sólo los kilos que había perdido, sino algunos más. La historia se repetía una y otra vez, y así pasaron algunos años. Mi vida transcurría entre mi obligación de trabajar, mis tardes con Manolo y mis fines de semana con Lili, José Carlos y mi tía Lola, pero la carencia de motivaciones, las insatisfacciones que había en mi interior, cada vez requerían con mayor urgencia ser atendidas.

Tan grande llegó a ser mi desesperación por no embarazarme, que fui a Tepotzotlán a buscar a una yerbera que decían tenía poderes curativos especiales. Después de atravesar un pequeño patio cubierto de tierra y de plantas secas llenas de plaga, entré a un oscuro cuarto que parecía estar en obra negra. Adentro había un catre y una pequeña y vieja mesa de plástico con unas cuantas sillas. La yerbera, una mujer vieja de apariencia humilde, después de saber las razones que me llevaron con ella, ordenó que me colocara boca abajo sobre el catre, revisó mi cadera y la columna; boca arriba vio con atención mis rodillas y pies. Terminada su revisión, dijo el diagnóstico: mi cuerpo estaba sano. Mirándome a los ojos aseveró que no podía embarazarme porque a Manolo le habían hecho un embrujo para no embarazarse a ninguna mujer. Para deshacer el embrujo debía llevarle una fotografía de él, un mechón de sus cabellos

y un par de sus calcetines sucios. Además, todos los días tenía que darle de tomar un té que ella misma prepararía.

Salí cabizbaja de casa de la yerbera. Me preguntaba cómo le contaría a Manolo todo lo que la vieja había dicho. Tenía que contar con su consentimiento para seguir el tratamiento, ya que me sentía incapaz de hacer algo así a sus espaldas. Cuando se lo platicué, le pedí que con sinceridad me dijera lo que en realidad deseaba. Me contestó que ése no era el camino adecuado para lograr la concepción de un hijo, que siguiéramos intentándolo y que, si el niño o niña iba a llegar, llegaría en el momento adecuado. "Tiene razón pensé, si no he logrado embarazarme a pesar de todos los estudios y tratamientos es porque seguramente otro es mi camino y no tengo por qué retorcerlo acudiendo a lugares que hasta me provocan miedo de sólo pensar en ellos. Si Dios no me concede un hijo a través del embarazo, tal vez me lo conceda de otra forma, y en el lugar y tiempo que Él crea convenientes."

Y entonces Manolito llegó a mi vida. Por todo lo que habíamos pasado juntos, por los años de comunión compartidos, por conocerlo como lo conocía, tuve plena confianza en que Manolo no sólo compartiría conmigo, en su totalidad, la responsabilidad que implica un hijo: me enseñaría a ser madre y a educar a mi hijo adecuadamente.

Un fin de semana que estaba de visita en casa de mi madre, subí a jugar al patio de la azotea seguida por mi hijo, que tendría ya alrededor de tres años, y de José Carlos. Era la tarde de un domingo soleado. Entre risas y gritos tomé una escoba y la monté tarareando escandalosamente El llanero solitario. Mi hijo y mi sobrino no ocultaban el gusto de que yo compartiera sus mismos juegos y me seguían, montados en sendos palos de escoba. La fuerza de una mirada me hizo voltear. Vi a Salvador parado en la entrada de la azotea. Nuestros ojos se cruzaron, observé un destello y sentí su mirada como un látigo. Después de ese instante perturbador, volví a mi juego alegre, desbordante. Él, ya enfermo, cabiz-

bajo, con los hombros caídos y el rostro macilento, bajó dejándome en la boca, y más que en la boca, en el alma, el agradable sabor del triunfo. Él estaba acabado. Yo, por lo menos en esos momentos, y sin proponérmelo, le mostré que rebosaba vida, y más que vida, contra todo lo que él se propuso, yo desbordaba alegría.

Mi mamá y su marido no llegaron a materializar su boda por la iglesia. Salvador murió inesperadamente, provocando con su muerte que regresara a mi vida, de forma más clara que nunca, el fuerte odio que sentía por él.

RELACIONES CONFLICTIVAS

En diciembre de 1996 me encontraba sin pareja, porque ya habíamos terminado Manolo y yo, y trabajando para la compañía que me recomendó mi comadre Irma, gozaba de cierta tranquilidad. Lili me invitó a una fiesta de quince años. La noche de la fiesta, entre música, risa y copas, conocí a Beto, su vecino. Por mi prima sabía de su fama de borracho y mujeriego, que se involucraba en toda clase de chismes. Su sonrisa, dirigida a mí, borró todas esas prevenciones.

Fue un flechazo. Creí que podía ver y oler la química que nos unía. Platicamos toda la noche. Me contó sobre su injusta e indeseable separación matrimonial, sobre los hijos que su ex esposa le prohibía ver, sobre su éxito laboral. Mencionó la envidia que las personas le tenían. Lo metían en chismes para perjudicarlo, pero él siempre demostraba lo equivocados que estaban.

Me relacioné con Beto sentimentalmente poco después de conocerlo. Cada palabra por él pronunciada y cada una de sus acciones causaban un efecto especial en mi estado de ánimo. Si hablaba con él, era feliz; me sentía devastada si quedábamos de vernos y él no cumplía. Como consecuencia del psicoanálisis, suspendido varios meses atrás por segunda o tercera vez, me daba cuenta de que vivía fuera de la realidad, e intentaba, sin lograrlo, encontrar razones que justificaran mi desequilibrio emocional. En ningún momento intenté, siquiera, evitar que se diera cuenta de la atracción que ejercía sobre mí. "Después de todo, la atracción es mutua", pensaba.

Los primeros meses de relación fueron desconcertantes. Su comportamiento era de indiferencia cuando no estábamos solos. Si nos veíamos en su casa, me recibía con un frío "hola", sin abrazo ni beso, ni siquiera en la mejilla. En la soledad decía con dulzura: "Me parece un sueño lo que me está pasando", o bien: "¿Cómo no te conocí antes!" Su comportamiento me hacía perder la paz que a duras penas había alcanzado con ayuda de la terapia, pero no veía

con claridad las razones de esta pérdida, hasta el día en que me invitó a una fiesta de Primera Comunión. Sería padrino del hijo de unos vecinos suyos. Solicitó que le ayudara a elegir la ropa, tanto del ahijado como la que él usaría, lo que me hizo sentir importante.

Al principio disfruté la fiesta, después él comenzó a bailar con otras mujeres, no una pieza ni dos, sino una tras otra, sin importarle que yo tuviera deseos de bailar y que estuviera sentada mirándolo. Cuando tuve oportunidad, lo más tranquila que pude, le pedí que dejara de hacerlo; la cara me ardía de vergüenza porque él bailaba, reía y coqueteaba alegremente con algunas de las mujeres que acudieron a la fiesta. Sentía sobre mí miradas morbosas. Beto aceptó, dejó de bailar y se dedicó a platicar con algunas personas que estaban lejos de mí. Pasaron quince o veinte minutos y dijo, dirigiéndose a quien estaba cerca de él: "Ahorita vengo, voy por unos discos".

No lo había notado molesto y yo había llegado a esa fiesta con él, por eso, aunque ya se había tardado mucho tiempo, lo seguía esperando, hasta que entendí que no regresaría.

Al día siguiente, todavía sorprendida, fui a su casa para saber por qué se había ido. Quise creer que se había sentido enfermo inesperadamente, tal vez del estómago, o que, cuando llegó a recoger los discos, recibió una llamada urgente que le impidió regresar; pensé que debería haber una justificación de su ausencia. Sin embargo, cuando entré a su casa, me recibió con otra sorpresa: se sentó en un sillón y se negó a pronunciar una sola palabra. Quise que me dijera si le había pasado algo, le pregunté si se molestó porque le pedí que no bailara, pero como respuesta obtuve su silencio. Opté por salirme de su casa.

Poco después vivía envuelta en un torbellino de emociones contradictorias. De una gran alegría hoy, pasaba a un intenso sufrimiento al día siguiente. Sus muchos conflictos, sumados a los míos y a mis profundos miedos, más el espejismo de seguridad y confianza que me envolvía, dieron como resultado que me negara a aceptar que permanecer junto a él era el camino equivocado.

Ése fue el principio; a las pocas semanas los conflictos aumentaron. Beto repetía con insistencia, tantas veces como fuera necesario, hasta asegurarse de que yo lo había entendido, que Lili hablaba mal de mí con quien podía, en especial con una amiga y vecina de ambos que conocí años atrás. Esa vecina y yo nos habíamos caído bien en aquel entonces, pero ahora, me decía Beto, "por todo lo que tu prima le dice, le caes gorda".

Los días que llegaba él a verme, insistía en hablar sobre lo mismo. Yo lo escuchaba y, en cuanto tenía oportunidad, cambiaba el tema, pero eso no lo satisfacía. Necesitaba verme reaccionar, y la reacción que él quería ver era mi enojo. A veces me enojaba con él por chismoso, pero en otras ocasiones mi enojo era contra Lili, porque hablaba mal de mí.

A finales de marzo afirmaba, con absoluta seguridad, que Beto era decepcionante, inmaduro y falso, pero algo fuera de mi comprensión me mantenía cerca de él, buscándolo, perdonándolo, tratando de salvar esa relación que ni siquiera tuvo un buen comienzo.

Un día en el que Beto fue a mi casa para salir a pasear, me dijo, después de observar el departamento donde yo vivía:

¿No te da pena vivir en un departamento compartido?

¿Pena? No, claro que no, ¿por qué?

Digo, eres una presumida, ¿y si se enteran en tu trabajo? ¿No te daría pena con tus compañeros o con tu jefe?

Claro que no me daría pena contesté a la defensiva, esto es lo que puedo pagar. Estoy cerca de mi trabajo y tengo más tiempo para mi hijo.

Tu hijo me dijo burlón y algo enojado, como si tu hijo fuera a agradecerte el tiempo que le dedicas. No sabe el esfuerzo que es para ti pagar aquí una renta, aunque sea compartida.

Vale la pena el esfuerzo y no me molesta vivir así contesté tratando de conservar la calma, cuando salgo de trabajar me da tiempo de ver la tele con Manolito; a veces vamos al parque, a veces al cine. Son cosas que antes nunca hacíamos por lo tarde que

yo llegaba a la casa.

Pues, la verdad, se me hace que pagas mucho y que no vale la pena. Quieres tener todo a la mano dijo enojado y en tono de re-clamo . Tú sabes lo que es fregarse trabajando para tener lo que uno quiere, pero estás mal acostumbrando a tu hijo. Si realmente lo hicieras por él, vivirían en otro lado para que aprenda que las cosas cuestan.

Bueno, Beto le contesté fastidiada . ¿A dónde quieres llegar?

Yo no quiero llegar a ningún lado. Si te gusta vivir aquí, pues entonces jódete. Gasta en tu departamento y en tu hijo hasta el último quinto que estás ganando. Ya la vida se encargará de demostrarte lo equivocada que estás y de enseñarle a él lo que tenga que aprender, porque al parecer tú no piensas enseñárselo finalizó ante mi asombrada mirada.

Su progresiva agresividad me sorprendía cada día más. Le permitía opinar y escuchaba su opinión por el lugar especial que pretendía darle en mi vida, pero eso no le daba derecho a ser grosero ni a exigir que yo hiciera caso a sus palabras.

Estaba segura de que no quería a un hombre así cerca de mí, pero no podía terminar. Me sentía amarrada a él. En medio de esta angustia descubrí, de manera inexplicable, un parecido entre Beto y Salvador. Físicamente eran diferentes, sin embargo, algo en Beto me recordaba a Salvador. Trataba de descifrar qué era. Tal vez algún gesto, o su manera de caminar, o de pararse. Tal vez yo me estaba volviendo loca y veía parecidos inexistentes. Salvador fue un hombre violento, que se irritaba con facilidad y cambiaba su personalidad de un momento a otro, sin motivo aparente. Me preguntaba si Beto sería igual y no me atrevía a confirmarlo ni a desecharlo.

Cierta noche que caminaba hacia mí, traía puesta una chamarra de cuero negra, de resorte a la cintura. En ese instante recordé que Salvador tuvo una chamarra igual, treinta años antes. Miré su cara, venía sonriendo, su sonrisa era igual a la de Salvador. “¿Qué hago

aquí? me preguntaba . ¿Por qué me cuesta tanto trabajo alejarme de él?”

Cada una de sus actitudes parecía estar pensada y actuada para desestabilizarme, para destruir la confianza en mi persona, mi poca autoestima. Beto resultó ser una persona con profundas limitaciones afectivas que se reflejaban en todo su entorno, pero se acentuaban en sus relaciones con las mujeres. Las expectativas que había puesto en esa relación habían sido muy grandes a pesar del poco tiempo de conocerlo, por absurdo que parezca. Me negaba a aceptar que no debía seguir más tiempo cerca de él, aun cuando me daba cuenta de que no era la pareja adecuada para mí.

Ante la imposibilidad de poner fin por mis propios medios a esa relación, acudí con mi doctora para reanudar las terapias, pero en esa ocasión le pedí que me recomendara a un doctor. Deseaba continuar el tratamiento con un terapeuta masculino. Esa semana conocí al doctor Alejandro Montes de Oca.

Los dos, cada uno en su momento, me guiaron para reflexionar sobre mis actitudes que le permitían a Beto comportarse como un patán. Para que él cambiara, yo tenía que cambiar primero, puesto que mi codependencia, sumisión y celos, le daban armas para lastimarme. Por ellos supe que hay actitudes o palabras que, por ninguna razón y en ninguna circunstancia, se deben permitir, porque son la base de futuros abusos y golpes. Son la raíz de la violencia intrafamiliar.

Beto era voluble, demostraba gran ternura un momento y al siguiente, podía ser déspota e indiferente. Entré a su mundo de chismes. Tuve fuertes discusiones con Lilí que provocaron un daño severo en nuestra relación, lo que ocasionó un distanciamiento.

Por esa época me enteré de que algunas de mis compañeras de trabajo vivían una relación sentimental similar a la mía. Sus parejas las hacían sentirse menos, las destruían poco a poco con palabras hirientes, menospreciaban su inteligencia y su actitud, criticaban su rostro o su cuerpo, las avergonzaban cuando podían y las ridiculi-

zaban. En algunos casos, sus parejas eran hombres casados, por lo que no hablaban abiertamente de su relación ni, mucho menos, sobre la manera en que las trataban. Escucharlas me hacía sentir comprometida a salir de esa situación. No sabía cuánto me llevaría, pero tenía que lograrlo en el menor tiempo posible. En mi propio beneficio y en el de mi hijo. Gracias a la terapia psicoanalítica, empezaba a saborear la vida y no pensaba privarme más de ese placer.

En abril de ese año, 1997, a escasos cuatro meses de conocer a Beto, vivía en plena crisis. Mi amiga Irma y su esposo me brindaron todo su apoyo. A través de ellos llegó a mis manos un libro de autoayuda del doctor Ernesto Lammoglia, que habla sobre las relaciones conflictivas. Conforme leía, una sensación de incredulidad me invadía. La lectura me quitaba una venda de los ojos, parecía que el libro hablaba sobre mi vida, mi comportamiento, mis emociones y sentimientos y, además, retrataba también a Beto. Me enteré de que las víctimas de abuso sexual infantil tenemos en común ciertos comportamientos característicos que afectan todo nuestro entorno y, en especial, nuestra vida en pareja. Entendí que era comprensible, desde el punto de vista psicológico, que sin querer, de forma inconsciente, buscara como pareja a una persona que tuviera patrones de comportamiento similares a los que tenía Salvador. Pensé que el parecido que creía ver entre Beto y Salvador era más bien la actitud cínica, agresiva, tan familiar para mí. Saber eso me hizo sentir menos culpable, con menos vergüenza por las experiencias indeseables vividas. Entendí que existían razones, fuera de mi control, que me impulsaban a continuar cerca de un hombre que era tan dañino para mí, y entenderlo me comprometía, por lo menos, a tratar de alejarme de él; nada justificaba su cercanía. Estaba comprometida conmigo misma para vivir con dignidad.

El libro abrió mi mente sobre algunos puntos que ni siquiera había considerado importante mencionar en las terapias. Mi vergüenza por no saber darme un lugar adecuado, era la misma vergüenza que sentían miles, o tal vez millones de mujeres, sólo que, la mayoría, la callábamos. Decidí apoyarme en todos los medios a mi alcance para no prolongar esa relación. El primer punto de apoyo era continuar con las terapias. En adición, necesité asistir a reuniones organizadas por el grupo de autoayuda Relaciones Conflictivas, A. C., además de leer otros libros de superación personal. Escribir también fue de gran ayuda. Redacté un diario para desahogarme y recordar lo que fuera necesario cuando lo necesitase.

Era tal la desesperación cuando él se mantenía alejado de mí algunos días, que no podía concentrarme en el trabajo; las noches transcurrían sin que pudiera dormir. La ansiedad me embargaba, era como si necesitara drogarme para sentirme relajada, y esa droga era su voz, aunque fuera por teléfono. Era tan fuerte mi obsesión, que la doctora Alquicira me dio el teléfono de Saptel (Sistema de Ayuda Psicológica por Teléfono), un lugar adonde cualquier persona que pase por situaciones críticas puede dirigirse las veinticuatro horas del día para recibir el apoyo psicológico profesional necesario para salir satisfactoriamente de una crisis, sin importar la clase de problema por el que atraviese.

Cuando llegaba la noche y mi hijo se dormía, ante mi imposibilidad de conciliar el sueño, salía de la recámara y, a oscuras, daba vueltas en la sala, fumando o ingiriendo alguna bebida alcohólica. Necesitaba hablarle, llamarle por teléfono, aun sabiendo que él podía no contestar al identificar mi número, o que podía ser grosero al oír mi voz. Entonces, en vez de llamarlo, superaba la vergüenza que me producía hacer algo, en apariencia tan absurdo, marcaba el número de Saptel y ellos me escuchaban. Con acrecentada tristeza, producto del alcohol, y con la voz entrecortada, les contaba de todo: cómo me sentía; cómo transcurrió mi infancia; cómo era mi presente; quién era Beto; la absurda, dolorosa e incomprensible necesidad de

drogarme llamándolo, de hacerme presente en su vida para darle lo mejor de mí, aun cuando a él no le interesaba recibirlo, aun cuando su actitud era agresiva y cruel. Ellos me escuchaban, me atendían con eficiencia y profesionalismo, igual que mis doctores. Después de llorar y de escucharnos mutuamente por veinte minutos, media hora, una hora, el tiempo necesario para sentirme tranquila, colgaba el teléfono y, más calmada, sin haber llamado a Beto, conciliaba el sueño pidiéndole a Dios que el día siguiente fuera diferente, que mi delirio, enfermedad, locura, obsesión, o como se llamara, disminuyera hasta desaparecer.

Lo que tenía prioridad en mi lista de actividades diarias era reflexionar sobre mi vida. No podía sustraerme a ello, lo hacía en las mañanas mientras me arreglaba, al manejar, en mi horario de trabajo. Siempre en busca de oportunidades y pretextos para aislarme, para no salir a comer, para reflexionar con libertad mientras comía, mientras veía a mi hijo en las noches, aunque fuera po-cos minutos. Desde aquel entonces surgió en mi hijo la pregunta que aún no encuentra respuesta, a pesar de los años transcurridos.

¿En qué piensas, mamá?

En nada, mi amor, ¿por qué?

Te ves rara. Tus ojos se ven raros.

Como consecuencia de mis continuas distracciones, en mi vida reinaba el desorden. Perdía llaves, libros, dinero, lentes, documentos. Olvidaba con frecuencia lo que se me decía, desde instrucciones de trabajo hasta comentarios irrelevantes que hacían quienes me rodeaban.

No pones atención.

No te fijas.

Estás distraída.

Yo quería poner atención, pero mis pensamientos bloqueaban la mente. No había capacidad en ella para más, por lo tanto, la vida se me complicaba.

Algunas de mis compañeras que me platicaron hace diez años

que vivían una relación conflictiva, siguen inmersas en ella o en otra similar, sólo que más dañadas, más devaluadas. Algunas se sorprendían al ver que yo lograba salir adelante. Primero me vieron llorar, quejarme, sufrir por ser pareja de un hombre que no me merecía; después me vieron ser feliz sin él, libre. Otras me veían como si fuera un ser de otro mundo cuando les platicaba lo que hacía para terminar esa relación, utilizando las terapias, los libros, los grupos de autoayuda y las benditas llamadas a Saptel. Deseo que cuando estén listas para recibir ayuda no haya transcurrido tanto tiempo que ya no les sea posible rehacer su vida sentimental y complementar su vida en pareja con alguien que las valore, que las ame.

Estaba enfrascada en esta lucha, cuando mi mamá se jubiló. En su determinación por compensar el daño que tantas veces le reclamé haberme hecho, ofreció cuidar a Manolito. Nunca como entonces recibí su ayuda en todos aspectos. Se alegraba si me veía ilusionada con la idea de que entre Beto y yo todo se podía arreglar; también se daba cuenta de mi sufrimiento cuando él y yo nos alejábamos. Se acercó a mí como nunca antes lo había hecho. Me daba consejos y lloraba conmigo cuando le contaba cómo era él. Yo añoraba a Lilí como tal, pero no extrañaba la presencia de la amiga a la que le entregaba mi confianza, porque en esos pocos meses tuve la amiga que siempre deseé, la que soñaba tener: mi propia madre. Ese año viví con ella tiempo de reconciliación, de amor; ese año nos “tuvimos” la una a la otra, ella me comprendía, yo la perdonaba.

En pocos meses entendí que no era amor lo que me unía a Beto. El amor no hace a alguien sentirse miserable y, junto a él, yo me sentía miserable. Reuní por fin el valor y me alejé de él.

A principios de 1998 me enteré de que se había casado por la iglesia —por segunda vez—. Esta segunda ocasión se casó con la misma jovencita con la que, según él, había terminado cuando lo conocí. Tres meses después de esta boda, su esposa llegó a casa horas antes de lo acostumbrado y lo sorprendió en su misma cama con una vecina, quien tuvo que salir envuelta en una sábana para

evitar ser golpeada.

El primer pensamiento que se me vino a la mente cuando me enteré de lo anterior, fue: "De la que me salvé".

LOS OLORES, LOS SABORES, LA VISTA, LAS SENSACIONES

El café sabía mal, pero no siempre, aunque en realidad eso no era lógico. Había sabido algunas veces mal, y otras, delicioso, en los mismos lugares donde compraba el mismo café y lo preparaba la misma persona. Diez, quince, veinte años o más de tomar café todas las mañanas en la oficina. Las primeras tazas, las que me impulsaban a seguir tomándolo, despedían un aroma y un sabor exquisito, y de repente, el primer sorbo de una taza de café cualquiera me revolvía el estómago. El recuerdo de algo familiar me provocaba ganas de vomitar. Las únicas palabras que atinaba a pronunciar después de tomar ese primer sorbo, para sorpresa de quienes me rodeaban, eran: "Este café sabe rancio, está echado a perder".

Pero no nada más era el café, también algunos otros alimentos. La costumbre de oler la comida antes de consumirla desagradaba a quienes me veían. Pero tenía que olerla para estar segura de que no estaba descompuesta. "El café está bueno. La comida está buena", me decían, pero yo tenía que asegurarme. En las terapias, el tema de mis diversos malestares era recurrente, igual que el tema de la comida echada a perder. Un día de 1998, tratando de desenredar la madeja de mis pensamientos, escribí lo siguiente:

Café-amarillo-suciedad ligada al olor del Nescafé. Pero el café de tomar era más bien el recuerdo de un olor fétido, como si hubiera estado guardado, pudriéndose, concentrándose en una boca cerrada durante mucho tiempo o, mejor dicho, como si hubiera estado guardado, pudriéndose, concentrándose adentro de una boca que no había sido lavada durante largo tiempo, y ese olor desagradable a café podrido me obligaba a aceptar que yo no nada más conocía lo que era el olor fétido, podrido, sino también a lo que sabía el café fétido, podrido. El olor y el sabor del café me llevan a su vez al color café, el

color café de la caca embarrada en sus calzones tirados dentro del bote de la ropa sucia, revueltos con mi ropa y la de mi madre. Caca que me vi obligada a oler, probar y digerir día a día, desde el momento en que salía de la escuela.

Otro momento de shock que me vi obligada a enfrentar fue el día en que, enojada y confundida al mismo tiempo, hablé en terapia de algo que no deseaba, pero lo hice porque estaba consciente de que, precisamente, por esas confusiones asistía a terapia. Le dije a mi psicoanalista:

Creo que soy lesbiana.

¿Por qué dices eso?

Porque creo que lo soy le contesté con enojo.

¿Te gustan las mujeres?

No puedo decir que me guste ninguna en especial.

Entonces, ¿en qué te basas para decir eso?

Porque a veces pienso que me gustaría tener relaciones sexuales con alguna mujer.

¿Qué pasaría si las tuvieras?

¿Cómo que qué pasaría? le grité visiblemente alterada, ¿no te das cuenta de lo que pasaría? ¿Y si me gusta? ¿Y si realmente soy lesbiana? ¿Cómo voy a enfrentar eso ante mi familia, ante la sociedad, ante mi hijo? A esta edad salir con que soy lesbiana, ¿cómo te atreves a preguntarme qué pasaría?

Si enfrentas tus pensamientos aceptando la posibilidad de que seas lesbiana, tal vez te des cuenta de que no lo eres contestó mi psicoanalista pausadamente.

¿Cómo los voy a enfrentar si estoy aterrada?

Episodios similares se repitieron en las sesiones. Mi mente confundida intentaba desviarme por caminos equivocados contra los que luché en medio de una gran desolación.

Estar en tratamiento psicoanalítico cuando estas dudas se presentaban, me brindó una gran confianza y el valor para enfrentarlas.

Ser mujer es un privilegio que disfruto y agradezco a la vida. Mi naturaleza femenina encuentra el complemento perfecto en el género masculino, aunque debo confesar que gozar mi sexualidad con plenitud fue poco menos que imposible durante décadas, aun cuando, dentro de ese mismo tiempo, tuve la dicha de compartir mi intimidad de forma muy placentera por cortos periodos.

En la actualidad, cuando menos lo espero, cuando menos pienso en ello, y aun cuando sucede de forma cada vez más aislada, todavía mi mente les da vida a ciertos ruidos, olores e imágenes que alteran la percepción de lo que me rodea e impiden que culmine satisfactoriamente la entrega sexual. Entiendo que son momentos que están fuera de la absoluta comprensión de toda aquella persona que no haya vivido una situación similar, por lo que he tenido que aprender a dominarme, a respirar profundamente, a despejar mi mente y, con dolorosa calma, continuar la vida.

A lo largo de los años que estuve en tratamiento, y desde mucho tiempo atrás, cada vez que lo necesitaba, regresé a ciertos lugares donde transcurrieron etapas de mi niñez. La sensación de que en esos lugares había perdido algo que era imprescindible recuperar, me llevaba a ellos. Con esa idea fui al rumbo de Las Vizcaínas en busca del edificio donde mi madrina tenía su departamento. Me enteré de que fue demolido años atrás. Un gran estacionamiento ocupa su lugar. La vecindad donde viví hasta la edad de siete años ya tampoco existe, ahora hay un edificio de departamentos. Ni existe el viejo cuartito que rentaba mi mamá en la colonia Roma, donde solía compartir con mi muñeca Victoria, mi única amiga de ese entonces, mis penas y alegrías.

Nunca localicé el Instituto Montserrat donde cursé segundo año de primaria, mismo que se convirtió en pesadilla recurrente como blanco de terremotos e inundaciones. Por la escuela donde cursé de tercero a sexto año de primaria, parecen no pasar los años, permanece igual, con su inmenso patio bañado de sol.

Al final me referiré a mi búsqueda más importante, la casa de la Ramos Millán. Ahí estaba, a unas cuantas cuabras de la escuela. La visité varias veces, caminaba por la acera de enfrente y, desde ahí, observaba sus condiciones, su color, su tamaño real, más pequeño del que recordaba. En dos ocasiones toqué y pedí permiso para entrar a verla, diciendo la verdad, o casi la verdad: que de niña viví ahí y deseaba recordar viejos tiempos.

Tal vez los nuevos habitantes pensarían que deseaba recordar tiempos felices de mi infancia, pero lo que pensarán carecía de importancia. Lo importante era lo que yo deseaba encontrar en esa breve visita. La primera vez, la casa permanecía igual que en mis recuerdos, sólo que más chica, con sus cuartos sombríos, fríos, oscuros, con su olor a caño. Más fuerte que eso, con su olor a rata muerta, su olor a sudor, a Nescafé podrido, a semen rancio. En esa ocasión no deseé tocar la puerta de la casa de la señora Lupe. Me sentía mal, no quise enfrentarme con su disfraz de buena vecina, con su ignorancia, ¿o deberé acaso decir... con su complicidad?

La segunda vez, acompañada de Miguel Ángel, quien sería pocos meses después mi marido, solicité permiso para entrar, usando las mismas palabras que la ocasión anterior. Entré y caminé frente a los atentos y asombrados ojos de la familia que estaba sentada alrededor de la mesa. Era de noche y la casa se veía muy iluminada, sus paredes estaban pintadas de blanco, o tal vez de color os-tión, o crema. La puerta de acceso a la cocina, la que durante un largo tiempo cerraron con llave para impedir que yo saliera a la calle, había desaparecido; en su lugar sólo había un marco, sin puerta y, al fondo, la entrada a la azotehuelita donde Salvador se encerraba a fumar mariguana con el pretexto de prender el boiler, tampoco existía. La pared de la estancia cubría el sitio donde se encontraba esa puerta. Me gustó lo que vi. No me atreví a pedir permiso de entrar a las recámaras. Di las gracias y salí tratando de mantener bajo control mis emociones. Después, Miguel Ángel y yo nos dirigimos a casa de la señora Lupe. Primero observé que la fachada estaba semiderruida,

las plantas secas, abandonadas. Toqué y nadie abrió. Alguien caminó cerca en esos momentos y le pregunté por la señora Lupe, la que vivía en ese portón.

¡Uh, Lupita ya no vive aquí señora! Se fue pa' Tabasco.

¿Se fue a vivir a Tabasco?, pero ¿y sus hijas?

Pues sus hijas fueron las que se la llevaron.

¿Se casaron o algo así?

Pues la que se casó fue Silvia, la de en medio. Silvia y Lupita estudiaron enfermería y se fueron a trabajar allá, Silvita se casó allá.

¿Y Lorena?

Pues Lorenita sigue igual, ya sabe, malita. Pero ya está grande, ya es una señorita.

¿Vienen a veces? Digo... porque aquí está su casa.

¡No, seño! Ésta ya no es su casa. La vendieron. Ahora los dueños son los señores que viven ahí finalizó, señalando la casa de la que acababa yo de salir.

Por segunda ocasión di las gracias y continué adentrándome en la calle, quería ver a mi amiga Sarita. Tal vez ni siquiera quería ver a mi amiga Sarita, sino a su hermana, la que había dicho que yo tenía un amigo globero, la que había sido testigo de la bofetada que recibí cuando caí al piso. No las encontré. Ellos eran muchos hermanos, hombres y mujeres. Una de ellas fue quien abrió la puerta. Saludé, dije que había sido compañera de primaria de Sarita y que había vivido en la esquina, en la casa que la señora Lupe rentaba. Me sorprendió que me identificara, se acordó de mí como "la güerita que tenía un papá enojón". Supo que, al mudarnos, nos fuimos a vivir a Guadalajara. Dijo que Sarita no vivía ahí, pero que iba diario; también era enfermera. Ofreció darle mi recado y yo, a mi vez, ofrecí regresar a buscarla. No he vuelto por ese rumbo.

POR FIN ROMPO EL ESLABÓN

El único documento oficial de estudios concluidos que tenía era el de primaria. Al terminar con Beto, en 1998, quise seguir estudiando, por lo que me inscribí en la secundaria abierta. Dieciocho meses después experimenté la satisfacción de ver terminado este proyecto. Posteriormente, me inscribí en la preparatoria abierta. Acompañada de mi hijo llegaba a la escuela los sábados o domingos. Sin poder quitarme del todo los malos hábitos, llegaba como estaba acostumbrada a llegar a todas partes: tarde. Si era posible, sentaba a Manolito en un pupitre cercano al mío; de otra forma, él prefería sentarse hasta atrás de la fila. Y mientras mis compañeros le sonreían, yo tomaba mis primeros apuntes del día. En el descanso, alrededor de las once y media de la mañana, bajábamos las escaleras corriendo y jugando, tomados de la mano para comprar algún jugo, torta o quesadilla. ¡Cuánto alegró mi vida su presencia! Pasar las mañanas de los fines de semana encerrado con adultos en un salón de clases, no es lo mejor para un niño, pero si yo no estudiaba y seguía viviendo dentro del círculo que delimitaba mi ignorancia ¿qué podía enseñarle?, ¿qué ejemplo le daría?

En esos años conocí a Miguel Ángel. El matrimonio se convirtió en mi meta. Anhelaba sentirme cobijada por el manto protector de la familia. Deseaba escuchar el reconocimiento social al ser llamada señora y gozar del respeto que la sociedad otorga a la mujer casada. Respeto que anhelé, tal vez por lo lejano que lo veía, desde el momento en que me convertí en amante, primero de Plinio, después de Manolo. Creí que al casarme le daría a mi hijo un buen ejemplo y tal vez la oportunidad de llamar a alguien papá.

Miguel Ángel es muchos años menor que yo, situación que por sí sola puede representar, no de manera obligada, un gran número de diferencias. Su espontaneidad, la sinceridad de su mirada y su amor por mí, fueron el imán que me jaló hacia él. Acepté el compromiso de unir mi vida a la suya. Puedo decir, sin duda alguna, que el día de mi boda ha sido el más feliz de mi vida. ¿Quién se iba a imaginar que ocho años después, al estar escribiendo el final de mi autobiografía, mi marido y yo nos separaríamos? Los problemas económicos que no creí importantes fueron el detonante que hizo irreconciliables nuestras diferencias. Si esto hubiera sucedido años atrás, habría pensado hacerme el haraquiri, pero mirando en retrospectiva mi matrimonio, sólo me queda agradecer a Miguel Ángel la felicidad que nos dio a mi hijo y a mí el tiempo que compartimos.

Desde hace semanas imagino con deleite, una y otra vez, el momento en que teclearé el punto final de esta historia. La emoción se apodera de mí. Ya me urge terminar. ¡Qué flojera seguir pensando en lo mismo! Ese momento sellará la liberación que ya disfruto. Es tiempo de darle vuelta a la hoja, mirar hacia el horizonte y adentrarme en él para dejar que mis sentidos vibren a su entera satisfacción.

Pensar de manera rápida en mi vida me produce una sensación amarga, mezclada con el sabor dulce de la satisfacción por los obstáculos vencidos. No ha sido fácil reconstruir lo sucedido para plasmarlo de la manera más apegada a la realidad, pero me siento bien de haberlo hecho.

Los días han estado lluviosos. Miguel Ángel me envió el acta de divorcio hace dos días. ¡Estoy triste!... ¿En realidad estoy triste? Nunca mi panorama había sido tan amplio y despejado como ahora. Disfruté mi matrimonio, no obstante los malos momentos; los buenos me los quedo, los conservaré dentro de mi cofre de tesoros. Por supuesto que también tengo la firme intención de disfrutar mi futuro. Manolo

curso segundo semestre de preparatoria. Ha respondido como un adulto a mi necesidad de comprensión en estos tiempos de crisis matrimonial. Mi mamá vino ayer de visita, con gran esfuerzo y creo que hasta con sufrimiento, sólo a dejar comida que nos preparó para que yo descansa un poco. Lili y José Carlos dijeron que vendrán el sábado, quieren que vayamos al cine.

Tengo ganas de caminar, creo que saldré un rato aprovechando que hoy no llueve. El día está soleado, como me gusta.

CARTA A SALVADOR

Salvador:

Anoche, Alicia mi maestra de literatura—, me sugirió que te escribiera una carta. Creí que ya te había echado de mi vida y, sin embargo, me paralicé ante la idea de que habites, una vez más, mi mente. Tu recuerdo entró por mi nariz. Te recordé sudoroso-amarillo-café y esto me asustó, lo que con seguridad, de haberlo sabido, te habría causado placer. Llegué hambrienta a la casa, devoré lo que había y, con gran culpa por haber roto la dieta una vez más, me fui a acostar. En la madrugada desperté y supe que la ansiedad que me provoca tu recuerdo va de la mano con el hambre voraz. ¡Benditas madrugadas que alumbran mi conciencia!

¿Sabes? Recordé tus ojos llenos de lágrimas, tu barbilla temblando por la emoción cuando hablabas de Dios del barbón, como le llamabas. Eso sí, con mucho respeto. No olvido que te encargabas de dejarlo bien claro. Su omnipotencia, su bondad y su dolor te hacían llorar. El cuadro de La última cena era sagrado para ti, igual que las muchas imágenes que acumulaste de Él a lo largo de los años. ¿Qué fue de aquel rostro de Cristo, circundado por chispas de diamantes que daban forma a la corona y una que otra chispa de rubí para simular la sangre? Decías que era un trabajo tan fino que hasta las espinas eran perfectas. Te enorgullecía mostrarlo porque, al hacerlo, revelabas una sensibilidad que poco se te conocía. Su gesto, reflejo del calvario que padeció para salvarnos, te cimbraba al grado de no poder hablar porque las lágrimas te lo impedían.

¡Cuánta ironía, Salvador! ¡Cuánta ironía!

¡Qué patético me resulta tu recuerdo!

Te he recordado así porque he pensado mucho en Dios. He estado muy enojada con Él, hasta he llegado a dudar de su existencia y se lo he dicho. No me he atrevido a mencionarlo en voz alta, sería demasiado irreverente. ¿Irreverente? ¿Para quién? Para Él. ¿Y si no existe? La realidad es que acepto que puedo estar equivocada y que Él sí existe. Dios me sostuvo en mis años de total inconsciencia ¿Cuántos fueron? ¿Cuarenta, tal vez, de los cincuenta que tengo? Sin la certeza de su compañía no hubiera sobrevivido.

Pero he cambiado; todo para mí ha cambiado. Ahora creo firmemente en una gran fuerza, poder o energía, muy por encima de la humana, que manifiesta su superioridad a través de la naturaleza, a través de la perfección, de la excelencia, que creó perfecto al hombre y a todo lo que le rodea. Gozamos de libre albedrío, y lo que hacemos, bien o mal, es nuestra responsabilidad y, más tarde o más temprano, se refleja en nuestro entorno y repercutirá en las generaciones futuras.

Si Dios existe, comprenderá... me comprenderá y perdonará mi ignorancia y mi irreverencia.

Muchos años me devané los sesos tratando de encontrar la razón de tu odio hacia mí; la razón de tu maldad, de tu locura. Que si los genes de tu padre, que si los de tu madre, que si el alcoholismo de tu padre, que si la forma en que creciste, que si tú también fuiste víctima, que si estabas en el purgatorio, que si estabas en el infierno el cielo, por supuesto, lo descarté.

¿Importa eso ahora? ¿Importas? ¡IMPORTO YO! Y como no sé si hay una vida después de ésta, no quiero seguir desperdiciando lo único real que tengo. Vivo el momento, lo mejor que mi capacidad me lo permite. Utilicé gran parte de mi energía en levantarme, en re-cuperarme, en perdonarte, en perdonar a mi madre, en perdonarme. Olvidé aprender, olvidé amar, olvidé que más allá de mis límites físicos y mentales había mucho por conocer. Los años transcurrieron y la juventud se fue, pero gracias a Dios, sí, "gracias a Dios" y lo digo tanto por costumbre como por agradecimiento a la nobleza que me ha mostrado la vida a pesar de tu presencia, me he sentido feliz, he alcanzado metas, he aprendido, o quizá sólo debiera decir: he vivido.

Muchos años te culpé de todo lo que me sucedía, te nombré: "el origen de todos mis males, de mis pensamientos, de mis acciones". Si